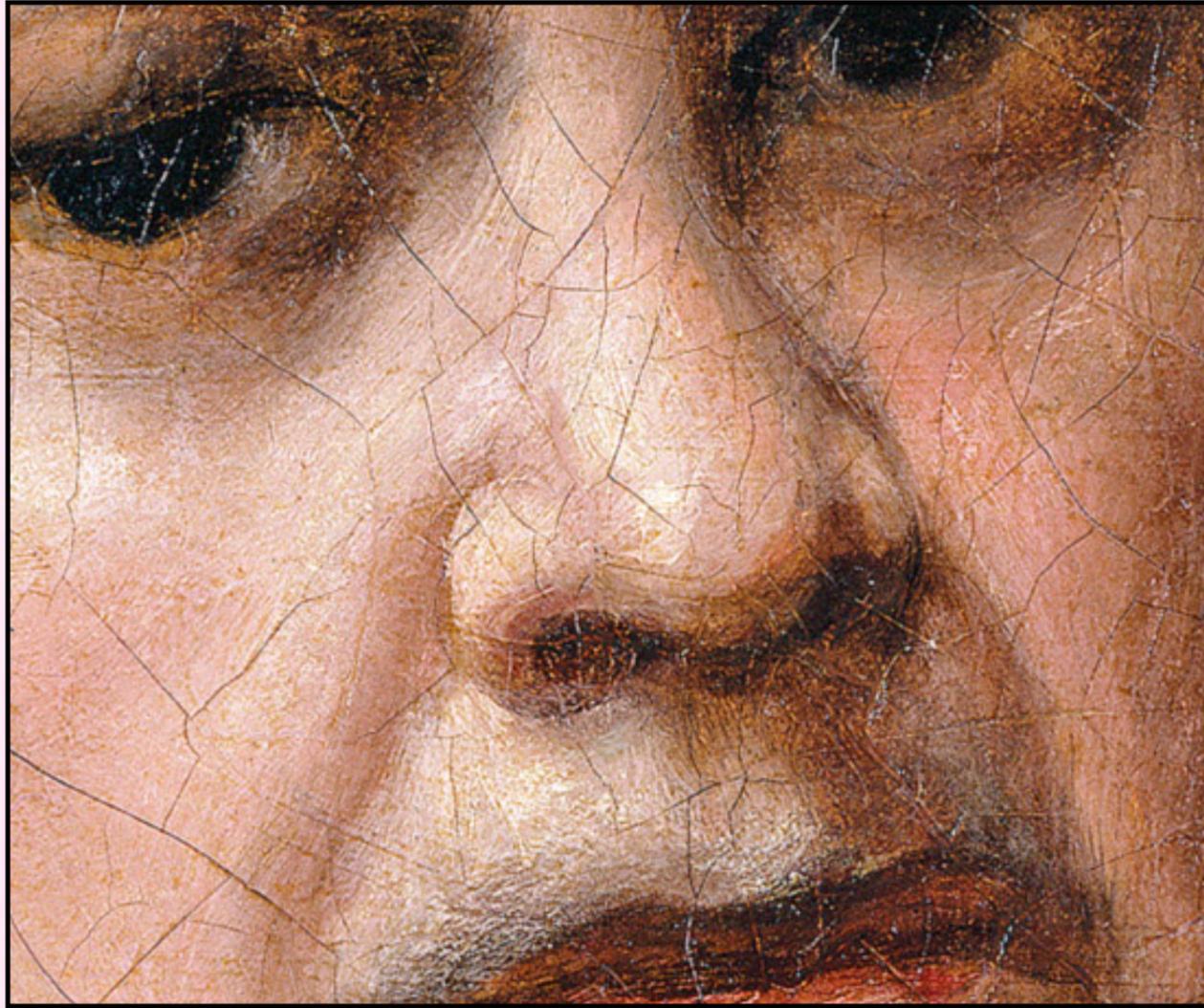


PLACER

Poesía / Literatura / Arte / Conocimiento / Erotismo / Rarezas





PLACER ES

Placer es poesía, literatura, arte, conocimiento, erotismo y rarezas. Placer es la revista de la Asociación La Mordida Literaria. Placer es una arma de destrucción mínima. Que sepamos, más allá del colapso nervioso de algún lector incauto, nadie ha resultado herido a causa de Placer. Placer es un gol trasnochado en un parque infantil, donde uno de los miembros del Consejo Editorial sufre un esguince de rodilla después de ejecutar con su compañero la catapulta infernal en el arenal. Placer son los cubos de plástico olvidados que crujen bajo el peso de la caída insalvable. Placer es el niño que llora a la mañana siguiente, intrigado por otra parte, ¿es posible que esas huellas sean de un elefante? Placer es el último elefante blanco, ya sin colmillos, que se dirige al último hogar. Placer es el desventurado aventurero que comenta a media voz el tránsito patético de unos muchachos que no supieron envejecer. Placer es la cueva de Alí Baba con los cuarenta ladrones encerrados dentro, comiéndose entre ellos. Placer es identidad anónima, el más alto de los pozos y la montaña más profunda. Placer es la unión imperfecta de empatía extrema y absoluta indiferencia. Placer es lo que tú quieres que sea. Placer es un rey que abdica, un cristo que confiesa. Placer es un recuerdo, lágrimas en la lluvia, máquinas sufrientes. Placer es ello, aquello y degüello. Placer es un rastro, apenas una estela. Placer es el perfecto, divino y glorioso número 12. Placer es el último de los solsticios. Placer no es.

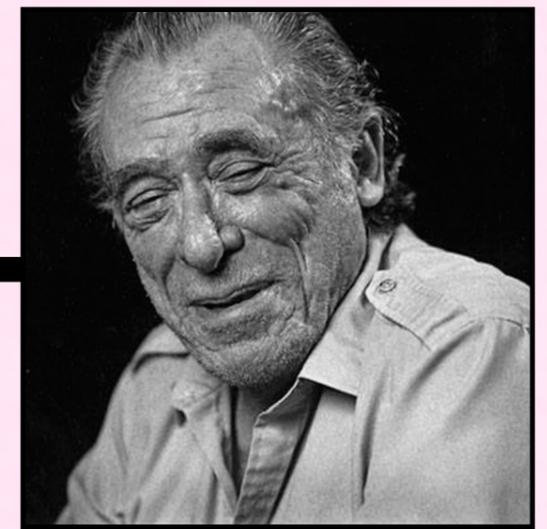
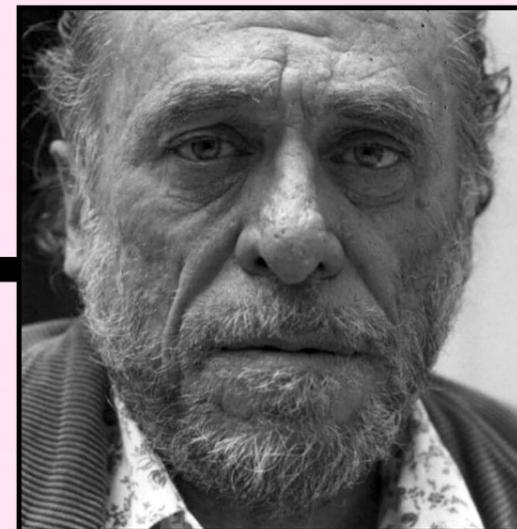
PRÓLOGO

En el principio era el verbo. Y en el final es *Placer*. Éramos (el Consejo Editorial) jóvenes e inocentes (aunque no tanto como pretendemos) cuando, doce (¡doce!) solsticios atrás, emprendimos la aventura de perpetrar una revista literaria sin más respaldo y/o conocimiento que el de pertenecer a una asociación literaria de lema dudoso y controvertido. ¿Poesía o muerte? Más bien debería ser: ¿Por qué le llaman literatura cuando quieren decir alcoholismo? En fin, el hecho es que en una asamblea de La Mordida de infausto recuerdo para los amantes de la literatura nadie se interpuso en el camino de unos locos sin ningún otro talento que el atrevimiento inconsciente. Por supuesto, tampoco escrúpulos. Es más, el advenimiento de la revista fue celebrado por los miembros más respetados de la asociación (no vamos a decir nombres, ahora, para no faltar al respeto a los miembros que no son “tan” respetados (en cualquier caso, el Presidente Vizán nos llamó a parte y nos dijo, con estas palabras: «Muchachos, espero que hagamos buena mierda, aunque ya sabéis que, en la asociación, de literatura casi nadie sabe nada»)). Con dicho soporte institucional está claro que nada podía salir mal. Además, unos días antes de la primera reunión del Consejo, uno de sus dos miembros, aquejado de múltiples trastornos (bien, este no es un hecho diferencial, en verdad), leyó un artículo de una sociedad científica que abogaba por el uso del sistema duodecimal en lugar del consabido y monopolista sistema decimal. Este antecedente, unido al hecho de que, justo ese día, esta persona múltiplemente trastornada (bien, no hemos encontrado otra forma de expresarlo, somos conscientes que emplear el término persona para referirse a alguno de los miembros del Coseno Editorial, después de doce solsticios, se antoja, como poco, atrevido) impartía una clase de Farmacología —donde abundaba acerca de las propiedades de la *Atropa belladonna* y su uso en los aquelarres de brujas untada en el mango de las escobas—, propició una decisión que se ha revelado fundamental en el quehacer de *Placer*: publicar un número cada solsticio (de hecho, hay que recordar que durante los dos primeros años también se incluyó a los poco agraciados equinoccios). En definitiva, la monomanía duodecimal fue mellando la poca cordura que pudiera haber en las mentes más brillantes de esta (de)generación (irreversible), por lo que el avance inexorable del Tiempo llevó, además del envejecimiento (esto es sin duda lo más grave más allá de las palabras y de los infinitos paréntesis que no llevan a ninguna parte solo molestan aunque la intención no es molestar pero es que no es posible evitarlo la sinrazón gobierna nuestras mentes que no pueden concentrar la atención más que unos segundos cada vez las ideas simultáneas aterrizan y despegan y huelen y sienten de forma sinestésica e imparable (¿han advertido que, a veces, son necesarios los paréntesis?)), a la degeneración. Esta degeneración irreversible, como decíamos, consistió en la minuciosa elaboración de una falsa creencia que hemos seguido con fervor religioso hasta el día de hoy (y que seguirá aún unos años, ahora lo comentamos), y que ha consistido en conseguir llegar al duodécimo solsticio no solo con vida, sino con, al menos, el mismo número de autores placerificados (en verdad, hemos llegado al sorprendente número 18, que no es exactamente múltiplo de 12, pero que al estar a mitad de camino de la doble docena (no sé, una docena y media de huevos, una docena y media de ¿libros?) nos permite (siempre con la ayuda de unas gotitas de haloperidol) descansar relativamente tranquilos). ¡Borges! ¿Se acuerdan? Nos avergüenza un poco el primer número. Qué candorosos fuimos. Nos preocupa más, sin embargo, haber arrastrado a unas pocas personas antes-cuerdas (o relativamente) a este barco desballestado lleno de monos salvajes que navega a la deriva. No es el caso de Esteban, él ya era así. Pero, ¿Jandrus? ¿Trípsulo? ¿Vicente? Y ahora cerca del fin, ¿Marta Valle? Bien, los acogimos y ahora somos responsables de su no-futuro. Hace poco más de dos solsticios vislumbramos una salida a nuestros tormentos (entre ellos, el de sacrificar a nuestra hija pródiga, cuán Abraham para demostrar su fe ante Dios (en nuestro caso no tenemos nada que demostrar (¡suficiente han hecho ya! —grita el respetable))), y que podría servir también para rescatar, en una suerte de deshabitación acompasada, a nuestros acólitos más fanáticos. Esta salida consiste en una voluntad/intención de difícil cumplimiento, pero no por ello menos bella y estética: vamos a intentar llegar a 12 *Placeres* en papel. Efectivamente, no sufran (en verdad, ¡sufran, malditos!), nos vamos pero no nos vamos. No teman, no nos encontrarán en las redes. Pero en algún momento, pasarán por el mundo analógico, aunque sea para ir a comprar tabaco o una docena y media de huevos. Entonces, no podrán andar tranquilos por este sucio mundo. En cualquier momento, en cualquier lugar, pueden volver a encontrarse con *Placer*. Señoras y señores, ladies and gentlemen, madams et messieurs, ¡bienvenidas al último número de *Placer*!

BIOGRAFÍA

No recuerdo exactamente dónde, leí hace tiempo que el realismo sucio se confunde a menudo con la pornografía. ¡Joder, ya nos gustaría a algunos! A quién no le gustaría haber follado ni que fuera una décima parte que Bukowski o su alter ego Henry "Hank" Chinaski. El bueno de tío Hank sí que era un machote. Aunque también es verdad que las apariencias engañan. Nadie duda de su obsesión con el sexo y el alcohol, pero tendrías que haberlo visto llorando como una niña cuando perdía a una de sus mujeres para comprender que había mucho más bajo la piel del tipo duro. Un canalla, sí, ludópata, alcohólico, misógino, violento, pero un ser afligido, también, sin esperanza alguna. Dicen que el origen de todo radica en su padre, que lo maltrató con dureza durante su infancia y adolescencia. Hijo de un militar americano de origen alemán y una mujer alemana, Heinrich Karl Bukowski nació el 16 de agosto de 1920 en Andernach, Alemania. A los tres años, la familia emigró a Los Ángeles, Estados Unidos, donde la miseria existencial de los suburbios fue calando lentamente y de forma insalvable en su tierna alma. Cabe añadir que su padre le pegaba unas tres veces a la semana ante cualquier ofensa mínima, por lo que el pequeño Henry Charles Bukowski, ya con el nombre americanizado, desarrolló desde bien pronto un conocimiento profundo de dicha miseria existencial. Su padre estaba casi siempre en paro, su madre miraba hacia otro lado cuando era castigado. Además, en la escuela se reían de él por su acento y su aspecto, a causa de la ropa y muchos problemas de acné, y se convirtió en un chico tímido y marginado. Aun así, consiguió graduarse en el instituto y llegó a la universidad, donde cursó algunas asignaturas de literatura, arte y periodismo. Sin embargo, al inicio de la segunda Guerra Mundial abandonó sus estudios y a su familia y se mudó a Nueva York. Hay que comentar que no fue a la Guerra porque suspendió el examen psicológico, ya bebía mucho entonces, por lo que no sé yo si suspendió de verdad o bien fingió su ineptitud, porque unos días antes lo arrestaron por no presentarse a las oficinas de alistamiento. En fin, en 1944 Bukowski estaba en Nueva York, dispuesto convertirse en escritor, ya hacía un tiempo que había descubierto a Fante y se había propuesto emularlo. No tuvo éxito. Durante un par de años estuvo escribiendo y consiguió publicar un par de historias, pero sin demasiada repercusión. Desalentado, se dedicó a vagar por los Estados Unidos de un lugar a otro hasta regresar a L.A., enlazando trabajos temporales, y a beber duro, como le gustaba decir, en bares de mala muerte. El único trabajo que conservó fue, joder, en el puto Servicio Postal de Estados Unidos, donde estuvo durante casi tres años antes de renunciar justo cuando podía obtener una plaza estable, en realidad no quería un trabajo fijo. Hay que decir, por otra parte, que es hartamente sorprendente que consiguiera dicho trabajo en un organismo estatal y más aún que lo conservara durante casi tres años. Solo hay que leer

Cartero (1971) para entender, bueno entender es imposible, más bien para comprobar que lo normal es que lo hubieran echado del trabajo a las pocas semanas. Bebía muy duro. En 1955, lo ingresaron en el hospital con una úlcera sangrante brutal. La verdad es que, dado que siguió bebiendo duro, muy duro, es muy difícil de entender que pudiera hacerlo durante el resto de su vida, ¡nada más y nada menos que hasta los 73 años! Cuando salió del hospital empezó a escribir poesía, que publicó en revistas casi desconocidas... A ver, un momento... Vamos a ir un poco más despacio, vaya mierda de biografía si solo citamos una obra, su primera y más conocida novela (eso sí), unos pocos (más bien muchos) maltratos y una úlcera recalci-trante como origen de su obra poética. Faltan las mujeres, joder, ¿no decíamos que el realismo sucio se confundía con el porno? Por cierto, ahora que lo pienso, ¿han visto *The Deuce*, de David Simon? Es una serie que transcurre en la New York de los años 70, donde se narran los inicios de la industria del porno. No es *The Wire*, claro, pero la serie está muy muy bien. Bueno, pues la historia no ocurre en L.A., pero joder, seguro que Chinaski no desentonaría en ese ambiente. O quizás sí, qué sé yo, los tugurios de *The Deuce* aún se ven bastante decentes; en L.A., por lo que cuenta el bueno de tío Hank, todo era aún más sórdido, más sucio, joder. En fin, que todo empezó con un padre que le pegaba y una madre que trataba de justificar el abuso de poder de su marido. Probablemente, esta situación tan poco edificante condujo a que la relación de tío Hank con las mujeres nunca fuera muy sana. De alguna forma, Bukowski, durante su vida, se dedicó a reproducir lo que había vivido desde bien pequeño, desde que era un rapaz, joder, vamos a escribir al menos una puta palabra mínimamente elevada para que parezca que esto es una revista literaria de verdad y no una farsa, joder, somos farsantes, pero nos esforzamos en serlo. Jane Baker fue su primer y gran amor. Sí, la loca de Jane de *Cartero*, una mujer que bebía tanto o más que él y con la que tuvo una relación tormentosa. La conoció en un bar de la calle Alvarado, en L.A., una mujer hundida, que había perdido a sus padres y a su marido en muy poco tiempo, y que había abandonado a sus hijos. El tío Hank se enamoró de ella y pasaron, con idas y venidas, más de siete años juntos, viviendo en pensiones miserables, sin trabajo la mayor parte del tiempo, con peleas, visitas de la policía, borracheras inacabables. En 1962, Jane murió de una intoxicación etílica y fue uno de los días más tristes de la vida de Bukowski. Antes, por cierto, se había casado un par de veces. Primero, consumó una relación epistolar en un matrimonio fugaz con una poeta, Barbara Frye, con quien se casó en 1959. Después, tuvo una relación un poco más duradera con Frances Dean Smith, a quien conoció también en un antro de mala muerte en L.A. Es importante comentar que, de forma inesperada, ya que en principio Frances no podía quedarse embarazada, tuvieron una hija, Marina, en 1964, de cuya vida no se sabe mucho, más allá que aún vive. El bueno de tío Hank, como dijimos al principio, no había tenido un buen modelo de vida familiar, por lo que no cabía esperar un final feliz. La vida familiar lo hastiaba. Escribía y bebía por las mañanas, trabajaba en la oficina de correos por las noches, no había tiempo ni espacio para mucho más. ¡Ah, sí! Desde 1960, Bukowski trabajó otra vez en Correos, esta vez durante más de diez años y la mayor parte del tiempo en el turno nocturno. ¡Lean *Cartero*, joder! En fin, que tenía un trabajo que lo consumía por las noches, pero escribía; sobre todo, escribía poesía. Poesía que puede ser vulgar y simple y cruda, ya que básicamente describe sin demasiados ambages su vida



cotidiana, su miseria, pero poesía, al fin y al cabo. Joder, el tío Hank era un tipo duro, ¿no? Y escribía poesía. Aquí hay algo que no acaba de cuadrar, ¿verdad? Es decir, el muy canalla bebía hasta desmayarse, se jugaba el dinero del sueldo en el hipódromo, buscaba consuelo con putas, se peleaba con su mujer y ¡escribía poesía?! La verdad es que suena bastante más complicado que el prototipo de tipo duro, ¿no? Luego volvemos sobre esto, pero si tienen curiosidad revisen alguna de las entrevistas que hizo en alguna gira europea durante los años setenta; especialmente, hay una en la televisión francesa donde se emborracha en directo y solamente dice sandeces. No sé qué pensarán después de visionarla, además de un poco de asco, pero la verdad es que no parece muy real, es más bien una interpretación; es decir, Bukowski era un mujeriego y un alcohólico, ergo se comportaba como tal, era más un personaje que una persona, pero de alguna forma, da la impresión que lo que mostraba muy frecuentemente no era más que una caricatura de sí mismo. En fin, sigamos con su vida y obra. A principios de los años sesenta empezó a publicar algunos poemas, y a partir de 1967 escribió una columna (*Notes of A Dirty Old Man*) para el periódico independiente *Open City*. Y en 1969, a raíz de una promesa un tanto insensata de un editor de *Black Sparrow Press*, John Martin, quien le prometió 100 dólares mensuales de por vida para que escribiera, dejó su trabajo en Correos y se dedicó por completo a escribir. Bien, por completo quiere decir que bebía duro y apostaba en el hipódromo y escribía. Pero escribía, al fin y al cabo. Y poco menos de un mes después de dejar el empleo de su vida, terminó *Cartero*, su primera novela. Vean más adelante en este número la reseña. No les va aclarar nada, pero algo hay escrito acerca de ella. Sobre todo, se incide en el tipo de personajes, los perdedores, que pueblan sus escritos. En *Cartero* es Henry “Hank” Chinaski, quien será su mayor protagonista, su alter ego en todas sus novelas menos una (*Pulp*, 1994), el equivalente al Arturo Bandini de John Fante. Bukowski es Chinaski, es un yo narrador que no tiene mucho más que decir que lo que le ocurre, todo se reduce a una serie interminable de anécdotas de borrachos, de personajes marginales que beben en los bares, en el hipódromo, en pensiones de mala muerte. Hay que decir, de todas formas, que es indudable que la prosa del bueno de tío Hank es ruda, muy-muy sórdida, pero a la vez tiene cierta “finezza”, es decir, hay mucha ironía, y hay que leer entrelíneas. Hay mucha desesperanza, también, mucho dolor, mucho vacío existencial. La sencillez con la que escribe, además, la economía con la que se expresa, un poco a lo Hemingway, es desarmante. Aquí, otra vez, surge una duda crítica. ¿Es de verdad la prosa de Bukowski una genialidad, ya que más que escribir vomita sus pensamientos entre los efluvios del vino más barato, o bien hay un trabajo muy meticuloso? Por cierto, un inciso necesario ahora que hablábamos de vómitos. La historia de la revista *Placer* se fundamenta en las reuniones en la sede del Consejo Editorial. Dicha sede ha sido un espacio dónde han ocurrido muchas cosas, pero hay una, especialmente, que cabe ser reseñada en una biografía de Bukowski. Joder, bebimos duro, sin freno, como el tío Hank, como en los tiempos mozos (vean otra vez que al menos nos esforzamos en mantener un tono literario mínimo, putos farsantes), y el cuerpo ya no es lo que era, no tenemos el estómago de acero del tío Hank, por lo que ocurrió un incidente. Sí, esto es un eufemismo. El incidente consistió en un reflejo esofágico de un co-Editor que restará avergonzado el resto de su vida, la cual, por otra parte, simplemente mantuvo a salvo con dicha maniobra involuntaria de desbloqueo de las vías aéreas. Estoy seguro que el tío Hank sufrió incidentes similares y sencillamente rió y siguió bebiendo duro. Un machote el tío Hank. El co-Editor culpable simplemente se marchó a duras penas de la sede del Consejo y pasó dos días miserables tratando de recuperar el sentido y la cordura. ¿Cómo? Bebiendo mucha agua, claro, tomando un sinfín de comprimidos de ibuprofeno, y, sobre todo, escribiendo *Placer*; y es que, como hemos dicho muchas veces, *Placer* es el mayor de nuestros problemas y la mayor de nuestras soluciones. Pero no nos pongamos nostálgicos, nuestra hija se nos marcha de casa, pero aún nos queda un hijito (*Placer* en papel, obviamente) al que debemos algo de atención. Bueno, a ver, ¿por dónde íbamos? Sí, lo de la intencionalidad. De verdad que no quería vomitar. No, en serio, la pregunta era si Bukowski trabajaba más de lo que decía. El hecho es que no he investigado muy a fondo (bueno, en verdad ni se me ha ocurrido investigarlo), pero, por lo poco que he leído, no está nada claro si, cuando escribía, el bueno de tío Hank era él mismo o simplemente jugaba la carta del tipo duro. En cualquier caso, y eso sí que tiene mérito, entre tanta borrachera, Bukowski leía muchísimo, por lo que, por supuesto que tenía mucha facilidad para escribir, pero estoy convencido que trabajaba su prosa y su poesía mucho más de lo que pueda parecer. Esto se hace muy evidente en *Hollywood* (1989), la última novela de Chinaski, donde hay mucho hartazgo, mucho cinismo, y, sobre todo, parodia de uno mismo, de su alcoholismo, de su misoginia, de su éxito. Solo cuando habla de su poesía se percibe cierta autoestima,

el resto para él es basura. ¡Joder, tío Hank, vaya puta mierda de mensaje! Pero esto es el “fin de fête”, no nos adelantemos, de nuevo. O si quieren adelantarse revisen ahora mismo el artículo dedicado a esta novela. En principio no deberían, pero la verdad es que el desorden es tal en este último número de *Placer* que no creo que pase nada (nada más allá de una posible afectación neurológica irreversible, quiero decir). Volvamos a su primera novela. Con *Cartero*, Bukowski alcanzó cierta fama. Por otra parte, conoció a Linda King, veinte años más joven, y comenzó una relación tempestuosa (diría que ya empleamos esta palabra anteriormente, pero es que no solo no hay duda que esta es la palabra que se ajusta mejor al tipo de relación que establecía el bueno de tío Hank con las mujeres, sino que me veo incapaz de revisar las líneas anteriores (no lo han hecho nunca, malditos farsantes, ¿por qué iban a hacerlo ahora?, dirá algún lector fiel de *Placer*)) marcada por los celos y las peleas continuas. En un arrebató, Linda llegó a lanzar la máquina de escribir de Bukowski por la ventana, y, poco tiempo después, harta de borracheras, peleas e infidelidades abandonó a Bukowski. Igualmente, nunca pudo olvidarlo y, de hecho, después de la publicación de *Mujeres* (1978), donde no es retratada muy favorablemente, Linda se vengó de él escribiendo *Loving and Hating Charles Bukowski*. Hay un documental muy interesante; la novela, por cierto, no apareció hasta 2012. Después de Linda, Bukowski buscó consuelo en una retahíla inacabable de mujeres, muchas de las cuales le escribían para conocerlo. En 1975, tuvo de nuevo una relación turbulenta (¿tercera vez?) con una de ellas, Pam O’Brian, una jovencita de 24 de años (Bukowski tenía entonces 55), quien al parecer torturó al pobre tío Hank, dejándolo y volviendo con él un sinfín de veces. ¡Vaya golfa! ¿Y era él el misógino? Sí, sí claro, obviamente, pero la tipa era una golfa, joder, el pobre tío Hank sufrió muchísimo... Después de otra temporada de excesos, conoció a su última mujer, Linda Lee, con quien se compró un coche y una casa en San Pedro, más allá de los suburbios de L.A. Adoptaron un montón de gatos y vivieron una vida mucho más tranquila, un poco de hipódromo, un poco de vino, leer y escribir poesía... En *Hollywood*, el bueno de tío Hank se ríe bastante de esta situación, a la vez que, como decíamos, exagera al extremo su versión más alcohólica y misógina. Ahora sí que es el momento, vean el artículo dedicado a *Hollywood*, por favor, aunque solo sea usted, alguien tiene que leerlo. Quémelo, después, aunque primero tenga que imprimirlo (esto ya no pasará más, por cierto, no sé si es una buena o una mala noticia, pero aproveche la última oportunidad), pero léalo, por favor, por favor, por favor... En fin, Linda fue su última mujer. Y aunque aparentemente no cambiaron tanto las cosas, al parecer la relación fue más madura: bebían juntos, con cierta medida, y se peleaban, también al parecer con mayor medida. Lo que es innegable es que fue una relación distinta, porque Linda, a pesar de que el viejo pudiera insultarla o pegarla un poco (hay un documental que lo atestigua), se quedó con el tío Hank hasta el final; por lo que, como poco, esta mujer se ganó el cielo soportando al viejo. Además, se ganó algo más. Y hay algo de justicia poética en ello. Porque después de tanto nihilismo y de supuesta misoginia (ya hemos dicho que, quizás, el tío Hank era mucho más que un tipo duro), la casa se la quedó una mujer. No sé yo, la verdad es que cuesta mucho obtener una imagen clara de este hombre, quizás rascando y rascando las capas de dura costra que envuelven su sucia figura de tipo duro encontraríamos la verdad de su naturaleza. O quizás no, quién sabe. Quizás era un tipo despreciable y ya está. Un cabrón simpático. Tampoco pasa nada, ¿no? Nadie está en condiciones de juzgar a los demás, todos tenemos nuestra mierda. Otra cosa es que de verdad maltratase de alguna forma a sus mujeres, más allá de las peleas donde la “discordia” era bidireccional, pero da la impresión que el tipo duro era en verdad un romántico, y que, simplemente, no conoció otra forma de relacionarse. El alcohol no ayudó mucho, tampoco. ¿Era un hijo de puta racista, misógino, alcohólico? Seguramente. No sé, lean y decidan por sí mismos. Nosotros hemos expuesto los hechos (objetivos y subjetivos) de la forma más ordenada posible, así que ahora pueden ustedes leer los artículos que hemos perpetrado para la revista y/o alguna de las obras de Charles Bukowski. Fórmense su propia opinión, maldita sea, está claro que *Placer* es una revista sensacionalista pero no es el *Der Spiegel* ni ninguna otra mierda pos-moderna más cercana y de cuyo nombre no queremos acordarnos (somos farsantes hasta el final, ¡hasta el tuétano, joder!). Que involucionemos al glorioso papel es la prueba manifiesta. En fin, igualmente, tengo que reconocer que me apena concluir la última biografía de esta la revista digital más bonita e innecesaria del momento, pero no hay otro remedio, es lo más razonable, aunque sea obvio que de razonamiento no hemos andado muy sobrados por aquí. En verdad, lo más razonable es que, hace ya 12 solsticios, hubiéramos seguido el último consejo de Charles Bukowski (que murió el 9 de marzo de 1994) y que puede leerse en su lápida: “Don’t try”. Joder, tío Hank, eso sí que es realismo sucio.

EL CIRCO DE LAS OPINIONES

ÚLTIMA FUNCIÓN

*Shakespeare es ilegible y está sobrevalorado. Pero la gente no quiere escuchar esto. Uno no puede atacar tem-
plos. Ha sido fijado a lo largo de los siglos. Uno puede decir que tal es un pésimo actor, pero no puede decir que
Shakespeare es mierda. Cuando algo dura mucho tiempo, los snobs empiezan a aferrarse a él, como ventosas.
Cuando los snobs sienten que algo es seguro, se aferran. Pero si les decís la verdad, se ponen salvajes. No pue-
den soportarlo. Es atacar su propio proceso de pensamiento. Me desagradan.*

Estas amables palabras dedicadas al bueno de Guillermo y a la humanidad en general son del último artista
circense que actuará en este recuerdo de carpa que ya no nos cobija. Charles Bukowski, alias boquita de oro
apestosa, se cree muy listo y tiende a la fanfarronada, rasgos que deberían ser definitivos para aquellos que
aún dudan de sus condiciones para ser un escritor inmortal. Súmenle a ese talento innato ser entrevistado
por un jovencito y probablemente sobreexcitado Sean Penn allá por 1987 y entenderán el porqué de su afi-
lada lengua entrando con un knife en la butter. A Bukowski se le calienta la lengua rápido y ese es el calor
que sentimos bajo sus indiscriminadas ráfagas. Que continúe el espectáculo.

*Alguien me contó que vio a Mailer en la tele, que estaba paranoico y no acababa ni una frase. Puede que Mai-
ler no sea gran cosa, pero no sé qué tiene que ver eso con escribir. Si una persona está paranoica y no acaba
las frases es muy posible que escriba mejor que si fuera normal. ¿Qué le pasa a todo el mundo? Ven las cosas
al revés. [...] Prefiero sus cartas a las de Henry Miller. Las de Miller son muy puñeteras y empalagosas, como
si quisiera que Walter Lowenfels ascendiera en la escala social. Y luego está lo de Huxley. H. imita demasiado
a M., se esfuerza demasiado. Es como si Miller pensara que Huxley casi es bueno y tuviera que pisotearlo un
poco para mantenerlo a raya. Huxley no debería preocuparte si lo tomas tal cual es: un inglesito culto, educado
e inteligente que ha olvidado que la sangre hierve. Pero es entretenido. Es como ir a ver una obra de teatro que
apenas ha durado 13 días en Broadway. Nadie esperaría ver a Shakespeare.*

Vayamos ahora con un par de números aleatorios y ruidosos aparecidos en *Escritos de un viejo indecente*:
*Bueno. Los hombres cambian, y el cambio no siempre es para mejor. Tólstoi se acercó a Dios hacia el final y
perdió brillo. Gorki, después de la revolución, no tenía nada de lo que escribir. Dos Passos se volvió un ca-
pitalista con cara de barbero y murió en las colinas de ahí arriba. Céline se volvió un cascarrabias y olvidó
cómo reír. Shostakóvich no cambió nunca, escribió su quinta sinfonía y luego volvió a escribirla una y otra vez
en todas las sinfonías que vinieron detrás. Mailer se convirtió en un periodista inteligente, igual que Capote.
Pound se volvió cada vez más oscuro y luego se le fue la pinza. Spender lo dejó, Auden lo dejó, Olson suplica-
ba al público. Creckley se enfureció y se volvió más severo. Abraham Lincoln detestaba a los negros y Faulkner
llevaba corsé. Ginsberg mamaba de su propio sonido y se vio superado. Y el viejo Henry Miller acabado desde
hacia tiempo, follándose a preciosas japonesitas bajo la ducha.*

y... (con minúscula tras punto):

*Para aprender, no leas a Carlos Marx. Es mierda ya muy seca. Aprende, por favor, el espíritu. Marx es solo
tanques cruzando Praga. No te dejes cazar así, por favor. En primer lugar, lee a Céline, el mejor escritor en dos
mil años. Incluye, por supuesto, El Extranjero de Camus, Crimen y castigo y los Hermanos, Kafka entero, todas
las obras del escritor desconocido John Fante, los cuentos cortos de Turgeniev, evita a Faulkner, Shakespeare
y sobre todo a George Bernard Shaw, la fantasía más pomposa de todos los TIEMPOS, una auténtica mierda
con conexiones políticas y literarias de lo más increíble. El único más joven que se me ocurre con carretera
pavimentada delante y beso en el culo si hace falta es Hemingway, pero la diferencia entre Hemingway y Shaw
es que Hem escribió algunas cosas buenas al principio y Shaw escribió siempre mierda.*

Y hablando de Heminway, uno de sus autores preferidos, creo, dice no sé donde:

*Demasiada basura, demasiada seriedad. Un buen escritor, finas sentencias. Pero para él la vida era siempre
una guerra total. Nunca se dejaba, nunca bailaba.*

Y antes nombraba a Henry Miller, y citaré de memoria porque he sido incapaz de encontrarlo pero era algo
más o menos así: *Miller está bien cuando habla del folleteo pero el resto me da sueño.*

En fin, ¿Como no se le puede querer? Aprovecho la oportunidad para resaltar el encuentro, que narra en
Escritos de un viejo indecente, con Anaïs Nim y Herny Miller en casa de este. No lo transcribo aquí porque
aunque el abuso ya sea inevitable y la ética yazca malherida en el suelo, intento mantener cierto respeto
por una moribunda estética. En la entrevista que le realizó Pivano, publicada bajo el delicioso nombre '*Lo
que más me gusta es rascarme los sobacos*' da su particular opinión acerca de las tendencias filofascistas de
alguno de sus autores de referencia:

*Creo que probablemente Céline se quemó de esta manera, y Knut Hamsun y Ezra Pound y otros muchos, no
pienso que creyeran realmente en el fascismo o en el nazismo, sino que simplemente no podían soportar que
todo el mundo marchara en una dirección y así que ellos se fueron un poco por otra. No espero que tú entien-
das esto.*

Solo imaginar la cara de la buena de Fernanda tras escuchar la última frase se me hace la boca agua. ¡Qué
paciencia! Sobre Céline también dijo:

*La primera vez que leí a Céline, me fui a la cama con una caja grande de galletitas Ritz. Empecé a leerle y me
comía una galletita Ritz, me reía, me comía una Ritz, leía. Leí la novela entera de un tirón y me terminé la
caja de galletitas. Y me levanté y tomé agua. Tendrías que haberme visto. No me podía mover. Eso es lo que un
buen escritor te puede hacer. Casi te puede matar. Un mal escritor puede hacerlo, también.*

Para ir acabando, echemos un vistazo a su poema *El incendio de un sueño*, en el cual hace un repaso a los
autores que visitó de joven en la biblioteca pública de Los Ángeles:

*Aldous Huxley, D.H. Lawrence, E.E. Cummings, Conrad Aiken, Fiódor Dostoievski, Dos Passos, Turguéniev,
Gorki, H.D. Freddie Nietzsche, Shopenhauer, Steinbeck, Hemingway... pero aquellos estantes contenían / un
enorme tesoro: me permitieron / descubrir / a los poetas chinos antiguos / como Tu Fu y Li Po / que son ca-
paces de decir en un / verso más que la mayoría en / treinta o / incluso en ciento. / Sherwood Anderson debe
de haberlos / leído / también. / Maravilloso lugar / la Biblioteca Pública de Los Ángeles / fue un hogar para
alguien que había tenido / un / hogar / infernal. / ... / James Thurber / John Fante / Rabelais / De Maupassant.
/ Algunos no me decían nada: Shakespeare, G.B. Shaw / Tólstoi, Robert Frost, F. Scott / Fitzgerald. / Upton
Sinclair me llegaba / más / que Sinclair Lewis / y consideraba a Gógol y a / Dreiser tontos / de remate. / Pero
tales juicios provenían más / del modo en que un hombre / se ve obligado a vivir que de / su razón.*

El show es excelente, no lo negarán, y siempre ayuda a ello la inseguridad benevolente que germina en el
espectador el saber que solo se le ha mostrado una pequeña parte del universo del autor y que habiendo
más, no está a su alcance. ¡Qué bien nos hace asumir que no merecemos aquello que deseamos!

Ha sido un placer ser su maestro de ceremonias. Hasta aquí el circo de las opiniones.



PD: Bukowski, amigo fiel a las avalanchas, también puede ser un lago profundo (y traicionero). Si quieren
opiniones tuyas algo más elaboradas, adquieran de cualquier manera *Fragmentos de un cuaderno mancha-
do de vino*. En ese pastiche rentalista podemos leer el maravilloso relato *Conozco al maestro* donde narra
sus encuentro con un Fante viejo y moribundo. En *Los Angeles para Li Po* donde describe una fantástica
ruta con el poeta japonés por su querida ciudad. También aparece *Al volver la mirada sobre uno de los gran-
des* donde trata a Pound y *Un viejo borracho al que se le acabo la suerte*, prólogo al libro *Papá Hemingway*
de A. E. Hotchner. Para acabar, también nos encontramos con *Antología de Artaud*, título suficientemente
obvio para no tener que escribir de quien trata.

CARTERO

Placer es y ha sido muchas cosas, pero, especialmente, ha sido una oportunidad para muchos de nosotros de revisar/descubrir la obra de un buen número de escritores. Por poner algún ejemplo, es evidente que ha sido un placer volver a leer *Guerra y paz*, *Al faro*, *Novela de ajedrez*, *Moby Dick*, *Suite francesa*, *Lolita*... En cuanto a los descubrimientos, ¿hubiéramos leído acaso a Forugh Farrojazad? ¿Hubiéramos escarbado tan escabrosamente en la vida tan particular de Mishima? O bien, ¿hubiéramos comprado *Aquí descansa Nevares* en una feria de segunda mano o encontrado causalmente *Cròniques de la veritat oculta* en la basura? Son preguntas retóricas, obviamente. Por otra parte, es inevitable preguntarnos, también, si hubiéramos vuelto tan fácilmente a Borges, a Kerouac, a Lovecraft, que leímos tan jóvenes y virginales... Mi respuesta es que, probablemente, no. De forma análoga, este es el caso, en mi caso, del último escritor al cual hemos dedicado una monografía, Bukowski. Leí a Bukowski en la universidad, y tengo que reconocer que de forma mucho menos exhaustiva que a Borges o a Kerouac. Así, solamente leí tres de sus libros de relatos (por cierto, en casa solamente he encontrado dos, lo que no habla muy bien de mi yo de esa época), mientras que nunca me enfrenté a sus novelas o a sus poemas. La verdad es que no le presté suficiente atención. De esta forma, no sé si a causa de esta carencia o bien a causa de constatar anteriormente que los beatniks envejecieron mal (y no voy a decir ya nada de Borges o Lovecraft), emprendí la lectura de Bukowski sin demasiado entusiasmo. Y, en cambio, ahora mismo, debo decir que Bukowski ha sido un descubrimiento... Aquí debo explicar, por otra parte, que mi media naranja en el Consejo Editorial ya me lo había dicho tiempo ha. De hecho, al iniciar el periplo de la revista puso una condición, y solo una, cuando nos planteábamos cómo elegir a los escritores a placerificar. Dicha condición consistió en establecer que el último número de *Placer* estaría dedicado a Bukowski. El resto de escritores los podía elegir yo a mi antojo, cosa que no he hecho, o bueno, quizás sí un poco, pero siempre simulando que la decisión era compartida, en fin qué les voy a contar ahora de la tendencia tendenciosa del Consejo Editorial a manipular la mente de los otros, por lo que hacerlo de forma nada subterfugada en un ente bicéfalo y bipolar se antoja como poco una obligación moral de consecuencias obvias, esto es, la degeneración irreversible que comentamos en algún lugar de este mismo número (ver prólogo o viajes o algún otro artículo de estos sin una temática clara y razonada que nos caracterizan).

Bien, ¿por dónde íbamos? Sí, sí, es verdad. Acepté la condición de mi amado coeditor sin pensar demasiado en el futuro. Y el futuro llegó, de forma hartó sorprendente. Lo primero que me ha sorprendido en este futuro, en el cual, lamentablemente, somos más viejos, es que adoro a mi amado coeditor. Y lo segundo es que he concluido que concluir la serie de monografías de la revista con Bukowski fue una gran elección. A ver, tampoco quiero parecer ahora un fanático. Tengo que aclarar que no sitúo a Bukowski en el pedestal donde descansa Salinger, por ejemplo. O Mailer, por citar a otro americano. O mejor Nabokov, otro americano adoptado. Pero sí pienso que merece un lugar especial en toda biblioteca; yo, por ejemplo, tendré ahora más cuidado de no perder ningún otro libro suyo. En fin, lo que quería plantear no era exactamente esto, es decir, que sí, que recomiendo la (re)lectura del bueno de Bukowski, pero la cuestión es por qué. O, dicho de otra forma, ¿por qué ahora sí la prosa de Bukowski ha llegado más a mi alma humana? Disculpen un momento. A ver, esta puntualización de pertenencia a la especie humana no es gratuita, ya hace un tiempo que observo con recelo las miradas de algunos pasajeros del tren, cuando advierten que no dispongo en mis manos de ese objeto de pantalla luminiscente que ocupa su campo visual la mayor parte del tiempo. Ya lo expliqué una vez, creo recordar, aunque no recuerdo el número de la revista dónde lo expliqué y no he tenido la pausa ni la voluntad necesaria para buscarlo. Se trata de una lucha consciente, de una decisión meditada (hasta donde puede meditar mi mente). Hay belleza, siempre, en la resistencia estéril (esto también lo escribí hace tiempo). Me preocupa un poco, la verdad, que esté repitiendo el mismo discurso una vez tras otra, sin darme cuenta. O peor, me doy cuenta y no puedo o no quiero impedirlo, porque no tengo nada más que decir, no tengo ninguna otra historia que contar, no dispongo de más material que

exprimir. Es posible que en esto consista la naturaleza humana, en esta miseria de pasar los días, de no ir a ninguna parte, de no superar la mediocridad en ninguna actividad, en no desear, de hecho, más actividad que el pasar los días sin demasiados sobresaltos. Más allá del bar, del banco del parque donde me siento a beber por las mañanas, antes de ir al trabajo, antes de ordenar las cartas que luego debo repartir por toda la ciudad, trayectos distintos cada día, pero en cambio indistinguibles entre sí, siempre las mismas caras grises, siempre el mismo tono gris en el cielo, en las paredes, en la ropa, en la mente, en las uñas y las pestañas y en las hojas de los árboles y en los coches y en las cestas de frutas de la tiendecita gris de la esquina donde esa mujer gris de pelo gris y delantal gris me mira de forma asqueada con sus ojos grises cuando me acerco demasiado, siempre la misma voz gris que me exhorta a lanzar de una vez por todas la saca con todas las cartas al maldito río. Solo puedo acallar esta voz con cerveza helada, embotando una por una todas las neuronas que cuelgan boca abajo como si fueran lianas olvidadas con forma de pirámides invertidas en una ciudad abandonada conquistada por la vegetación, años después de un cataclismo que está al llegar, es imposible que este planeta dure mucho tiempo más, es imposible que Dios todopoderoso exista y no haga absolutamente nada por nosotros, ni siquiera hacer aparecer una cerveza helada, nada, con 25cl me conformaría, aunque si pueden ser 33cl sería mejor, pero no aparece, joder Dios, nos has abandonado y todo se hunde bajo el barro gris, bajo la basura gris, el plástico gris, la runa gris, la lluvia ácida y el vómito gris, bajo montañas y montañas de mierda gris.

Dos aclaraciones, para terminar. Primera: como quizás ya saben, no soy cartero. *Cartero* es la primera novela de Charles Bukowski, cuya lectura ha “inspirado” este artículo. Y segunda: no es posible justificar el párrafo anterior, pero observen que si una lectura puede producir estos efectos es que hay algo en ella que mueve el alma. Bukowski, como Fante, o como ha hecho recientemente David Gates con su primera novela *Jernigan* (ver *Placer en papel n°3*) nos muestra el lado oscuro de la naturaleza humana. Los protagonistas de sus historias son perdedores. Y vaya perdedores. ¿Recuerdan aquel cuadro de Edward Hopper, aquel dónde desde la calle se observa a través del cristal a unos clientes en un *diner*, por la noche? Personas solitarias que parecen atrapadas, aplastadas por la vida, noctámbulos que simplemente dejan pasar el tiempo bajo el efecto del alcohol y la luz de unos fluorescentes. Es esta una interpretación de la obra de este autor. Quizás Hopper no quería transmitir esa imagen, en verdad, aunque me inclino a pensar que sí. Donde no hay dudas es en la prosa de extrema crudeza de Bukowski. Bukowski describe sin ningún escrúpulo, aunque con mucho humor negro, lo peor de la especie humana y sus instintos menos confesables, y creo que es esta mirada transparente y a la vez inocente la que lo hace tan conmovedor. Uno se hace mayor (disculpen la insistencia, creo que pronto volveré a caer en una crisis existencial severa, por lo que esto no deja de ser terapéutico), y ya no es posible anhelar una visión tan romántica de esa vida desordenada en la ciudad que postulaban los beatniks. Ahora no tengo dudas que Bukowski lleva razón. Me voy a llorar un rato. Hasta siempre...



NOCTÁMBULOS

Mike

Huevos y salchichas y unas tostadas. Cafeína fría, una nube de nicotina. Hay que joderse, cada día la misma historia en el diner. Estoy sentado en el puñetero sofá de la esquina, donde me siento todas las noches. El eskay lleva años rajado, ajado, desgajado, amortajado... Joder, me falta una... Mierda, ya ni soy capaz de llegar a cinco... En fin, que el sofá y yo envejecemos juntos, no parece haber nadie que vaya a hacer algo por nosotros. Simplemente, nos vamos deteriorando y llegará el día que alguien nos deposite juntos, como simbioses de una época pasada, en el contenedor del callejón. A veces Cassie, cuando ya solo quedamos Fred y yo, bebiendo taciturnos, por turnos, nocturnos... ¡Joder! ¿De verdad? Vaya mierda... Pues eso, que a veces Cassie viene y se sienta unos minutos a mi lado. Casi no tengo que moverme para dejarle espacio. Ella es muy delgada, los huesos de la clavícula sobresalen en su uniforme, como si fuera un esqueleto con una túnica. Cuando estamos juntos estamos en silencio, no decimos nada. Cada uno tiene su copa, no hay nada más que hacer, solamente beber, sorber, disolver, absorber, abstraer. ¡Vamos! Cassie es la camarera de este tugurio. Su turno empieza a la una de la mañana, por lo que sus clientes somos la crema de la sociedad. A veces, a primera hora tiene que trabajar un poco, cuando entra al diner algún hipster despistado, un par de universitarias borrachas, alguna puta cansada. Pero la mayor parte del tiempo somos siempre los mismos. Noctámbulos. Desheredados que no tenemos dónde caer muertos. Cada día el mismo plato de salchichas, el más barato, aquí nadie tiene dinero para comer otra cosa. Yo, lo poco que consigo durante el día pidiendo limosna, me lo bebo. Cassie también bebe, por eso somos amigos. Por eso continúa en el turno de noche, dónde puede beber con nosotros. Aunque ahora ya no bebemos juntos, con Fred. Cassie se sienta un rato conmigo, luego otro rato con Fred. No recuerdo por qué Fred y yo reñimos, discutimos, contendimos, combatimos... Bueno, no está tan mal... El hecho es que ya no hablamos nunca. Cada uno se sienta en su rincón. Como mucho, al llegar, nos saludamos levemente, una ligera inclinación de cabeza. Luego, cada uno a lo suyo.

Fred

Ya está otra vez el muy hijo de puta. Estoy seguro. Lo veo en sus ojos. Cuando eleva las cejas y su mirada pierde el foco es que está pensando sus sinónimos rimados. ¡Maldita sea! Un vagabundo esnob, vaya pretencioso de mierda... No entiendo por qué Cassie tiene que sentarse con él. Ella no lo soporta, tampoco. Sí, es un bebedor profesional, como nosotros. Conoce las normas, respeta el tempo. Pero es un puto vagabundo con aires de grandeza que nunca ha pegado un palo al agua. Yo no pido limosna. Yo me he ganado el derecho a beber como un condenado. Me he ganado a pulso la mísera pensión que sustenta estas noches tan largas. Noches infinitas, dónde el alcohol se acumula poco a poco en la sangre, donde el humo del tabaco desgasta milímetro a milímetro las paredes de mi aparato respiratorio. Toso y bebo y fumo y toso y sigo bebiendo y fumando sin remedio. Maldita sea, me estoy matando cada día un poco, torturándome de forma macabra, porque ni siquiera puedo decir que lo hago porque me gusta. Lo hago porque lo necesito, porque sin una maldita copa siento que mi ánimo no es capaz de nada. Cuando empecé a beber, a beber de verdad, aún trabajaba en el puerto. Pero ya estaba perdido. Mi mujer acababa de perder otro hijo. Otro hijo. ¡Joder! ¡Cuatro abortos! ¿Le pasa esto a alguien más? Casi no he podido dormir desde entonces. Al principio, me pasaba noches enteras paseando por la ciudad desierta. Luego, un día, entré en el diner y conocí a Mike. Él ya bebía. Creo que ha bebido siempre. Tipos como Mike existen más allá del tiempo. En todas las ciudades, en todos los diners que abren de noche debe haber un Mike. Nos hicimos amigos. A pesar de su condición, un puto vagabundo, Mike era un tipo inteligente. Leía mucho, al principio. Prácticamente un libro cada noche. Su manía con los sinónimos rimados me divertía muchísimo. El problema es que cada noche bebíamos un poco más, y cada vez se hizo más difícil sostener una conversación mínimamente coherente. También el juego de las palabras perdió interés. Un día nos peleamos. No recuerdo el motivo, la verdad. Ahora no nos dirigimos la palabra. Él sigue jugando solo. Todos estamos muy solos.

Cassie

Esta es la última noche. De verdad. Ya no puedo más. Me irritan tanto este par de tarados que les pegaría un tiro a cada uno. Y luego lo quemaría todo. Rociaría todo el puto diner con gasolina y, después de encenderme un cigarrillo, lanzaría la cerilla al aire, de espaldas. No miraría. Solamente notaría el calor en mi espalda, y escucharía como los cristales del escaparate crujen y explotan a causa del calor, y olería la carne chamuscada... ¡Joder, qué asco! Demasiadas películas. Si enseñaran a la puta Rita Hayworth tosiendo y echando gargajos por la boca después de la primera calada seguro que no tendría esta mierda de fantasías. Pero bueno, es lo único que me queda. ¡Joder! Putos borrachos, antes al menos me tocaban el culo. Una vez Fred me empotró en el lavabo. Es verdad que estaba llorando, luego supe que su mujer se había tirado al río, pero al menos tenía algún instinto. Los instintos pueden ser sucios y miserables, pero al menos son instintos. Joder, ahora paso la noche con dos vegetales. Lo único que hago es regar las plantas. Estos tipos no se van a empalmar otra vez en la puta vida. Ni que entre Marilyn en el diner y se ponga a cantar desnuda delante suyo. Me siento con ellos para no beber sola, pero es casi peor. Nadie dice nunca nada. Antes Mike soltaba su mierda de sinónimos y nos reíamos un poco. No entendía casi ninguna de las palabras, pero mierda, al menos hablábamos. Ahora solo bebemos. Tengo que irme. Este negocio me está matando, bebo tanto como ellos, pero nadie quiere el turno de noche y el jefe hace la vista gorda. Total, debe pensar, me paga una miseria, y a cambio de la bebida limpio el local y por la mañana está todo impoluto, es una puta ganga. Pero esta noche es la última noche, de verdad. Ya no puedo más. Hoy cuando llegue a casa voy a quemar el puto uniforme en la bañera y me quedaré en la cama hasta que el casero venga a echarme. Tampoco él se empalma ya, el muy cabrón dice que parezco un cadáver de tanto beber y fumar. Joder, si él se pasara toda la noche en el diner con estos malditos borrachos no estaría mucho mejor. Mierda... Voy a ponerme una copa. No sé con quién me toca sentarme... Putos locos, ni siquiera saben por qué se pelearon. Que les den.

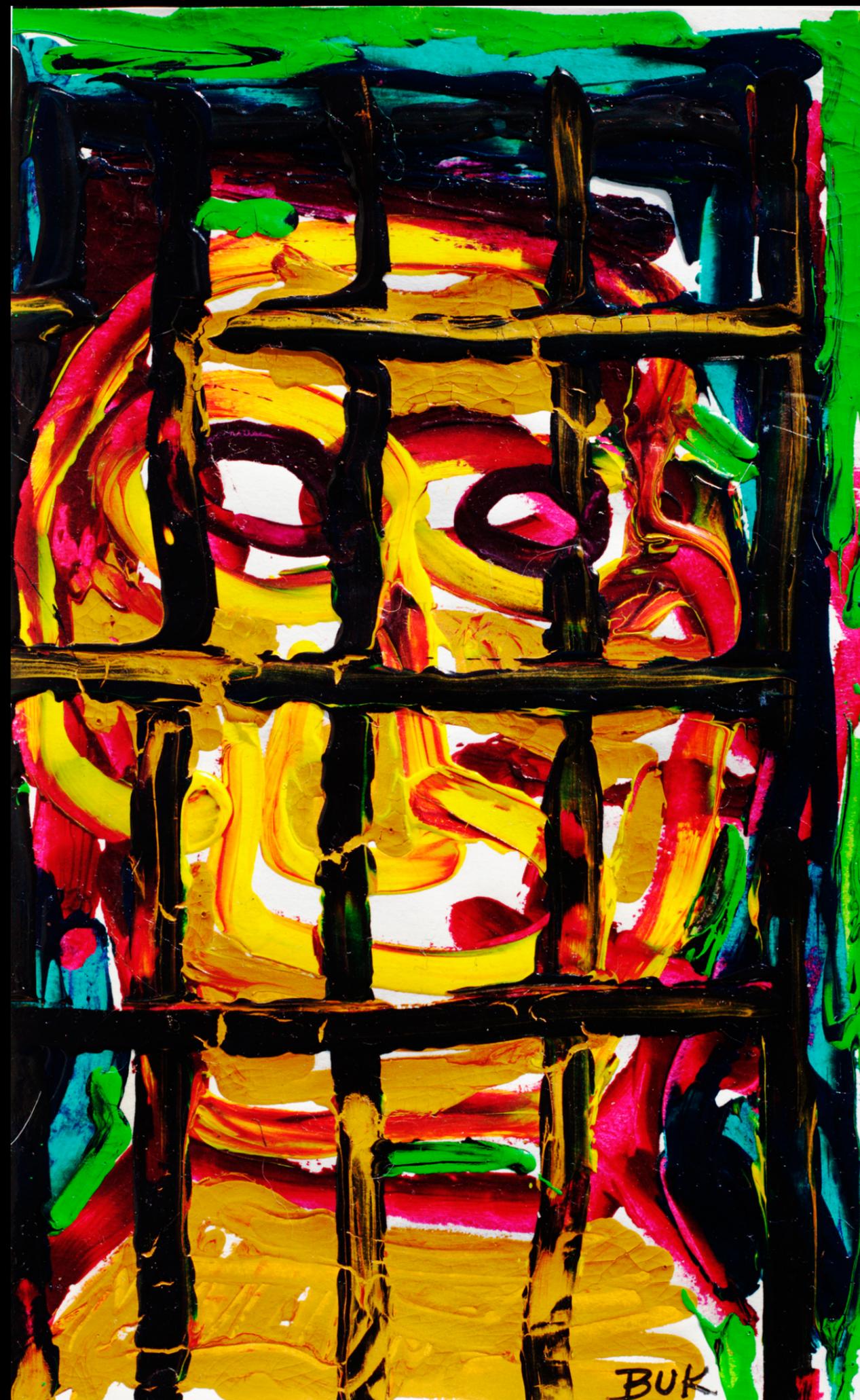


PLINTURAS

Fragmento de El este de Hollywood: El nuevo París. Ausencia de Héroe. Charles Bukowski.

- Esos tres cuadros de ahí. ¿Los pintaste tú? —me preguntó.
- Me gustan. ¿Puedes pintar alguno más?
- Sí.
- Me parece que sé de una galería que podría montar una exposición.
- No es lo que más cachondo me pone.
- Me gustaría verte intentarlo. Toma, compra pintura y papel.
- Me extendió otro cheque de 50 pavos.
- Seguro que no quieres echar un trago? —le pregunté.
- No, gracias...

Si alguna ventaja tiene pintar es que puedes hacerlo cuando te venga en gana. Al menos, yo puedo. Para escribir tienes que sentirte muy bien o muy mal, pero para pintar puedes sentirte bien, mal o regular. Naturalmente, para mí todo es mejor cuando estoy borracho, y eso incluye el sexo, escribir, pintar o ver una corrida de toros. Para otros es lo que es. Pero pintar, beber, follar, escribir no son uno y lo mismo pero casi. Así que pintaba y bebía, ahí estaba la acción, las bailarinas; la radio a toda caña y los puros baratos, pintura en los dedos, pintura en los puros, fumar los puros, tragarse la pintura en los puros, tan absorto en el espectáculo que me traía sin cuidado y despertaba hecho un asco por la mañana de resultados del veneno de tragar alcohol y pintura, primero vas al baño y vomitas y luego a la cocina donde lo has hecho y hay 8 o 9 cuadros en el suelo y 4 o 5 en la mesa y el fregadero. Es un circo que te cagas.



Así que pintaba. Y recuerdo mis 2 sesiones en clase de arte, la ausencia de fuego por todas partes; era como si todos ellos, maestro y alumnos, cedieran ante una ley innombrable según la cual todos debían llevarse bien y no hacer nada en absoluto. Quiero decir que eran todos muy amables con los demás, había mucho colegueo; estaba mucho más cerca de una merendola, una reunión social, que de adentrarse y arremeter contra la locura y la desesperanza. Así que bebía y pintaba, pintaba y bebía. Pintaba directamente del tubo, el pincel era demasiado lento para la melodía. Y puesto que pintaba del tubo, extendiendo la pintura en trazos gruesos y ondulantes, los cuadros tardaban varios días en secarse. Había cuadros por todas partes: la cocina, el dormitorio el cuarto de baño, el suelo de la sala. Venía la gente de fiesta y yo los ahuyentaba..

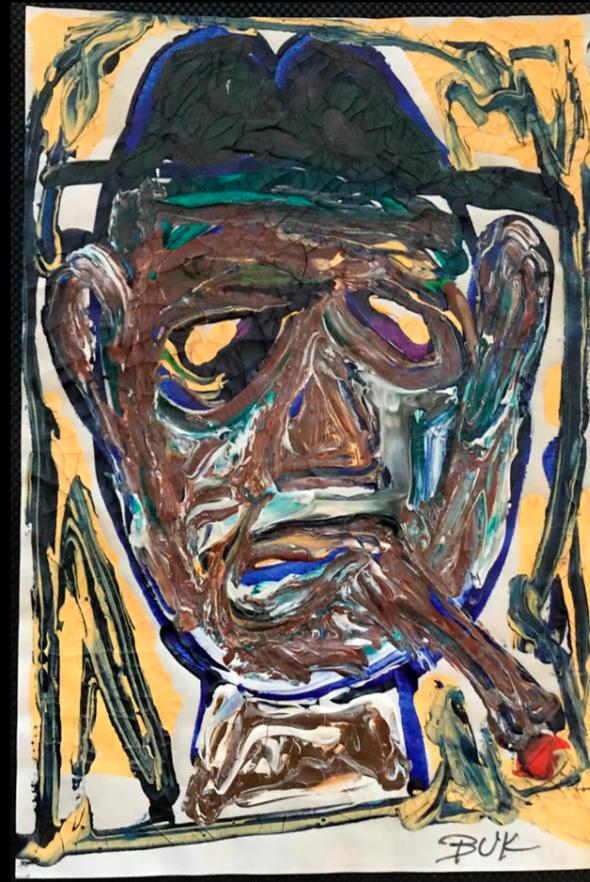
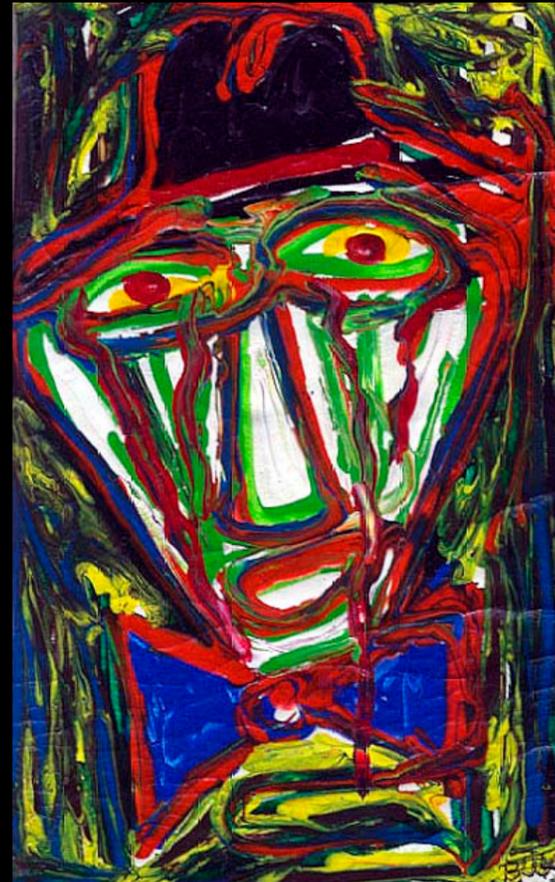
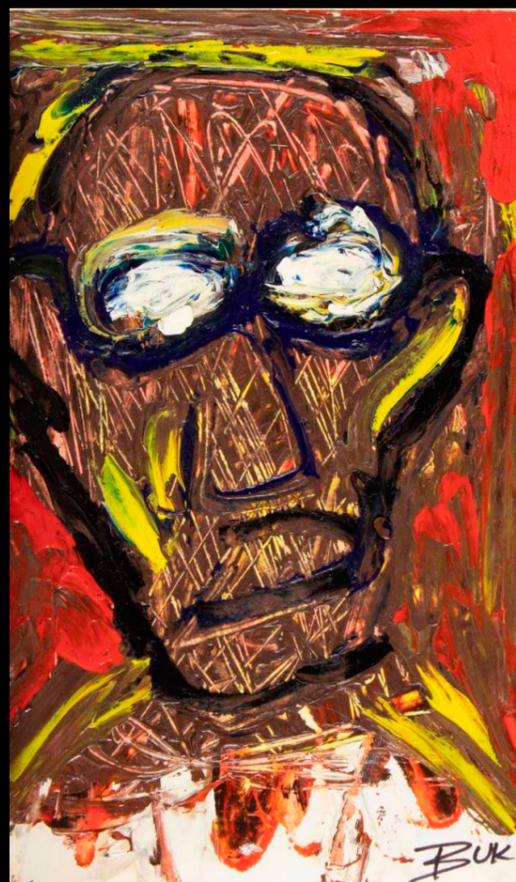
—Vais a pisarme los cuadros.

Arranqué el teléfono y puse papel higiénico entre la campanilla y el percusor. Metí papel higiénico en el interruptor del timbre encima de la puerta de la cocina. Compré cinta adhesiva y empecé a pegar los cuadros a las paredes, por todas partes, y luego me quedé sin espacio en las paredes y empecé a pegar cuadros al techo. La mayoría de los cuadros eran de animales y gente y estaban colgados alrededor y por encima de mi cabeza. Una noche de copas me fui a un bar en Sunset Boulevard y me ligué a una tía con bastante clase y la llevé a mi casa y ella dijo:

—Ay, Dios mío, ¿qué es esto? Estás loco, ¿verdad?

—A veces siento que estoy loco y a veces no —le dije.

—Me largo —dijo, y se largó...



Vinieron Martin y su esposa, Clara. Los oí llamar a la puerta, los reconocí a través de la persiana de la puerta y los dejé pasar. Martin y Clara se pasearon mirando los cuadros.

—Sí que has estado ocupado —comentó Martin.

—Claro —dije.

—¿Puedo quedarme este? —preguntó Martin, refiriéndose a uno de mis cuadros,

—Claro —dije.

—¿Puedo quedarme este? —preguntó Clara.

—Claro.

—¿Puedo quedarme este? —preguntó Martin.

—No, ese es para mí.

Se tomaron una cerveza cada uno conmigo.

—Sigue así —dijo Martin—, voy a montarte una exposición.

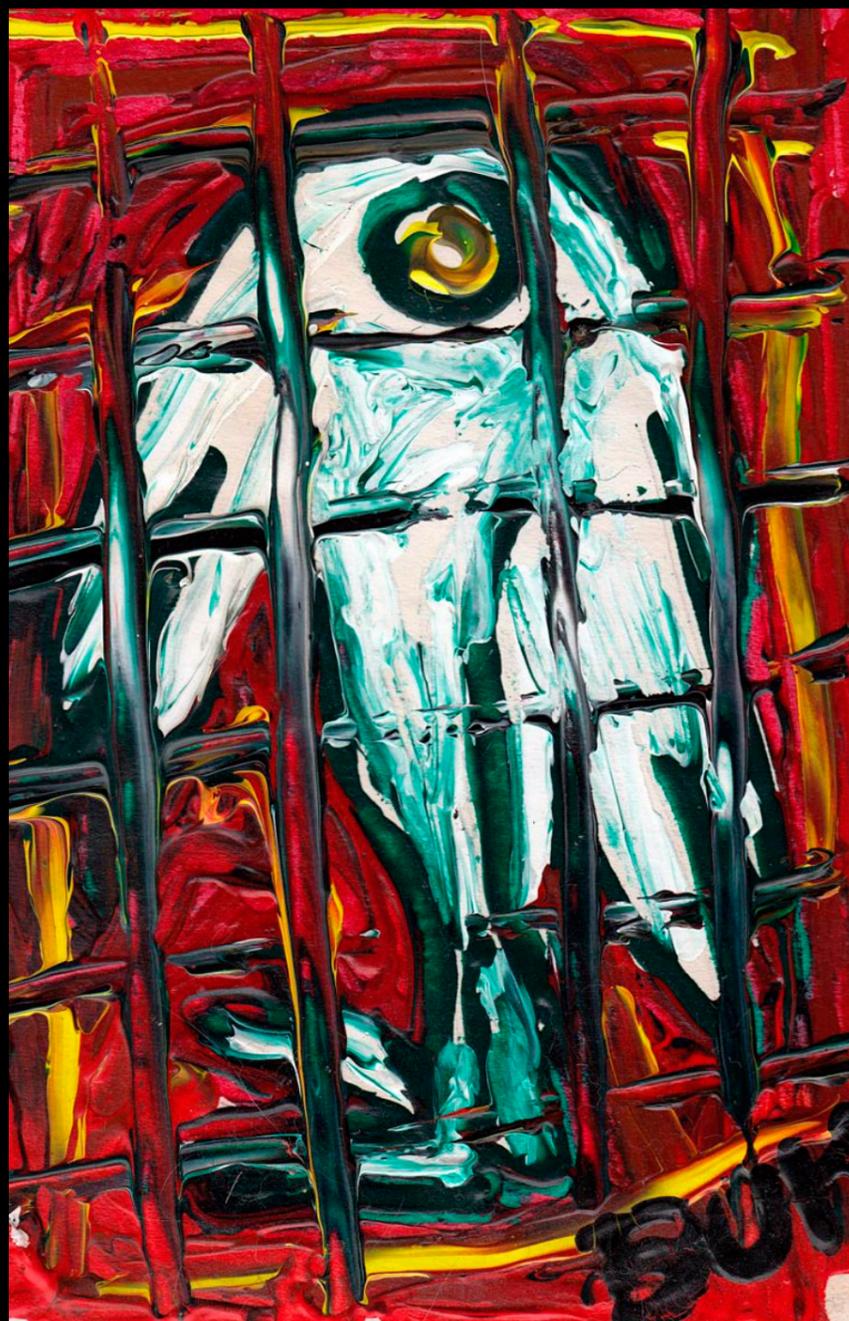
—Vale —dije.

Martin me extendió un cheque de 150\$ por los cuadros y luego otro cheque de 150\$ para suministros.

Luego se fueron.

Al día siguiente me senté a mirar los cuadros. Empecé a cogerles manía. No eran lo bastante sutiles. La crudeza estaba bien pero cuando la crudeza se tornaba estruendosa se parecía demasiado al neón de Las Vegas. Recordé lo que dijo el profesor de pintura delante de toda la clase, con un cuadro mío en alto —Aquí tenemos a un hombre que no le tiene miedo al color.

Pero el color por sí solo no era suficiente. Miraba los cuadros y cada vez me desagradaban más. Empecé a beber y empecé a descolgar los cuadros que no me gustaban. Fui de habitación en habitación descolgando cuadros. Poco después solo quedaban 5 o 6 cuadros colgados. Luego descolgué esos. No tenía nada. Fue anocheciendo. Seguí bebiendo. Entonces se me ocurrió una idea. Empapando los cuadros en agua caliente en la bañera podía reducir el exceso de color. Llené la bañera y agarré un cuadro grande. Metí el cuadro. Bien, daba resultado. Saqué el cuadro y lo llevé a la mesita de la cocina. Abrí unos tubos de pintura y le di un toque de color aquí y allá. Bien. Empecé a llevar los cuadros a la bañera como en un desfile y a echarlos dentro. Los sacaba, retocaba algunos con un poco de color, dejaba los demás como estaban. Poco después todos mis cuadros se habían dado un baño. No averiguarían nunca mi técnica. Me fui a la cama sintiéndome mucho mejor..





Por la mañana me levanté y miré mi obra y sentí asco. Vomité. Luego empecé a arrugar los cuadros y a embutirlos en los dos cubos de basura en la parte trasera de la casa. Poco después los cubos estaban llenos, pero arrugué el resto de los cuadros y los embuté en todos los cubos de basura vacíos que encontré por la hilera de patios. Luego enchufé el teléfono y quité el papel higiénico del timbre y hasta volví a conectar el timbre de la puerta principal.

No sería nunca un Van Gogh, ni siquiera un Dalí. Era cuestión de volver a la máquina de escribir junto a la ventana mientras veía pasar a las chicas. Ese día me fui al hipódromo y perdí 80\$. Dormí esa noche sin beber, y por lo general cualquier primera noche sin beber era una noche en vela, pero esa noche dormí a pierna suelta, estaba agotado de puro asco. Cuando desperté, me quedé en la cama. Me quedé acostado y miré el techo. A eso de las 3 de la tarde sonó el teléfono. Era Martin Johnson.

—Eh, tu teléfono funciona de nuevo.

—Sí.

—¿Qué tal va la pintura?

—Se ha acabado.

—¿Qué quieres decir?

—Les di a todos los cuadros un baño de agua caliente.

—¿De veras? Y, luego, ¿qué hiciste con ellos?

—Los tiré a la basura.

—¿Cómo? Estás de coña.

—No, están con las latas de cerveza y los formularios de apuestas viejos.

—¿Acabas de tirar 2.000\$!

—No me gustaban los cuadros.

—La mayoría eran muy buenos. Oye, ¿cuándo pasa el basurero?

—El miércoles por la mañana, a eso de las 9. Es miércoles por la tarde.

—Oye, ¿me haces un favor? Vete a echar un vistazo en los cubos de basura. A ver si siguen llenos.

Me levanté y fui a la parte de atrás. Los cubos de basura estaban vacíos. Volví al teléfono.

—Ya ha pasado el basurero. Se lo ha llevado todo.

—Qué pena—dijo Martin—, y no puedo por menos de decirte que me cabrea que hayas hecho algo así.

—Vale, colega —dije, y colgué...





Tómese esta última página de la entrega de Pinturas como la enajenación de un maquetador con ínfulas de diseñador. O si lo prefiere, tómesela como un juego asociativo apenas divertido y tremendamente egocéntrico. Ya sabemos todos del gusto de Bukowski por las series y repeticiones, en este caso, asociadas a sus pinturas. A nosotros también nos gustan, solo hace falta ver la férrea estructura de nuestra revista, que sobrevive con apenas unas reformas superficiales, tras cobijarnos más tiempo para el cual fue pensada. Y hablando de pensar, yo pensaba que no habría problemas para conseguir las fotografías más apropiadas para cada autor placentado, pero no ha sido así. Cosas de los problemas y problemas de las cosas. Al final, la sección para los literatos de la luz ¿? (foto es luz y grafía escribir) ha derivado en pequeñas muestras de las otras facetas creativas de los autores que por nuestra carnicería han pasado. Porque a parte de excelentes escritores (intente poner escritores en género neutro pero ya está en género neutro aunque cueste entenderlo) también pueden ser modelos homoeróticos, alegres dibujantes de desgracias, lepidopterólogos sesudos o cineastas documentales, entre otras cosas que por voluntad o pura suerte no han sido legadas a la posteridad y han quedado puras y resguardadas a salvo entre las actividades domésticas sin éxito ni reconocimiento alguno. Aún así, y más allá del mestizaje que ha canibalizado las fotografías, hemos tenido tiempo de hacer lo que se quería hacer. Porque más allá de las curiosidades melancólicas y los descubrimientos más o menos agradables, hemos tenido la decencia de publicar flotos de Omar y de Luisjo, una de las principales motivaciones que llevaron a la decisión de incluir un apartado de flotos en una revista literaria. Omar aquí sigue, como nosotros, y en lo que venga, sea lo que sea, no dejará de ser una excusa para poner cosas suyas. Luisjo, que ya no está, un poco como nosotros también, se llevó sus autoretratos publicados, y se alegró, según me dijo. Tenemos poco, pero sigue siendo más de lo que nos han dado. Al resto le va un agradecimiento genérico y sincero, a los autores o a quien cobije sus derechos. Seguiremos tomando su silencio como un magnánimo gesto, aunque muchos digan que es pura y llana ignorancia. Nos van bien ambas opciones. Les diría, para compensar, que gasten dinero en cultura, pero qué carajo le vamos a decir nosotros, que publicamos una revista gratuita porque no tenemos dinero para hacer una revista que se pueda vender... o algo así. Si fuera Susan Sontag, a parte de escribir en inglés y ser aún más inaccesible para la mayoría de ustedes, habría volcado mis ideas sobre la fotografía de forma más clarificadora. Hice lo que pude, más o menos. La medicoridad es como una tragaperras, de vez en cuando, toca premio, y ese premio es una ganancia real, por lo menos en el momento, y si ha destrozado la vida a millones de personas y roto incontables familias, pero tú, de vez en cuando, puedes hacer montonitos de monedas de dos sobre el mostrador y pedirte un Havana siete un miércoles a las doce del mediodía, no hay bien que por mal no venga, ¿no?

En fin, esperar que les hayan gustado las fotografías es otro granito más que depósito alegre y esperanzado en el desierto de mi debilidad. Hasta aquí Flotografías y sus variantes. Adliós.



NIGHTHAWKS

Es curioso observar que, a veces, algunas referencias culturales que tenías bien separaditas en tus cajoncitos mentales, están relacionadas entre sí. Entonces, estos elementos que creías independientes se entremezclan de forma irremediable, conformando una suerte de collage donde dichos y otros elementos se tornan indistinguibles, compactos como en un conglomerado donde todo está tan prensado que no cabe ni una gota de aire. Cuando este fenómeno ocurre, me irrito tanto que soy incapaz de descansar, no puedo soporarlo. Quiero pensar que, quizás, no solo me pasa a mí. Esto parece bastante razonable. Por ejemplo, estoy seguro que no soy la única persona en el mundo que tiene algún tipo de trastorno mental y que, o bien no toma la medicación o bien lo hace de forma poco ortodoxa, esto es acompañada de un poco de alcohol. En cualquier caso, no creo que esto que pasa en mi cabeza sea un fenómeno muy común. Es decir, no creo que mucha gente sufra estos episodios de angustia cósmica, en los cuales todos mis recuerdos son uno y no logro distinguir de dónde viene cada uno, cada noche me despierto en un universo donde tengo la certeza que mi imaginación ha creado una quimera, un laberinto del cual no puedo emerger sin descubrir las piezas del rompecabezas. No debe ayudar a esta angustia el hecho de que, como comentaba antes, sirva cada gota de haloperidol en un vaso de whisky. O quizás sí, quién sabe. Mi psiquiatra tiene un mueble-bar en su consulta y, en cada visita, escucho desde la sala de espera como se sirve un generoso vaso de escocés. Lo huelo desde el diván. Por mucho que se enjuague su maldita boca con un colutorio mentolado, el aroma de la madera macerada es inconfundible. En fin. A lo que íbamos. Que no me queda otra que desandar el camino, esto, volver a ordenar cada elemento en su cajoncito mental. Solo así, únicamente de esta manera, voy a conseguir dormir otra vez.

En el centro del dédalo se encuentra Henry Chinaski, aturdido, como si le hubieran dado una paliza en el callejón, junto a la puerta trasera del bar. El primer hilo de la madeja, *The fight club*, una película acerca de un tipo insomne y esquizofrénico como yo. Es verdad que los giros argumentales no casan muy bien con la sinceridad del bueno de Henry Chinaski, pero sí hay pasajes donde podría reconocer algo de él; en la casa ocupada, insalubre, o en la actitud deslavazada del protagonista, cuando nada importa, ni el trabajo ni las heridas ni la ropa arrugada ni la comida ni nada. Todos son extraños. ¡Sí! Otro hilo... Efectivamente, *Stranger than Paradise*. Joder. Jarmusch, cómo no. Vida y miseria en Nueva York, partidas de póker, carreras de caballos, moteles en medio de la nada. Casi no me acuerdo ya de la película, y fue una de mis favoritas, durante mucho tiempo. Jarmusch fue uno de los grandes, en los 1990s. *Night on earth*. ¿Se acuerdan de Winona Ryder conduciendo un taxi en Los Angeles? Por cierto, la banda sonora era de Tom Waits. ¡Joder! Tom Waits, este hilo es importante. Menos mal. *Nighthawks at the diner*. Eggs and sausage and a side of toasts. Cafeína fría en una nube de nicotina. La voz de Tom Waits calma mis nervios irritados, inflamados, tensionados, congestionados, concentrados hasta el extremo. Sobre todo, cuando lo acompaña el saxo de terciopelo, que fluye entre las notas del contrabajo y las teclas del piano. Noches en el diner. Qué disco. Ahora me viene a la cabeza el *Remembering*, de Avishai Cohen, pero no me puedo dejar llevar por las cosas que me gustan. Mierda. Coltrane, *My favourite things*. ¡Quieto, joder! Puta mierda de concentración, ¿no iban bien las anfetaminas para esto? Tom Waits. Ahí estaba la clave, la llave de la última puerta. Una escena nocturna. El diner abierto al anochecer. La luz de los fluorescentes desnudando el alma de los noctámbulos, de los desheredados. De los que beben solitariamente toda la noche. ¿Lo reconocen? Yo lo reconozco. *Nighthawks*, Edward Hopper. ¡Por fin!

Ya lo ven. En verdad no es tan difícil salir del atolladero. El problema no es ese. El problema es la repetición, el ciclo sin fin. Un laberinto lleva a otro y así sucesivamente. Vasos comunicantes en un compartimento estanco, no hay forma de escapar, no hay forma de detener la maquinaria. Poleas y turbinas y ventiladores y extractores de humo y trituradores de basura, donde el suelo está cubierto por un palmo de agua, y entonces alguien lanza una piedra, y sabes que del agua va a emerger alguna cosa. Demasiada calma. *Tiburón*, *Star Wars*, *El señor de los anillos*. ¡Joder! ¿En qué se inspiraba Pollock cuando lanzaba la pintura al aire sin, aparentemente, ningún orden y concierto? Estoy seguro, estoy completamente seguro. Un momento. Disculpen. Me parece que Cassie está llorando. Pobre mujer. Este trabajo en el diner es una puta mierda. Es

probable que no sea la más alcohólica, aquí, si es posible establecer una gradación, una función, una clasificación, una competición, una maratón. Pero es una más, en verdad. Cada noche la misma historia, no voy a volver, lo voy a quemar todo. ¡Los cojones! A ver si es verdad y de una vez por todas lo quema todo y reduce este estercolero a cenizas. No puedo entender cómo puede aguantar repetir la misma escena cada noche. Bueno, es decir, en verdad sí. O sea, que en el fondo lo suyo también es un laberinto que se repite. Mierda. Somos todos ratones de laboratorio que recorremos laberintos paralelos, cada uno el suyo. Desconocedores que justo al otro lado de la pared hay otro como nosotros. Lo estoy viendo. ¡Madre mía! ¡Lo estoy viendo! ¡Joder! Esto debe ser una epifanía, o algo así. Una visión del sentido del universo. Pero entonces, ¿esto es lo que ve Dios desde el cielo? Vaya puta mierda de parque de atracciones. ¿De verdad puede entretenerse viendo a gente como Cassie y yo haciendo todos los putos días lo mismo? No puede ser. Pero sí, ¿no? Mierda. La verdad me ha sido revelada y ahora no sé qué tengo que hacer. ¿Debería dedicar el resto de los días a contar al resto de mortales que sé lo que se cuece en las altas esferas? Que quizás deberíamos quedarnos quietos, acurrucados en alguna oscura pared del laberinto, a ver si Dios se aburre y deja de vigilarnos y entonces seríamos libres y podríamos hacer lo que quisiéramos. Aunque, probablemente, seguiríamos viniendo al diner todas las noches. ¿Qué otra cosa íbamos a hacer? A mí, al menos, no se me ocurre otra cosa. Cuando uno bebe, cuando uno bebe de verdad, no piensa en otra cosa. *Días de vino y rosas*, *Días sin huella*. No hay nadie como Billy Wilder. *Sunset Boulevard*. Ahí está. Esa es la mirada. Si hubiera unas escaleras en el diner, Cassie podría bajar por ellas como Norma Desmond. Joder, vaya cara de loca. Los chorretones de rímel resbalan por los pómulos afilados de su calavera, casi solo es piel y huesos, ya. Todos somos piel y huesos. El alcohol lo consume todo. Bueno, parece que ya está terminando. Ahora sorbe los mocos. Se prepara una copa. Se sienta con Fred. Seguramente le toca sentarse con Fred. Y... Mierda, ya no me acuerdo de lo que estaba diciendo. Algo de Billy Wilder... No sé, da igual, mejor aprovechar este momento, cuando uno se queda en blanco y las oleadas de pensamientos recurrentes están todavía lejos. No tardarán. Ojalá este momento durara para siempre. Calma. Pausa. El mar todavía lejos. En la arena un gorrión deja sus huellas sobre la arena mojada. ¡Mierda! Ya duraba demasiado... Esto era de Kerouac, ¿verdad? A ver...



HOLLYWOOD

«A ver, tampoco quiero parecer un fanático. Tengo que aclarar que no sitúo a Bukowski en el pedestal donde descansa Salinger, por ejemplo. O Mailer, por citar a otro americano. O mejor Nabokov, otro americano adoptado. Pero sí pienso que merece un lugar especial en toda biblioteca; yo, por ejemplo, tendré ahora más cuidado de no perder ningún otro libro suyo». Estas son mis palabras de hace apenas dos semanas. Es posible que las hayan leído en un artículo anterior. También es posible (más posible, posiblemente) que, al reconocer enseguida al autor del artículo, no llegaran tan lejos, por lo que es esta la primera vez. Es lo que tiene la sorpresa de las primeras líneas que ahora, justo ahora, se ha esfumado de forma definitiva, ya saben quién es el autor de este artículo por lo que no sé si tiene mucho sentido continuar; aunque, al menos para mí, sí tiene algún sentido, este es un ejercicio terapéutico para mí. ¿He explicado ya lo del haloperidol? ¿Y lo de la recurrencia, la insalvable propensión de repetir una y otra vez las mismas historias y argumentos? En fin, el hecho es que *Cartero* me gustó muchísimo y así lo dejé escrito. Ahora, acabo de terminar *Hollywood*. Y no hay nada más metafórico que el mismo ejemplar que tengo en mis manos para expresar lo que siento: el libro está ajado, con algunas hojas sucias y arrugadas, parte de la portada se ha desprendido, apenas es posible sostenerlo sin que se rompa un poco más. *Hollywood* es la última novela protagonizada por el alter ego de Bukowski, Henry Chinaski, y la decadencia de este ha llegado al extremo. O, para ser más exactos, ha superado en extremo el extremo. A Bukowski le da igual todo, ya. Hay tanta pereza, tanta dejadez consciente en muchos de los diálogos que no sabes si sonreír ante la broma o bien enfadarte porque te está tomando el pelo, él lo sabe, tú lo sabes, ¿por qué demonios te prestas a este experimento absurdo y cruel? Probablemente, es por curiosidad. Quizás, porque el hombre no deja de ser entrañable, con sus botellas de vino y sus historias descabelladas en bares e hipódromos. O bien, porque reconoces los elementos que hicieron especial la lectura de *Cartero* y, aunque desvirtuados, de alguna manera, observas que aún están ahí. Chinaski es más viejo y más borracho, pero también más sabio. A su manera alcoholizada es más sabio. La autoconciencia es llevada a la última consecuencia. No hay filtros. Como en algunos relatos cortos de su última época insiste en narrar lo que pasa por su cabeza de escritor y cómo transcurre su día a día, que consiste, fundamentalmente, en visitar a alguien con su casi invisible mujer, beber vino, ir al cagadero y regresar a casa con una turca de tres pares de narices. Y lo hace con lucidez. Pero es una lucidez triste, una lucidez apagada. *Hollywood*, a diferencia de *Cartero*, deja un poso doloroso. La sordidez es la misma, pero ahora Chinaski es un tipo rico y famoso que observa lúcidamente que lo único que puede hacer ya es reírse de sí mismo. Y el lector lo ve nítidamente. No hay engaño. Ahora ya no es una comedia. Bien, antes tampoco lo era, pero el tono permitía cierta relajación. Vaya mierda. Es decir, ahora que lo pienso, ¿la sordidez solo es soportable si se presenta de una forma menos sórdida? ¿El argumento de que nos gustan las historias donde los protagonistas son perdedores, como el Bandini de Fante o el Jernigan de Gates, y que muestran la verdadera naturaleza humana, es una patraña? Por ejemplo, Ignatius J. Reilly es un hombre inadaptado y estrambótico, pero sus aventuras son tremendamente divertidas. Lo que se muestra puede ser amargo, incluso muy crudo, la miseria humana es siempre muy difícil de aceptar, pero, quizás, es la forma de relatarlo, más amable, menos cruenta, lo que permite acercarnos a esta realidad que, de otra forma, no osaríamos mirar directamente. Además, al fin, el lector empatiza con el personaje, la sociedad es muy cruel y la única forma de redimirnos, aunque sea de forma ficticia, es pensando que comprendemos a este tipo de personajes. Mi impresión es que, en *Hollywood*, Chinaski se esfuerza al máximo para que no logremos ningún tipo de empatía para con él. Lo peor de la naturaleza humana en estado puro. Ya no hay casi humor en el desprecio por sí mismo, por las mujeres, por los demás. Así es imposible augurar algún tipo de salvación para el personaje, incluso para uno mismo. Joder. Tampoco es que busque yo ningún tipo de salvación. Es decir, ya tengo mis gotitas de haloperidol con whisky y mis ratitos delante del ordenador, tecleando siempre las mismas historias. Pero en mi fuero interno, sea lo que sea el fuero, no puedo dejar

de pensar que debe haber algo más, que algún día, cuando llegue al bar, podré sentarme otra vez al lado de Fred. Entonces, en algún momento de la noche, vendrá Cassie y estaremos los tres juntos de nuevo. No creo que esta ilusión vaya a materializarse nunca, pero si lo hiciera, seré yo el que rocíe con gasolina todo el diner y lo quemé todo. De alguna forma, observo que este sería el final más romántico posible, el único final feliz, o, al menos, feliz de alguna forma, tristemente feliz, pero feliz al fin y al cabo. Porque ahora estoy tan solo que casi no lo soporto. Mierda. Veo en la televisión esa pobre gente ahogándose en el río Grande para cruzar a este lado de la frontera, ¿para qué? ¿Para limpiar este vaso de mierda dónde consumo mi alma y mi hígado, en ese orden? Y, aun así, no están tan solos como yo. La gente los puede mirar con desprecio, joder, esa piel más oscura, qué demonios, son basura, pero es peor la basura blanca. A la basura blanca se le tiene aún más miedo. Podrías ser tú, la próxima vez, piensan. El cerebro es muy jodido. Lo primero es la autodefensa. El puto latino te puede robar, pero el puto vagabundo blanco puedes ser tú mismo. Es por ello por lo que estás solo. Nadie te va ayudar. Mejor tú que yo, piensan. Si eres tú, es menos probable que sea yo. Joder. Al puto latino de mierda le dan trabajo de lavaplatos y tiene una mujer con el culo enorme y un hijito harapiento que va descalzo por la calle chutando una pelota pinchada. ¿Y a mí? ¿Qué me dan a mí? A mí nada. A veces lanzan una moneda desde lejos. No se acercan. ¿Y si fuera contagioso? La moneda es un acto de fe, una metáfora de la expiación, es el coste que tiene mantener el status quo. No es limosna, pues, no es una buena acción, no es un acto altruista. Lanzar esa moneda desde lejos es lo más egoísta que puede hacer uno. Lo que te están diciendo es: Ten, toma, ya puedes seguir bebiendo. No salgas nunca de ahí. Mientras esté ocupado ese lugar estoy a salvo. Joder. ¿Hay algo más ruin? ¿Puede ser más miserable la naturaleza humana? Pues eso, como decía, Chinaski se presenta como un capullo integral. Seguramente lo es. Pero es al sublimarlo de forma tan fehaciente como en *Hollywood* cuando consigue irremisiblemente dicho objetivo. Por lo que no sé qué pensaré en dos semanas (no teman, creo que no voy a escribir más artículos (sin duda, no parece lo más conveniente para la revista (aunque siendo el último número...))), pero ahora tengo claro que casi prefiero volver a mis beatniks, aunque sea consciente que hay cierto artificio, cierto posturo, al menos puedo respirar sin ahogarme en mi propio vómito.



SANGRE DORADA

-“AMIGO, TINGO LA VOLL DAMM DI OFERTA, TI LLEVAS DOCE POR PRECIO DI SEIS”.
UNA SILLA DE RUEDAS PASA POR LA CALLE CON UN CHIHUAHUA ENCIMA.
DOS MOSCAS SIN ALAS SE PELEAN EN LA BARRA DE PAN DETRÁS DE LA CAJA.
-“AMIGO, Y TI HAGO OFERTA DI CHIVAS Y TI REGALO DORITOS, AMIGO...”.
SE ESCUCHA A LO LEJOS UN LOCUTOR GRITAR UN GOL DE ANSU.
VIENEN OLAS DE OLOR A SOBACO O A CABRA DEL HIMALAYA.
LAS NEVERAS TIENEN MOTOR DE CAMIÓN Y UNA GOTA DE SUDOR
SE DESLIZA DESDE MI SIEN A LA PUNTA DE MI NARIZ.

ELLA MOVÍA SUS NALGAS DENTRO DEL PANTALÓN,
NO SABÍA QUE LA VOLL DAMM ES UN UPPERCUT AL MENTÓN,
EN EL AUTOBÚS VOMITAS, EN EL TRABAJO DEFECAS
Y SUS NALGAS NO SABEN QUE ES LA VOLL DAMM.
LA CUCARACHA AMERICANA VUELA SI LA PERSIGUES,
LA TARJETA DE TREN SE MOJA DE SUDOR EN LA ENTREPIERNA
Y EL REVISOR ES UNA MUJER CON EL CULO GORDO
QUE APESTA A RED BULL.

-“IS UN MILAGRO QUI HAYA HOY VOLL DAMM, AMIGO,
MI PRIMO LA TRAJO DI MERCABARNA.
HAY HUELGA DI TRANSPORTE.
IN MI PAÍS SI NO LLEVAS MASCARILLA PARA IL VIRUS
TI PEGAN CON UNA VARA.
CON LA MISMA VARA QUI PEGARON A GANDHI
TI PEGARÉ SI TI VAS CORRIENDO CON LI VOLL DAMM, AMIGO...”

SI LA VOLL DAMM ESTA FRÍA LA BEBÉ LA SEÑORA
QUE A LAS 8 LIMPIA LA ESCALERA Y EL DÍA FLUYE
Y ME DESPIERTA CON ERUPTOS AGRIOS
LOS DÍAS DE TORMENTA.

SI LA VOLL DAMM ESTÁ FRÍA NO HAY CIUDADANO
QUE EN LA GARITA POR LAS NOCHES
NO PUEDA REÍRSE DEL MUNDO
MIENTRAS EL BARÇA PIERDE EN LA RADIO.
-“AMIGO, LI BARÇA ISTE ANIO NO SI COME NADA,
COMETE MI MIERDA, JA, JA, JA, MI GUSTA LI BENZEMÁ”.

EN LAS NOCHES DE VERANO NO SE DESPERDICIA NADA
Y LOS JÓVENES BEBEN DE LATAS QUE SON CENICEROS
Y PASA EL CAMIÓN DE LA BASURA ANUNCIANDO
QUE MÁS VALE SUBIR EL VOLUMEN DEL MÓVIL
Y ABRIR DOS LATAS FRÍAS DE VOLL DAMM.



EN EL CALLEJÓN SOLO QUEDABAN LAS RATAS Y TUVE QUE PELEARME CON ELLAS

No lo intentes. Esto es lo que pone en la lápida del bueno de Chinaski, cosa que espero que sepan a estas alturas, no ya del número que nos ha vuelto a juntar, si no a estas alturas definitivas de la revista. No lo intentes. Y llevo sin intentarlo meses, hay testigos. Mi comportamiento se asemeja al de esos peces-gusanos que viven en las profundidades y tienen que esperar a que el cadáver del cachalote se pudra para poder empezar a comer de él. Del mismo modo que el primer número de *Placer* fue sobre Borges porque nos gustaba demasiado Cortázar, todo el resto de números han sido lo que han sido porque me gusta demasiado Bukowski. Sí, padre, he especulado con mis placeres, pero ya tengo mi castigo, no se preocupe. Las últimas lentejas de mi difunta madre se pusieron malas de tanto esperar en el congelador. La mierda de siempre. Nada es suficiente y todo intento de saciarnos acaba con una tremenda indigestión. No lo intentes. Soy muy de seguir consejos, sobretodo cuando coinciden con mis intenciones, y os juro que lo intento lo menos posible, mucho menos que Chinaski, porque aunque fuera a su manera, todo lo que hizo en su vida fue intentarlo con un empeño y una obcecación dignas más del reino animal que de nuestro reino, sea el que sea. Y no solo lo intentó hasta conseguir cada uno de sus objetivos, sino que nos lo restregó por nuestra cara hasta confundirnos y hacernos dudar. *A mí me gustan las palabras, bailo con ellas* y cito de memoria, que es como tendrían que ser todas las citas. Solo alguien que lo ha intentado siempre y todo es capaz de poner en su lápida el ya trillado No lo intentes. Y una mierda Hank, *cómete un cesto de zurullos*, vuelvo a citar de memoria, que por extrañón que le parezca al lector fiel, esta vez es de una exactitud que hiela. Bukowski es otro puto sacerdote que te dice haz lo que yo diga y no lo que yo haga. ¿Conoces el poema del pájaro azul? Es uno de sus últimos poemas, y le da vueltas a la idea que tiene un pájaro azul en el pecho pero que no le permite salir y que le echa whisky para ocultarlo. ¿En serio, Hank? ¿Tu también tienes un pájaro azul en el pecho? ¿Después de todas esas diatribas contra Whitman, el bueno de, ahora resulta que nos muestras tu pájaro azul que tanto esfuerzo te ha costado ocultarlo? No me jodas nen. Yo desplumé a mi puto pájaro azul a los dieciséis años, y lo hice en tu honor. Ahora no tengo nada para mi último poema. No hay posibilidad de redención.

En fin (prematureo), soy semiconsciente que ser muy de seguir los consejos es culpa mía y de nadie más. Soy débil y ando perdido. Mierda. Odio cuando habla de lo mucho que quiere a su hijita Marina y cómo la ve sonreír y eso es suficiente. ¿En serio, Hank? ¿Tras las borracheras, las peleas, las putas, es eso lo que te queda? ¿Ser feliz viendo como ríe tu hijita Marina y decir que en el fondo su madre es una buena mujer? "Amosnomejodas", a los diecisiete años me castré a mitad de interrail de puro asco hacia el mundo. No fue en tu honor, pero envolví el pene en tu *senda del perdedor* y se lo mandé a padre desde Newcastle, aunque creo que nunca pilló el chiste. Pero eso ya pasó.

No lo intentes es la fantasmada final del fantasma por excelencia. ¿Crees que si tú no lo hubieras intentando hasta conseguirlo sabría yo lo que pone en tu lápida? No tendrías ni lápida, habrías muerto en cualquier guerra de mierda de tu país de mierda o tan solo serías otro empleado anónimo de correos que agoniza de olvido hasta el adiós definitivo con la próxima inundación del archivo municipal.

He estado meses sin intentarlo y lo he intentado durante meses, con el mismo decepcionante resultado. Lo único que me consuela es que tú estás muerto ya, y ahora soy yo al que le toca comer los errores.

Charles Bukowski, ¿por donde empezar? Hay una biografía pendiente (al final fue otro quien lo intentó) que puede encontrar en *Wikipedia* y así me ahorro el corte y pega. También hay excelentes libros de excelentes biógrafos que han husmeado en archivos policiales de medio EEUU recopilando pruebas para confirmar que fue detenido menos veces de las que decía, o que apenas pasó unas cuantas noches en la cárcel. No hace falta invertir tanto tiempo en descubrir que Bukowski es un fanfarrón, básicamente por que ya lo dice él de mil maneras posibles en su obra, aquella que la mayoría de biógrafos parecen obviar. Pero están ahí esas biografías para quien quiera descubrir a la persona tras el autor. Suerte. Supongo que tras descubrir la persona bajo el autor tendrán que buscar el autor bajo la persona y así hasta que se mueran. Si en su lápida solo ponen Inténtalo, quizá su familia se ahorre unos euros en la inscripción.

Otra manera de continuar sería más en una vertiente personal, pero dejaré que el rencor del primer párrafo hable por mí. Tan solo añadiré que he seguido peores consejos de peores escritores que él. Concretamente, todos los demás. ¿Como no le va gustar Bukowski a un adolescente aburrido en su desértica y angosta seguridad? Hay tetas y culos. Borracheras y cierta violencia que por lejana y ajena es disfrutable. Hay una visión romántica del odio y del amor, una aceptación, quizá disfrute, de la condena, que aunque injusta, es merecida. No hay países en el mapa, solo fronteras. Y las fronteras, cuando son de verdad, son lugares peligrosos pero divertidos. ¿No es eso la adolescencia? Si no encuentras a un aliado en Bukowski a los dieciséis años, es que has renunciado a la batalla demasiado pronto, y de ahí no me muevo. Más controversia conlleva que veinticinco años después, en caso de duda, siempre acabes escogiendo cualquiera de sus libros para meterlo en la mochila y llevártelo de paseo. Por un lado, el hecho de ir con mochila a un trabajo que es una mierda ya indica cierta incapacidad de madurar. No es algo voluntario, pura gestión de daños, pero da la casualidad que nosotros siempre estamos en la sala de control de nuestro Chernóbil, y debemos asumirlo. Antes que te purguen unos u otros, mejor púrgate a ti mismo. Fantasía de control. *Amor fati* histórico. El callejón no tiene salida, pero por suerte solo tiene una entrada y aún está fresca en nuestra memoria. ¿Madurar? Ya somos lo suficientemente viejos para ignorar ese espejismo. Hay un rumor en los campos abandonados por la guerra que reclama campesino. Pero el campesino está espachurrado en una trinchera lejos de aquí. Ser olvidado en cualquier rama no es madurar. El tiempo parece que juega a nuestro favor porque sus promesas siempre hablan de primaveras que están al llegar. Basura. Decir que Bukowski es, en el mejor de los casos, un autor defendible solo por adolescentes, es una suciedad que solo medra en las bocas de los más necios. Como si pasada la cuarentena no nos gustasen las mismas cosas que cuando nos asomábamos a la veintena. Hacemos bien en no hacerlas e intentar renunciar a ellas, pero eso es biología y siempre *escogemos* vivir por puro descarte. Personalmente, ahora que el rencor se disipa en la confusión, disfruto de sus libros porque ya no tengo que imaginarlos. No hay revelación, solo confirmación. Ven y dime que sigo atrapado en un ensueño adolescente que me protege de una realidad caníbal. Lo tomaré como un cumplido ante la alternativa que representa consumir autores maduros. Literatura madura. Bah. Escupo en tu biblioteca. Muchos quieren ser como los padres que tuvieron, pero pocos intentamos ser como los hijos que nunca tendremos. Cada uno a lo suyo, pero lejos. Y llegados a este punto, ¿cómo titular este artículo? La idea era ponerle *No lo intento*, pero entre todos los títulos engañosos que pueblan esta revista, este es especialmente ofensivo, y más a estas alturas del texto. Optaré por algo mas paródico y mucho menos maduro, que es el rango que fluctúa entre lo que usted ha invertido sus últimos diez minutos y yo mis últimos 20 años.



DOCE GOLPES

Había perdido la noción del tiempo y la alegría de vivir. Había perdido a Leonore. Sentía un vacío que solo los libros parecían llenar, pero nunca serían suficientes. Pasaba el tiempo rodeado de novelas, relatos y ensayos y los acumulaba como quien almacena comida para cuando llegan los meses de invierno. Es lo que le mantiene vivo, y lo que le ayudará a sobrevivir hasta que reúna la energía suficiente para saludar a la primavera. Pero yo sabía que para mí nunca llegaría esa época del año donde las flores resurgen y los campos se visten de verde. En esta sala se concentraba toda la sabiduría del mundo, pero curiosamente no podían darme respuesta ni solución a este mal que me destrozaba por dentro. No quería vivir más. Pasaba las horas en aquella habitación oscura, recordando su nombre: Leonore. **POM.** Un libro cayó al suelo. Miré su portada: un cuervo descansaba sobre una estatua. Suspiré y cerré los ojos. Quería dejar de existir...

Sonaron siete golpes como siete campanadas.

El mundo se había parado durante unos segundos y no existía más realidad que la mía propia. Me vi en el centro de una sala roja. Suelo rojo. Paredes rojas y cristales rojos, sobre los que se filtraba una luz natural. Todo el mundo había dejado de bailar, de hablar y de reír. Y me miraban. **POM.** Sonó una campanada. Con cada una de ellas, diez personas caían al suelo, desplomadas y sin vida. ¡Qué espectáculo! Miré a la mujer que estaba a mi lado. Lloraba. **POM, POM...** Veinte más. La mujer temblaba. Unas lágrimas surgían bajo su máscara que, irónicamente, dibujaba una sonrisa. ¡Qué poético! Una lástima que no pudiera apreciar su expresión de horror, de miedo, de incertidumbre. ¡Qué gozo! ¿Por qué estaba disfrutando con este espectáculo? Hacía tiempo que no sentía algo así. En realidad, hacía tiempo que no sentía nada. ¿Me convertía esto en una mala persona? De repente, algo llamó mi atención desde la otra punta de la sala. Había un gato negro. Me quité la máscara roja para verlo mejor. El gato me miró, me desafió y yo intenté seguirle. ¡Pero qué gato más descarado! Mientras corría atravesando la sala, me tomé un momento para disfrutar de las caras de los invitados. Había horror en sus miradas. «¡La muerte Roja!», gritaban mientras se alejaban de mí. Se escondían debajo de las mesas, de las sillas, del piano de la sala principal. Como si eso les fuera a salvar de la enfermedad que yo les había llevado.

Sonaron ocho golpes como ocho martillazos del juez.

POM, POM... «¡Culpable!», gritó el tribunal de la Inquisición. La gente enloqueció. Ahora era yo el que tenía miedo. Volvía a estar en el centro de la sala, pero esta vez la multitud reía a mi alrededor, me escupía. Gritaban mi nombre y mi condena. «¡Al pozo!», chillaban. Pero, ¿qué hacía aquí? Mi poder se había esfumado como se esfuman las letras entre capítulo y capítulo. Como esa página en blanco que nos explica sin palabras que se acaba un cuento y empieza otro; que acaba un sueño y empieza otro. Que los protagonistas cambian y que los paisajes se transforman Y que donde antes tenías poder, ahora eres el condenado. ¿Eso es un gato negro otra vez? «¡Al pozo!», gritaban.

Sonaron nueve golpes como nueve pinceladas sobre un lienzo.

Me encontraba en una habitación llena de cuadros. Las paredes mal empapeladas. ¿Cuántos siglos tendrían estos muros? Parecía que la casa había sido abandonada muchos años atrás, y que solo habían dejado los

cuadros para el deleite de algún posible visitante. Alguien como yo, que buscaba refugio más que una vivienda; un sitio para guarecernos del frío y de la lluvia. Encendí un candelabro. A mi lado, el que creía que era mi sirviente, dormía tranquilamente, sin importarle el sonido de una terrible tormenta que se estaba formando afuera de la mansión. Yo no compartía esta facilidad de sueño, así que me entretuve mirando los cuadros. Todos parecían personas muertas hacía muchos siglos, tiempos incluso más oscuros que los que a mí me había tocado vivir. ¡Pobre gente! Miraba sus caras. Ni una sonrisa. Un cuadro atrajo mi atención. Era una chica muy hermosa. ¡Qué vivacidad! Me acerqué a observarla más de cerca. Me retracté. En realidad, estaba pálida. Había zonas de su rostro que destacaba por su vigor, con un rubor que recuerda a las amapolas en verano; pero cuando le mirabas a los ojos parecía que hubiera sufrido terriblemente. Me acerqué más. Esos ojos eran de una persona muerta. Pero... ¿cómo era posible...? ¡Qué horror! La dama había fallecido mientras pintaban el lienzo. Murió poco a poco con cada pincelada. **POM.** El cuadro cayó y, asustado como si hubiera visto al mismo diablo, saltó un gato de debajo del sofá. «¡Aquí estás, granuja!»

Sonaron diez golpes como diez ladrillos en la pared.

POM, POM. Parecía que a Fortunato todavía le quedaban fuerzas para aporrear aquel muro que le separaba de la vida. A mi alrededor, una habitación húmeda y oscura. «Te lo mereces», pensé mientras ponía la última piedra. La que iba a tapar el último rayo de luz y de esperanza de mi buen y querido amigo. Con este último ladrillo lo condenaba a ser emparedado eternamente en mi sótano. No era un hombre de palabra y alguien tenía que darle una lección. «Ay», suspiré, «¿Estás cómodo, mi querido compañero?». No hubo respuesta. Satisfecho, di un paso atrás. Miré mi obra. Había algo que no me encajaba. Di otro paso atrás. No, no estaba convencido. Quizá con un par de pasos más... Quería sentir lo que sintió Leonardo da Vinci cuando vio por primera vez la Gioconda acabada. Di un último paso más. Escuché un maullido de gato a mi espalda. ¡El gato! ¡Condenado! «¡Sabía que estabas por aquí!»

Sonaron once golpes como once grietas en la pared.

Una mansión imponente crecía desde el suelo y llegaba hasta donde la vista podía apreciar. Era una de esas viviendas en las que el paso del tiempo se cuenta por grietas en la pared. **POM, POM.** Llamé al portón. Me abrió mi antiguo compañero de aventuras. Su cara tenía más arrugas que las paredes de la casa. Habían envejecido juntos. Si no hubiera sido por su voz, no lo hubiera reconocido. «Pasa, mi querido amigo». Entré a sabiendas de que entrar supondría una condena. Olía a muerte y desesperación. La atmósfera era pesada. En seguida me invadió una sensación de vacío y apatía. «Perdona que te reciba así». Parecía estar en medio de una crisis nerviosa. Vi una figura femenina atravesar la sala sin ni siquiera mirarnos. Llevaba un gato negro en sus brazos. «Es mi hermana, que acaba de morir», me dijo. El gato saltó de su regazo bruscamente. Enloquecí por segundos. Pero, ¿qué es esta escena?! Mirando a mi alrededor intenté encontrar la salida de la casa, alguna puerta que me salvase de esa locura y me llevase de nuevo al mundo de los cuerdos.

Sonaron doce golpes como doce impactos en la ventana.

Ya está. Por fin lo alcancé. Allí estaba el gato, estirado tranquilo en la alfombra. No había escapatoria en esta habitación. Parecía que me estaba esperando. ¿Quién era este animal que me perseguía de relato en relato? Quería respuestas. Sobre la mesa una foto de Leonore. ¡Oh, mi Leonore! ¡Por fin la había encontrado! ¡Por fin iba a reunirme con ella! Ese era el final de esta historia. El gato era mi salvación, mi guía hacia mi querida esposa. La angustia que antes sentía se había transformado en gozo. El gato se levantó, se estiró y dio una vuelta por la sala. Lo seguí con la mirada y poco a poco fui consciente de lo que tenía alrededor. Estaba de nuevo en mi antigua habitación llena de libros sin respuestas. Esa habitación de donde no me había movido. El gato no era mi guía hacia Leonore, era mi condena hacia un bucle de donde nunca iba a salir. La felicidad se transformó en odio y la esperanza en exasperación. No había esperanza, ni cuentos, ni Leonore, ni salida. ¡Que alguien me saque de este libro!

¡POM!

Desperté en mi habitación sobresaltado. Miré al busto de Pallas Atenea. Un cuervo había llamado a mi ventana y me había despertado de este ensueño. Sobre mi regazo un libro me recordaba que seguía y seguiría muerto en vida.

Nunca más.

Nota del Consejo: Ya lo ven. No es posible eludir nuestra responsabilidad. Lo dijimos en el Prólogo, en este viaje hemos arrastrado al abismo a unas pocas almas cándidas (por supuesto, no incluimos aquí a Esteban y a Pedro (y, en verdad, tampoco a Ramon y a Vicente, que simplemente nos han seguido la corriente, ni a Trípulo, que ya era así antes)). Dos son los casos más graves, creemos: Jandrus y Marta V... A ver, el caso de Jandrus se resolvió en el número anterior (vean los anexos biográficos de *Placer* nº16 y *Placer* nº17). Este pobre hombre ya no ha podido escribir más, lo tenemos encerrado en un camarote atado a la pata de la cama, hemos puesto colchones en las paredes, cada noche le damos de comer con una cuchara de plástico y cantamos unas canciones hasta que se duerme, *Alfonsina y el mar* es su favorita, pobre hombre... En cuanto al segundo caso, tememos que el desenlace pueda ser aún peor. Se trata de la señorita Valle-León, una reputada científica que emprendió hace unos meses la conquista del sueño americano. Ya cuando estaba aquí, en la Ciudad Condal, dicha señorita de moral distraída (vean el artículo de *Lolita* en el *Placer* anterior) transitaba en los límites de la cordura, pero está claro que el cambio horario ha inclinado definitivamente la balanza. Podría parecer que exageramos. El relato que acaban de leer está bastante bien, dirá algún lector con razón. Y sí, claro, es un relato de carácter onírico con referencias a Poe, por lo que no cabría alarmarse tanto. Pero el hecho es que ella estaba escribiendo un artículo de Bukowski. Durante dos semanas. Seguramente violemos alguna ley de privacidad, pero estamos seguros que la señorita León ya no es muy consciente de la realidad y no tememos que pueda demandar a la revista, así que transcribimos aquí su mensaje previo al envío del presente relato, después de informarla acerca del fin de la era digital y la elección de Bukowski como el último autor de una monografía:

«¡Pero qué es esta noticia! ¿Cómo que el barco del *Placer* se está hundiendo? Solo escucho a la banda tocar y una ligera inclinación de popa. Nada de lo que preocuparse, ¿verdad, capitán? ¿Capitán? ¡Capitán! Salgo de mi camarote. Veo a la gente correr sin ninguna dirección. Veo el agua subir, como si intentara salvarse de esta catástrofe. Ya oigo los violines tocar. Se acaba el Réquiem. Estamos perdidos. Pero yo sonrío... Porque quiero que el barco se hunda. Porque quiero escribir desde la oscuridad, desde el fondo, desde el barro. Porque desde la oscuridad no ves cómo la gente te juzga, y puedes escribir sin ningún remordimiento cómo *Lolita* no era precisamente “una buena niña”. Cómo Bukowski era un adicto a la vida. Un optimista tardío. De esos que esperan a las 11 de la mañana para tomar su primera copa y ver la vida bajo el prisma de la felicidad. ¡Yo quiero desayunar como Bukowski! Y porque desde el fondo del abismo podemos escribir todo lo que no le contamos a nuestros psicólogos. ¡Viva *Placer*! ¡Larga vida al barro!».

Quizás algún lector inocente piense que, simplemente, se trata de una confusión. Es decir, la señorita León en verdad estuvo escribiendo acerca de Bukowski como prometió; en un segundo mensaje hablaba de revisar *Pulp*, que por cierto compró en la librería, y en el último mensaje, proponía escribir acerca de Ignatius Reilly, otro personaje desheredado a lo Chinaski. Así, argumentará el incauto lector, al adjuntar el archivo la pobre muchacha confundió el documento, y en lugar de un artículo acerca del bueno de tío Hank, escogió por error el cuento. Pero no es así, vean el mensaje que acompañaba al relato:

«Buenos días, señor Editor. Espero se encuentre bien en este martes de octubre. Para mí todos los días que transcurren a menos de veinte grados son un desperdicio. Pero preferencias aparte, aquí le dejo un pequeño relato. Siento decir que he cambiado el topic, y en lugar de Ignatius, he decidido hacerle un pequeño homenaje a Poe. PD: Le escribo desde el trabajo. De ahí mi seriedad. Pero cuando esté más cómodamente relajada en mi casa con una copa/botella/5 litros de vino, le escribo un relato personal sobre cómo me van las cosas en este país. Saque tiempo, porque lo necesitará».

¿Se dan cuenta? Lo escribe ella misma, de forma premonitoria, al inicio de su relato: «Había perdido la noción del tiempo y la alegría de vivir». En verdad pensamos que ella, a su manera, es feliz. Pero está claro que ha perdido la noción del tiempo y mucho más. El sueño americano la ha aplastado más allá de todos los límites y solo puede soportarlo transcurriendo por un mundo de sombras y gatos negros. ¿Se dan cuenta? Miren bien. Una bombilla cuelga desnuda del techo. La señorita León está sentada en su pequeño escritorio de segunda mano. Una garrafa de vino barato medio vacía reposa al lado de la pantalla. Ella intenta escribir un último artículo de *Placer* pero es incapaz. Lloro cada noche. ¿Lo ven? Joder. ¿No lo ven?! ¿Hay un homenaje mejor? En verdad, ella es Bukowski. Justo en ese momento. Ella es el tío Hank. No es L.A., es Baltimore, pero está ahí, ¿no lo sienten? Joder. Ella es Bukowski y, como no podía ser de otra manera, en el peor momento, escribe poesía. *Doce golpes* es poesía, al fin. Este barco desballestado lleno de monos salvajes navega a la deriva. Pero escribimos poesía.



Si no sabe qué regalar estas Navidades, ¡llévese la novela Pulp! Un detective frustrado y alcohólico resolverá un caso imposible, mientras un par de mujeres hipersexualizadas se pelean por su atención. ¡Disfrute de una buena dosis de ironía, sarcasmo, y diversión de la mano de Bukowski! ¿A qué está esperando?

Si quiere disfrutar de un pequeño bocado de la novela del siglo, ahora podrá hacers con este pequeño relato por solo 2 dólares. ¡Ya en su quiosco más cercano! ¡No le dejará indiferente!

LOS CASOS DE NICK BELANE

Cuando por fin decidí contratar los servicios de Nick Belane, lo último que esperaba encontrarme era un tipo fracasado. El rótulo de la puerta de aquel despacho mugriento, en aquel horrible edificio, de aquella ciudad que se caía a cachos, lo decía bien claro. N.B. Nada Bueno.

En realidad, me gustaba cómo sonaba su nombre. Me imaginaba un galán americano con un toque de *giallo* italiano de los años sesenta. Quizá un bigotito escaso, pero elegante, de esos que las mujeres casadas se mueren por probar. Pero nada de eso. Ni glamour, ni bigotes, ni Italia. Lo que me encontré cuando abrí aquella puerta bien podría haber salido de una tragicomedia griega, donde vas a reír y acabas llorando a carcajadas. Varón de mediana edad, frustrado con la vida y con la muerte. Arrepentido de su propio nacimiento. De esos que se han pasado media vida casados y la otra en trámites de divorcio. De complexión atlética haría unos veinticinco años, cuando no bebía como si el Senado estuviera a punto de aprobar la Ley Seca. Sarcástico a su manera e irónico y divertido según su propio criterio. Toda una joya de la costa oeste de California. ¡Menuda decepción! Gracias, Hammett, por crearme altas expectativas en tus novelas de detectives (Spoiler: nunca se cumplen). Respiré profundo. Reflexioné. Contuve mi opinión sobre su olor personal. Estaba claro que aquel tipo no era Sam Spade, pero sí era el único ser de la faz de la tierra que podía ayudarme.

[Nick Belane]

No era el tipo más listo de la clase, pero algún caso había resuelto. Eso sí, siempre con la ayuda de su Watson particular, su Sancho Panza y fiel escudero, “el vasito de whisky escocés”. Al menos tenía el superpoder de poseer un hígado de hierro. Como bien recalca Chandler en sus novelas, el borracho siempre acaba resolviendo el caso. Eso me tranquilizó. Aún había esperanzas de encontrar al Gorrión Rojo y tenía que ser él. Ya habían fracasado los cincuenta y seis detectives que había encontrado en la guía telefónica, así que era Nick o nada. Y aquel borracho era mejor que nada.

Su padre le había advertido que acabaría sus días meneándose en el porche trasero de algún desconocido en Arkansas. Él pensaba que a sus cincuenta y cinco años todavía estaba a tiempo de hacerlo. Yo estaba preocupado porque tenía un porche trasero y una casa en Arkansas.

Belane aceptaba todos los casos siempre que hubiera pasta para pagarse sus vicios. Agrandaba su cartera a base de cobrar seis dólares la hora por trabajo no hecho. Aunque tan pronto entraba el dinero en su vida, como salía de ella sin pasar a saludar. Iba directamente a morir al hipódromo más cercano. Y es que tarde o temprano todo lo que Nick Belane conocía le acababa abandonando. Primero su primera mujer, luego su segunda mujer. Más tarde, la tercera. Y entre mujer y mujer los billetes que aparecían en su vida le dejaban por un dueño mejor. Todos abandonaban al pobre Nick.

Solo tenía un fiel compañero de viaje, su trabajo. El cabrón siempre tenía algún caso entre manos. ¡Qué curioso! Con esa pinta de beberse el Mississippi y aún así le llovían las ofertas. Algo tenía que tener este hijo de puta para que la gente confiara en él. Así, cuando yo puse mi caso sobre el escritorio, Nick Belane ya tenía algún que otro quebradero de cabeza.

–Tengo que encontrar a Cecile. Me lo ha pedido la señora Muerte. Creo que tú también has tenido tratos con ella... –dijo, sonriendo como si hubiera mencionado a una vieja amante.

[La señora Muerte y Cecile]

–¡Oh! ¡La señora Muerte! –sonreí de pena. Bebí un sorbo de esa agua que me había servido-. Una vieja conocida de mi familia. Los cuales han fallecido ya, véase la casualidad. Si se pasa por aquí dígame que yo ya estoy muerto.

La señora Muerte era la femme fatale perfecta. Curvas imposibles que provocaban accidentes, una mirada que te dejaba helado, unas manos que podrían derretir cualquier cuerpo que se le pusiera por delante. Mujer letal. Todo el mundo deseaba tenerla lejos, pero no había nadie que no hubiera sucumbido a su mortal encanto. «Oh, venga, tómese otra copa. La vida es corta». Era su frase favorita. Yo la adoraba; pero temía el momento en que viniera a buscarme. Por suerte, esta vez yo no era su objetivo. Estaba buscando a un tipo que le había dado plantón hacía unos años. Desde entonces la señora Muerte se había obsesionado por encontrar a un tal Cecile.

Cecile. 1894-1961. Estábamos en 1993. Si estuviera vivo, tendría noventa y nueve años. No era extraño que la señora Muerte lo estuviera buscando. Nick seguía dándome detalles del caso. Yo le dejé hablar mientras aprovechaba para figonear en los expedientes que tenía encima de la mesa. Me gustaba saber quién contrataba a mi detective.

–Ojalá esa mujer me mate de placer –dijo.

Se agachó para coger una bolsa de papel marrón, donde presumiblemente habría una botella de whisky barato. Se echó en un vaso y me ofreció más agua. Lo rechacé. Ya había tenido suficiente whisky por hoy. Completamente borracho, y con ese acento sureño, él seguía hablando sin parar mientras yo seguía figoneando en sus papeles. Él no callaba y yo le ignoraba. Haríamos un buen matrimonio.

[Jack Bass y Cindy]

Reparé en el expediente de un tipo calvo, presumiblemente inseguro. De esos que siempre creen que su mujer les está engañando con otro. Tristemente, aciertan el ciento uno por ciento de las veces y el pobre señor Bass no iba a ser la excepción. Jack pensaba que su mujer se follaba a medio barrio residencial, y yo habría apostado mi casa a que en realidad se había acostado con toda la ciudad. Mientras bebía, Nick me repitió la conversación que tuvo con el panoli del marido.

–¿Tiene una foto de su mujer? –dije.

Entonces rebuscó en su cartera, encontró una, me la pasó. La miré.

–¡Dios mío! ¿es realmente así?

–Sí.

–Se me está poniendo dura solo de verla.

Cindy. La pequeña y revoltosa Cindy. Especial, hasta que entras en otro bar y encuentras otra igual. Pero importante para Jack Bass, sin duda, quien se estaba gastando seis dólares la hora para que alguien le dijera que, efectivamente, su mujer se la estaba pegando con otro. Solo quería confirmarlo. Y llorar, perdonarla y esperar a que encontrase otro amante. Espero que tenga unos buenos ahorros para pagar a todos los detectives que va a necesitar.

–Le pillaré el culo– dijo Belane.

Detective de día, borracho de noche y poeta de mierda a todas horas. Sin descansar en fin de semana.

Deseando pillarle el culo a toda mujer que entraba por su puerta.

Entonces calló. Yo aproveché el silencio para mirarlo por primera vez desde que había entrado a ese mugriento despacho. Era un tipo cansado. Cansado y fracasado. La realidad es que todos esos casos le pesaban. Los casos de Nick Belane.

De repente, tuve una extraña sensación. La señora Muerte, Cindy, Jack Bass, Cecile, yo. Y el Gorrión Rojo. Era como ver el preludio de un colapso. Como cuando sabes que una manada de lobos va a abalanzarse sobre la víctima. Ya sabes cómo va a acabar aquello. Nuestro detective favorito estaba en medio de una tormenta, sirviéndose otro vasito de agua. Sonreía triste, como si él también supiera el destino que le esperaba. Entonces lo entendí. Entendí por qué habían fracasado los ciento cincuenta detectives con los que previamente había contactado. Entendí por qué tenía que ser él, Belane, el que resolviera mi asunto. Todos sus clientes éramos fichas de dominó colocadas una detrás de otra, y Nick sabía que en cuanto tirase la primera iba a desatar la furia del resto. Por suerte siempre había un final apoteósico en las novelas de Hammett. El Gorrión Rojo.

–Bueno, vamos a ir al grano de una vez. Hábleme de su caso, que se me están acabando las reservas de agua –dijo, por fin.

Quería parecer despreocupado, pero sabía que le iban a llover los problemas.

[Yo y el Gorrión Rojo]

Le miré muy serio. La última ficha de dominó que dirigía a Belane a su final.

–Estoy intentado localizar al Gorrión Rojo –dije.

Me miró con aire confundido.

–¿El Gorrión Rojo? ¿Qué demonios es eso? –preguntó.

–Belane, estoy seguro de que existe y lo único que quiero es encontrarlo. Quiero que usted lo localice –respondí.

El caso de su vida. El más importante, y seguramente el último.

Me levanté, ya no tenía nada más que decir. Estaba seguro que lo resolvería. Su final de trayecto. Su salvación. Miré por última vez a Nick Belane, y sonreí.

–Encuéntrelo, antes de que le encuentre a usted.

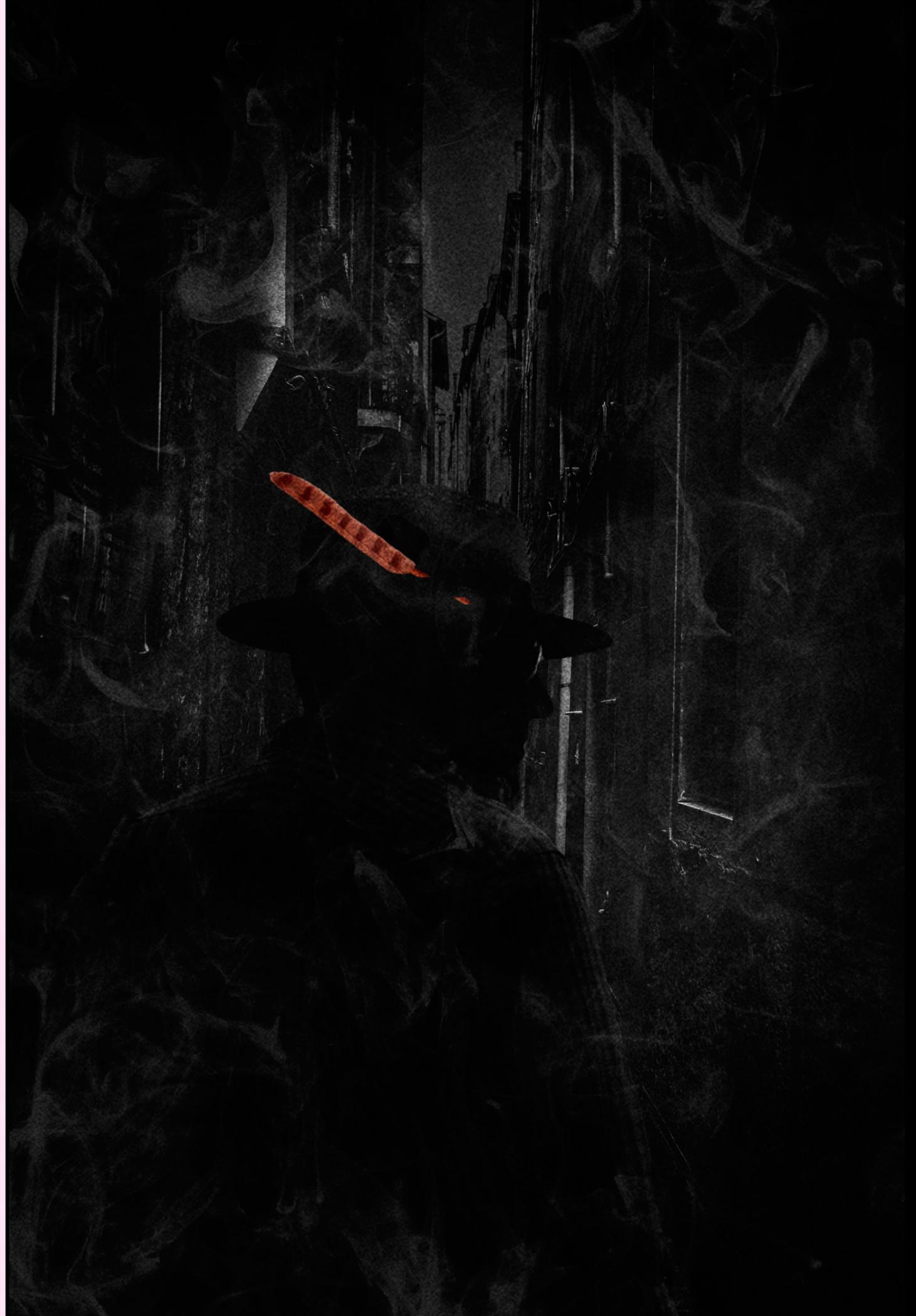
Era rojo, rojo...

...y, al igual que la música, era de un rojo que no había visto nunca.

¿QUIÉN ES EL GORRIÓN ROJO? ¿SERÁ CAPAZ NICK BELANE DE ENCONTRARLO? ESTAS Y OTRAS AVENTURAS LAS ENCONTRARÁ EN LA NOVELA DE PULP. AYUDE A NUESTRO DETECTIVE FAVORITO A RESOLVER ESTE ÚLTIMO CASO, Y ACOMPÁÑELE EN ESTA ENTRETENIDA AVENTURA. ¡NO DEJE QUE LE CUENTEN EL FINAL!

**Disclaimer: este relato corto no es un plagio del original. Es una visión particular de uno de los personajes más misteriosos de Pulp, cuyo punto de vista no aparece descrito en la novela de Bukowski. Para disfrutar de esta y otra realidades literarias paralelas, contacte con la revista PLACER.*

Nota del Consejo: Hay veces que uno teme que haya perdido de verdad el oremus. Ha sido escribir una nota “comentando” que la señorita León había escrito un relato de Poe en el número de Bukowski cuando he recordado que cuatro meses antes había enviado este otro relato. En mi defensa, alegar que ella tampoco se acordaba. En su defensa, que no puedo dejar de imaginar las andanzas de la señorita León por las distintas administraciones estadounidenses, donde señoras un poco mayores que ella la miran con desprecio mientras ella intenta comprender al menos qué demonios tiene que hacer, al mismo tiempo que piensa de qué cojones se ríen esas putas, mientras sus maridos las engañan con sus secretarias de apenas veinte años en el puto despacho de la fotocopiadora, qué asco, joder, si tiene una mancha de semen en la camisa, puta asquerosa, ella también se la chupa a su jefe y luego no me dice qué mierda de papel tengo que rellenar, joder, suerte que me he traído la petaquilla con el whisky barato que compré el otro día, Dios bendiga a América, joder, al menos puedo comprar alcohol en el paki a cualquier hora sin tener que esconder la mochila bajo el mostrador.



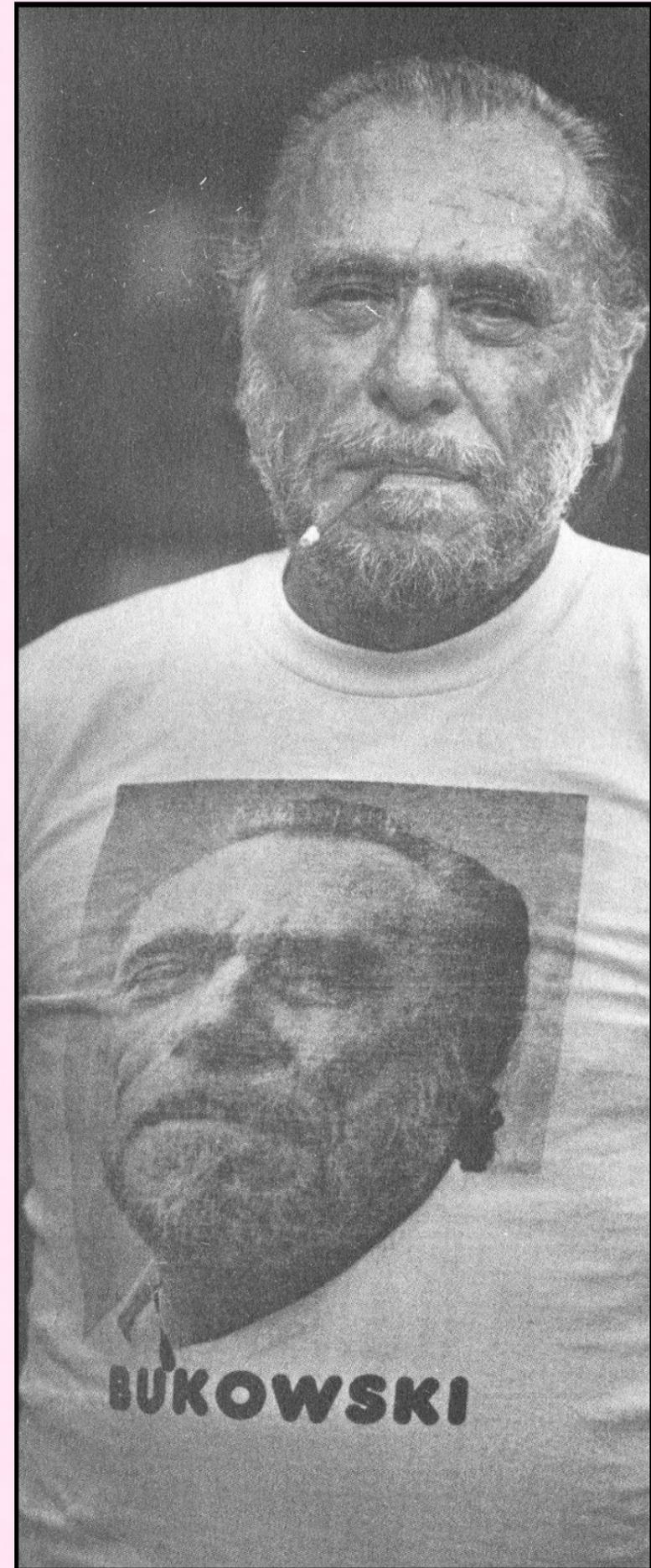
BUK

Obviamente Bukowski es mi autor preferido, si es que se puede tener autor preferido. Ahora que lo digo caigo en la estupidez que eso conlleva, y no por él, si no por mí. No tengo color preferido, no tengo música preferida, no tengo ninguna época preferida (aunque seguramente sea anterior) y no tengo lugares que me hagan más feliz que otros. Pero sí personas. Y aquí se ciñe el nudo, se solidifica la idiotez hasta poder acariciarla. Tras leer diez veces el mismo libro, ya no lees el libro, te lees a ti mismo. Eso me pasa con Bukowski. Cuando releo algo suyo, él es lo de menos. Ya sé lo que dice, y no hay nada nuevo por muchas ediciones que se saquen de archivos más o menos olvidados. Leo en las contraportadas de las nuevas publicaciones que me asaltan a un ritmo constante aunque esporádico: *relatos inéditos, poemas jamás publicados, ensayos y prólogos jamás editados en castellano*. ¿En serio? Con lo que hay ya hay bastante si te interesa su obra, y si te interesa la persona, bueno, estás jodido, porque cuanto más lees de *sus pensamientos más íntimos* menos te acercas a la persona. Un escritor no tiene pensamientos íntimos, por lo menos a partir del tercer libro, y si los tiene es que es un cerdo especulador. ¿Lo es Bukowski? Su empeño en repetir las mismas historias con ciertas variaciones indican lo contrario, y eso es lo que encuentras en la mayor parte de las *nuevas publicaciones*. Quizás cambie la hora o cuánto ha bebido, pero si dice que el policía picó con un puro en la boca y le amenazó con detenerlo, sabes que es la misma historia que ya leíste hace veinte años, aunque en aquella ocasión no nombrase al vecino que le acompañaba escopeta en mano. Eso está bien. Pero no es inédito. ¿Que hay de nuevo más allá de sus cinco novelas? Bueno, *Fragmentos de un cuaderno manchado de vino* y *Ausencia de héroe* están bien, aunque la mayoría de relatos sean variaciones de lo mismo, y no de lo mismo como concepto o idea, sino de las mismas anécdotas que como una gota malaya siguen cayendo en el cerebro de un cadáver. El mecanismo funciona, sigue funcionando, pero ya te estás leyendo a ti mismo. Si no has leído nada de Bukowski, las cosas inéditas son un buen comienzo, esbozos para irte haciendo la idea de con quien estás tratando. Y, ¿con quien estás tratando? Que sé yo, hace años que cuando le leo ya no leo lo que escribe, sus libros son como los huesos de un caldo concluido, como el exoesqueleto de un insecto que ya puede volar y mira con desprecio aquello que solo le permitía arrastrarse. Hay veces, pronto por la mañana en el tren (en alguna de esas raras épocas en que me veo sumergido en la plebe), delante de sus libros, que atisbo lo que no dice, y esa es la única novedad a la que puedo acceder. Y me sonrío para mis adentros. ¡Que hijo puta, así que era eso lo que no quisiste escribir, maldito cobarde! La literatura producida por Bukowski es fractal y/o holográfica, no conozco muy bien el significado amplio de estas dos palabras pero usted tampoco, así que nos conformamos con intentar pillar el concepto. Todo se reduce a la buena voluntad del que escribe y del que lee. ¿Entonces por que digo que *Fragmentos...* y *Ausencia de héroe* están bien? Sus reflexiones literarias recogidas en los dos volúmenes tienen tan poco rigor como este artículo, aunque no dejen de ser curioso el análisis que hace de Ginsberg y toda la tropa, así como el repaso de los autores que le gustan y cuáles no (depende el artículo que leas van saltando de una columna a otra). Pero sus opiniones políticas son disfrutables cien por cien, sobre todo porque no son opiniones políticas, sino divertidas anécdotas del zeitgeist por el que fue vivido. Por ejemplo, el episodio de porqué se hizo nazi en el colegio y como dejó de serlo es muy cercano (lo peor que puede ser un escritor con mal aliento). Las aclaraciones que pide a los revolucionarios que le intentan convencer son razonables y la anécdota de los anarquistas que votan si matarlo o no es muy divertida. También es interesante la relación que mantiene con el movimiento underground y el jipismo de los sesenta, porque más allá de cierto rechazo protocolario, por un lado lo aprovecha para follar todo lo que no folló de joven; por otro, son esos jipis urbanos y

educados el público mayoritario en las universidades donde lleva a realizar la mayor parte de los recitales poéticos con los que obtiene el sustento económico necesario para seguir viviendo como una rata. Y es bajo el paraguas de las publicaciones underground donde encuentra el espacio que permite que su obra empiece a ser publicada. Surfea la ola, pero él siempre te dirá que no se movió de la orilla, por muy mojado que lo veas.

Hace poco han publicado un volumen con algunas cartas suyas en castellano. Cartas de lo más razonables y hasta cierto punto agradables tanto en forma como en contenido. Pero ya saben la anécdota del hombre triste al que su psiquiatra le anima a ir a ver al payaso más gracioso del mundo, que justamente actúa en la ciudad, pero es él el payaso... A nadie le interesa ver al monstruo dormido, porque dormido no es ningún monstruo. ¿He dicho a nadie? Tiendo a subestimar la idiotez de mis semejantes, por eso no suelo hablar de literatura con ellos, porque si lo hiciera seguro que vendría alguien al que estimo y me diría que son estupendas las cartas de Bukowski, que en ellas deja al personaje y simplemente escribe aquello que quiere sin la necesidad de parodiarse a sí mismo, que en las cartas exhibe su vasta cultura y su refinada educación una vez se han apagado las luces del teatro y se libera de su desagradable personaje. Personalmente, a parte de ser una edición con el único interés de sacarle el dinero a los grupis más blandengues (la mayoría de ellos, bien lo sabía él), me produce un rubor al que no necesito enfrentarme. Que me lo coma todo no significa que todo me guste, y mucho menos que todo lo que coma me alimente.

En fin, no sé por donde iba, pero por suerte tampoco sé a donde quería ir, así que cualquier sitio es bueno para poner fin a esta farsa de confesión, en la cual no encontraré mas perdón ni consuelo que la propia consciencia de sentirme idiota al tener un autor preferido (entre otros pocos autores preferidos) como Bukowski.



ESCOMBRARIES BLANQUES

Miro la tele i veig aquesta robra gent ofegant-se al riu per creuar la frontera.

Per a què?

Per netejar el got de merda on consumeixo l'ànima i el fetge, en aquest ordre?

Merda.

Quina pell més fosca.

Què dimonis!

Són desfetes humanes,
són escombraries.

Tots som escombraries, en veritat.

I les escombraries blanques són molt pitjors.

I molt més terribles.

La propera vegada podries ser tu, penses.

El cervell és molt cabrò,

i activa tot tipus de mecanismes d'autodefensa.

el putò latin et pot robar el mòbil,

però el vagabund blanc pots ser tu mateix.

Per això estàs sol i ningú t'ajuda.

Millor tu que jo, penses.

Si ets tu, és menys probable que sigui jo.

El putò latin de merda aconseguirà una feina de merda rentant els plats,

i té una dona amb el cul enorme,

i un filllet amb la roba esrarracada que va descals pel carrer xutant una pilota punxada.

I jo? Què tinc, jo?

Jo no tinc res.

De tant en tant, algú llança una moneda, de lluny.

No s'apropa.

I si fos contagiós?

La moneda és un exorcisme,

una metàfora de l'expiació,

és el cost per mantenir l'estatus quo.

No és una almoïna, no és una bona acció, no és un acte altruista.

Llançar una moneda de lluny és l'acte més mesquí que es pot cometre.

El que dius és: té, agafa-la, ja pots seguir bevent.

No surtis mai d'aquí, mentre aquest lloc estigui ocupat, jo estic salvat.

Hi ha alguna cosa més horrible?

Pot ser més miserable la naturalesa humana?

El putò latin creua el riu arriscant la vida,

almenys ell mereix un respecte.

Tu has nascut aquí i només vols una cosa:

que un vagabund blanc de merda demanant almoïna no t'arruïni el dia.

RESISTÈNCIA ESTÈRIL

Rebuig,

camina amb el cap cot.

Enuig,

asseu-te amb els ulls morts.

Defuig,

amaga't rere un got.

Oblit,

emboira el cap d'alcohol.

Neguit,

ensuma un temps de dol.

Despit,

declina tot condol.

Retret,

i si poguessis ser valent?

Contrret,

per una apatia indolent.

Admet,

accepta la culpa inocentment.

Minvat,

per la pèrdua, recurrent.

Desconsolat,

per la mediocritat, inherent.

Esgotat,

sense esperança, inevitablement.

I, malgrat tot, escriu unes paraules, fal·laç.

Malgrat la consciència de no ser capaç,

malgrat la certesa del desenllaç.

Què quia la teva ànima a sostenir aquesta lluita?

Què t'empeny, una vegada i una altra, a la derrota absoluta?

Què impedeix que arribis, definitivament, al final de la ruta?

Rebuig, oblit, retret, minvat.

Defuig, despit, admet, esgotat.

Una seqüència nitida i clarivalent,

un mode de vida, en veritat, un turment.

Resistència estèril,

desesperança acostumada,

una imaginació malgastada,

i un cor, cada cop, més dèbil.

Una noche en un pub de York
una pareja de ancianos
se derrumbaba en silencio
mientras bebían poco a poco sus pintas.

Todas las tostadas con mantequilla
los cumpleaños de los hijos
las navidades en casa
las tardes de los domingos
la primera vez que se vieron
la pulsera que ella lleva
la americana de él
los juegos con los nietos
la tapicería de los sofás
la jubilación
las sábanas bordadas
las mascotas que ya murieron
la boda de los sobrinos que sin quererlo ya se
hicieron mayores
y con ello envejecieron a todos los demás.

Las disculpas
las alegrías
el jardín
las inversiones
los recuerdos de toda una vida en común
se agrietan secos y caen al suelo.

Nosotros, tres adolescentes haciendo el interrail
en un pub de York camino a Escocia,
somos extraños testigos de esta discreta catástrofe.

La droga era barata
y la música dura
y las caras mayormente amables
y desencajadas y locas
y los sitios realmente mágicos
porque eran edificios
abandonados de la City
y por la mañana
volviendo a casa te cruzabas
con los ejecutivos
que caminaban apresurados
hacia sus sueños
mientras tú volvías a casa
con todos los sueños
arrugados en el bolsillo pequeño
del pantalón.

El mecanismo era sencillo.
Bastaba con entrar
en cualquier sitio
y poner una mesa
cuatro sillas
y una cama
y la ley se ponía de tu lado
y no podían echarte
antes de 70 horas
tiempo suficiente para organizar
una fiesta
y abandonar el edificio
antes de tener problemas
con la policía.

y así te encontrabas
en el antiguo edificio
de la British Telecom
en la zona noble de Londres
y en cada planta
había un sound system
y si tenías ganas de mear
bastaba con entrar
en cualquier oficina
y mear sobre su moqueta
y si querías subir a la azotea
para disfrutar de un amanecer gris
tan solo tenías que encontrar
la escalera
que te llevara ahí.

A parte de los edificios de oficinas
también estaban
los naves abandonadas,
los pubs ocupados y las fábricas que
se caían a pedruzcos

sitios realmente peligrosos
llenos de herramientas de metal
y cadenas colgando del techo
y la droga era barata y la música dura
y la mayoría éramos españoles
o italianos o griegos o portugueses
y algún inglés blanco
buscando follón
que ignorábamos
con la mayor precisión
que el momento nos permitía.

Por las mañanas
de los domingos soleados
el sol comenzaba a filtrarse
a través de los ventanales rotos
y siempre era demasiado pronto
pero a mí me gustaba
por que las caras recuperaban
los colores

y las sombras
devolvían la forma al espacio
y podíamos ver con cierta claridad
toda la basura del suelo
y entonces con el empuje hacíamos
montañas de latas de cerveza
y trabajábamos todos juntos
y nos sentíamos bien
y con un poco de suerte
recibías al turno de mañana,
auténticos profesionales
que se habían ido a dormir pronto
para levantarse
antes del amanecer
y surgir en la rave
limpios y lucidos
por la mañana,
te acercabas a oler
su pelo y su ropa
y su piel brillaba
y nosotros que ya llevábamos
quizás diez horas

allí
nos alimentábamos de ellos
y ellos se embrutecían de nosotros
y el comercio de las sensaciones
era puro
y la droga barata
y la música dura.

ELS HOMES DELS VESTITS GRISOS

Hi ha uns llunàtics amb banderes, i que duen armes i banyes i pells de conill.

Corren esbojarrats d'una banda a l'altra del Capitoli.

Els policies resten impassibles.

Respiren per brànquies d'acer, polides, brillants, terribles.

Els periodistes comenten les imatges, amb presumpta consternació.

Mentre, miren de reüll l'audiència de televisió.

Hi ha uns llunàtics amb banderes, i que duen armes i banyes i pells de conill.

Corren inconscients d'una banda a l'altra del Capitoli.

La seva gesta és compartida a la xarxa.

Molts aplaudeixen i d'altres denuncien la demència.

Tots ells propugnen la trista herència.

I són pocs, en canvi, que guanyen molts diners amb la tendència.

Hi ha uns llunàtics amb banderes, i que duen armes i banyes i pells de conill.

I hi ha uns homes amb vestits grisos, que escriuen una trama absurda.

Una distòpia inimaginable,

un quib d'insòlita ridiculesa,

una pel·lícula dolenta de sèrie 2.

L'audiència és dòcil i domesticada.

Una forma de viure manipulada.

Els pensaments s'administren i la raó és enllaunada.

El somni humit d'una dictadura militar.

La fal·lacia d'una societat ordenada.

Un ramat obedient i disciplinat.

Una hipnosi col·lectiva, il·lusió de seguretat.

Hi ha uns llunàtics amb banderes, i que duen armes i banyes i pells de conill.

I hi ha uns homes amb vestits grisos.

Són els filòsofs de la modernitat.

els experts que propugnen el somni del benestar,

el miratge de la classe mitjana i del consum exacerbant.

Ho tenim tot. I no tenim res.

Ansiolitics, antidepressius, antipsicòtics.

Analgesics, antimaniacs i, fins i tot, antibiòtics.

Cotxes, trens, vaixells, avions.

Blocs de pisos, botiques, fàbriques i, fins i tot, presons.

Hi ha uns llunàtics amb banderes, i que duen armes i banyes i pells de conill.

Corren teledirigits d'una banda a l'altra del Capitoli.

Uns homes amb vestits grisos els han ensinistrat.

Gossos de presa sense un encèfal civilitzat.

Els titellaires tiben els fils de forma indolent.

Espectres repugnants que enfosqueixen la humanitat i totes les mentes.

LA DONA GRAN

El sol feble de l'hivern passeja pel cel, difuminat.

Ningú en fa cas.

L'escalfor és tenue,

i el fred escrotona els arbres i l'ale dels oblidats.

Al banc del parc, una dona gran observa els nens que juguen.

Es un altre món, inaprehensible,

ja fa molt de temps que és invisible,

una eternitat, que no es belluga.

Ja no tem cap judici.

La jaqueta de llana és vella i estroçada,

els cabells grisen, l'actitud és enredada;

però, ja no s'hi fixa, amb el vell defici.

Una noia dibuixa un camí de roses, amb pas apressat.

De sobte, la faldilla s'enlaira,

durant un instant, determina l'aire.

I la dona gran salta un mur inadvertible, a un temps passat.

La carn ja no és blana i esponjosa.

Els ulls no s'emboiren i perden el nord.

La respiració s'escalfa, batega el cor.

Tot s'il·lumina i res no fa noça.

La dona gran corre descalça pel carrer empedrat.

Cap frontera barra el seu trànsit, accelerat.

I salta amunt, amunt, ben amunt,

on els núvols somriuen i el cel és clar.

El sostre blanc atura la volada.

Lentament, abaixa la mirada,

deslliga els cabells d'or de la cara,

i es descobreix nua entre els llençols, com una fada.

El cafè fumeja i la música és càlida.

Són vius els colors de les cortines, verd i groc,

els follets dansen divertits amb la llum del foc.

Arreu, s'hi pot distingir la claror de l'ànima.

Una carícia a la cara, un petó al coll.

Una mà que recorre la panxa i s'atura al cel.

Uns dits que despertem els vells anhels,

que fan que tot centellegi i acabi moll.

La dona gran prem els ulls,

per a retenir el moment.

Cada dia és més difícil furgar la ment,

cada dia és més difícil fixar els pensaments.

La noia del perfum s'allunya, inconscient,

la dona gran estorrega i avança el temps.

La mirada torna a ser buida, escapçada.

Els nens barregen la sorra i els records amb els cabells.

Me persigue una idea
que desborda un poema
y quiero que sea literatura,
encuentro el momento
y me siento a escribirla
pero no paso del planteamiento,
de una decena de planteamientos
en concreto.

Le doy vueltas
sin ser capaz de elegir
tan siquiera
el tiempo de los verbos
o la persona del que narra,
la idea sigue engordando en mi
cabeza,
siento los detalles del relato
y la grandeza de la sorpresa final
pero sé que nunca llegará a ser
el relato que yo quiero.

La idea se convierte
en un cagarro
que emboza las tuberías,
una gran piedra
llevada por el río
hasta los cimientos
de un pequeño puente
donde intenta cruzar
mi estilo.

No necesito un editor
que me corrija mi estilo,
necesito un milagro
que me lo construya
desde cero.

La idea es que un hombre
que camina por el bosque
es sorprendido
por una aparición de la virgen,
al acercarse a ella
estira el brazo
para tocarla
y la virgen hace lo mismo
pero le coje por los dedos
y le retuerce la mano
hasta que el hombre
cae de rodillas,
sorprendido y dolorido
por igual no osa levantarse
y desde el suelo
puede ver como la virgen
bajo su túnica de hilo
lleva unas medias de rejilla
lo suficientemente roídas
para transparentar
unas horribles varices azules
que ondulan sus piernas.
El rostro de la virgen
blanco inmaculado
se mueca para acto seguido
soltarle un escuyritajo
en la cara
arañarle las mejillas,
el hombre va retrocediendo
como puede
mientras ella le patea las costillas.
Tras la paliza
la virgen desaparece
y de sus huellas crecen florecitas.
El hombre, humillado y mal herido
reflexiona acerca de la naturaleza
de los milagros
y camino a casa
piensa angustiado
en como se lo contará a su mujer
para que le crea
y no piense que se ha peleado
con alguna amante histérica.

Imagina que has sido invitado a un banquete
pero has llegado tarde,

La comida tiene buena pinta
pero está fría y escasea,

El anfitrión te sonríe
pero desconfía,

Si tenías mucha hambre
tendrás que esperar

a otra generación
para saciarte.

Es la lucha del ARTE
contra la HIGIENE

¿Por qué quien quiere
palabras

teniendo un montón de platos sucios por fregar?

Si falta agua

y no tenemos queso ni fruta hace dos semanas

¿quién quiere 16 páginas
a una cara?

En el comedor hay prelusas

y los cojines acumulan pelo de la gata

y me huele la boca

y las sábanas rascan porque hay migas
de la cena de anoche.

El lavabo apesta

y la ropa está por tender

y veo como se escurren ciertas ideas

pierna abajo

mientras voy de un sitio para otro.

El espacio

también puede ser un tren

o la oficina,

Pensar algo a la ida

para olvidarlo a la vuelta...

Si pudiera leer todo lo que no he escrito...

Pero hemos llegado tarde al banquete,

Coje lo que puedas, alimentate a hurtadillas,

Debemos apresurarnos

para no llegar tarde

otra vez, al baile.

(mira como van todos ya!

Borrachos, hambrientos,

mira como chillan satisfechos

con sus camisas hechas jirones,

mirales bien

porque esos

somos nosotros)

De niño
me dijeron
hay dios
y referentes
solo tienes que seguirlos
y luego
de joven me dijeron
mata a tus héroes
eres libre,
puedo ser muy aplicado
cuando creo en los consejos
y ahora
mientras cruzo el umbral
hacia el falso ser adulto
creo que mis autores preferidos
son poco más que medicocres alcoholizados
con cierta gracia y algo de suerte,
he aprendido,
como me dijeron,
a vivir sin el consuelo
de los maestros
ni la bondad de los dioses,
pero ahora
cuando andan ya casi todos bajo tierra
salen entrevistas
póstumas
y todos hablan de sus héroes
de juventud
y de todo lo que deseaban
ser como ellos
o como otros
y lo tanto que los estimuló ese deseo
y cuanta ayuda
moral y espiritual
recibieron de ellos.

Es un viejo
que pide limosna
en una lata de aceitunas
en la puerta de la oficina,
da igual ignorarle
que darle monedas
que desear morir
por él,
su sola presencia
es como una desgracia climática
de la que no puedo huir,
una tormenta salvaje
que golpea un tejado
de chapa,
un viento enloquecido
que arrasa con todo
y lanza ese todo
contra tu puerta.
Tiene los ojos azules
piel amarilla
costras en la punta de la nariz,
el temblor de sus manos
hace sonar las pocas monedas
que hay en la lata,
también tiene una sonrisa bonita
y una mirada perdida
y unas cuentas bolsitas
de plástico
que cuelgan
en su silla de ruedas,
y un bastón.
Intento obviarlo
como a cualquier rincelada
anónima
de este paisaje impresionista,
pues es eso lo que somos
al fin y al cabo,
pero no lo consigo.
¿Qué hacer
por él o por mí
o por todos?

En frente del mendigo hay uno,
y unos metros a la derecha
hay otro anciano
que hace ceniceros
con latas de refresco,
sentado en cuclillas
se pasa el día
fabricándolos
y los turistas le miran y algunos
le compran
y como en un viejo puente
sobre un río que baja cargado
se va acumulando la basura
que trae la corriente
hasta que se crea un tapón
y la calle se estrecha a su altura
y los flashes
hacen que surjan brillos de plata
en su larga
barba blanca.
Es el antiguo espectáculo
de la supervivencia
pasado por los siglos
que van desde las sequías a los esclavos
y el circo
pasando por el barro
y las noches iluminadas por incendios
que corren ladera abajo.
clín
clín
clín
suenan las monedas
en la lata
y en sus vidriosos ojos azules
se reflejan las espaldas
de los turistas
que contemplan el espectáculo
de los ceniceros y la vejez.
Deberían darles cuchillos sin afilar
y obligarles a pelear por un bocadillo
en algún espacio municipal
y con las tazas y los impuestos
de todo ello
comprar vestidos bonitos
a la hija del alcalde.

NO HI HA RES MÉS

No hi ha res més, només tossir i fumar i beure sense descans.

El fum del tabac turmenta l'aparell respiratori.

L'alcohol devasta els pensaments.

Tusso i fumo i bec, i sequeixo tossint i fumant i bevent sense remei.

Merda, m'estic matant, cada dia una mica,

torturant el meu organisme de forma absurda i macabra.

Perquè no puc dir que ho faig perquè m'agrada,

ho faig perquè no tinc una altra opció.

No puc deixar de pensar que hi ha alguna cosa més,

que hi ha alguna cosa més que tossir i fumar i beure i seguir tossint i fumant i bevent sense descans.

Però no hi ha res més.

Observo el món que m'envolta i no hi veig res més.

Sempre el mateix to gris al cel, als edificis, al terra, a la ment.

I a les ungles i a les rosetanes i a les fulles dels arbres.

Als cotxes i a les flors i als trens i als esquiroles dels parcs.

I al supermercat: fruites grises, verdures grises, carns i peixos grisos, d'antals i ulls i pensaments grisos.

No pot faltar molt, un cataclisme ha d'arribar aviat,

és impossible que aquest planeta gris duri molt més temps,

és impossible que Déu tot-poderós existeixi i no faci res per nosaltres.

Collons Déu!

Ens has abandonat i tot s'enfonsa sota el fang gris,

sota les escombraries grises, el plàstic gris, la runa grisa, la pluja àcida i el vomit gris,

sota muntanyes i muntanyes de merda gris.

Collons Déu, no hi ha salvació possible.

I no és que jo busqui la salvació,

És a dir,usso i fumo i bec i sequeixo tossint i fumant i bevent sense descans.

I tinc les meves estones d'aparent lucidesa, explicant sempre les mateixes històries.

La mateixa història, sempre, la mateixa per a tots:

Pels vagabunds del Dharma, els futbolistes mediocres, els metges miserables, les mares de
semparades,

els capellans invertits, les funcionàries impecables, les conductores d'autobús cocainò-
manes,

els policies corruptes, els creients borratxos, els carnisseros albins, les polítiques sense
ànima,

i per les bones veïnes, els porters de discoteca, les putes i els mestres d'escola bressol.

La mateixa història, la mateixa persona.

Ulls grisos, sexes grisos, pensaments grisos.

Un de sol, un sol ésser gris.

Merda!

Un sol ésser gris.

Jo l'encarno:

un noctàmbul que deixa passar el temps sota els efectes del tabac
i l'alcohol i la llum d'uns fluorescents,

un més dels bevedors d'absenta de Dégas, atrapat a un quadre
d'Eward Hopper.

No és possible aturar la maquinària.

Politzes, turbines, ventiladors, extractors de fum i trituradors
d'escombraries.

No es pot aturar el progrés.

I cada dia la mateixa història.

Cada nit la mateixa història.

No puc entendre com és possible resistir repetint la mateixa merda
cada nit.

Atrapat a un laberint, a un dedal sense sortida.

I Déu rient al cel.

Merda!

És aquest el sentit de l'univers?

Això és el que veu Déu des del cel?

Quina puta merda de parc d'atraccions.

De veritat Déu s'entreté veient gent com jo fent tots els maledits dies
el mateix?

No pot ser.

O sí?

És això una epifania?

La veritat m'és revelada i no sé què he de fer.

Potser restar quiet, arraulit a una paret fosca del laberint,

a veure si Déu s'avorreix i deixa de vigilar,

i aleshores seria lliure i podria fer el que volgués.

Tot i que, segurament, seguiria tossint i fumant i bevent.

Quina altra cosa podria fer?

Quan un tus i fuma i beu, quan un tus i fuma i beu de veritat, no
pensa en res més.

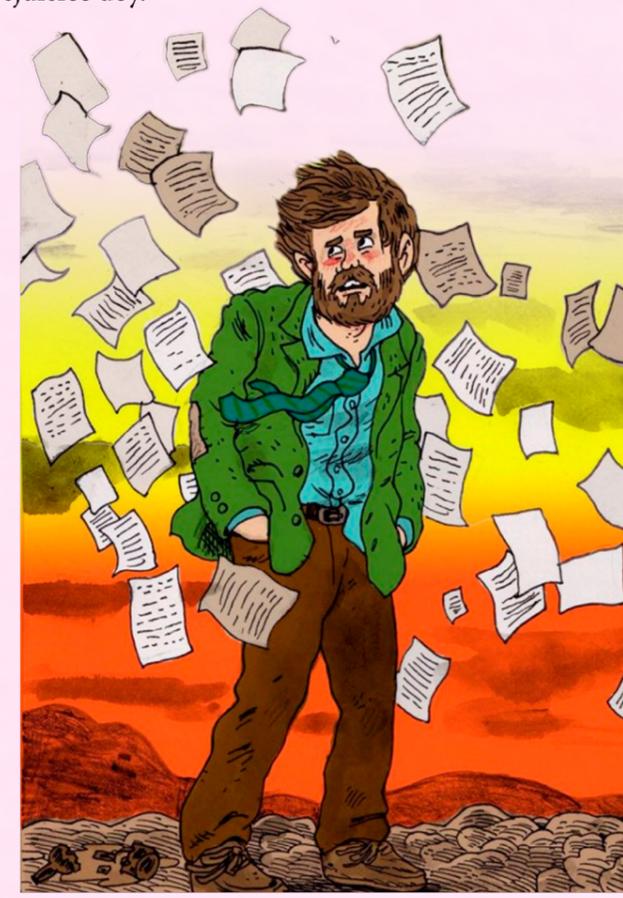
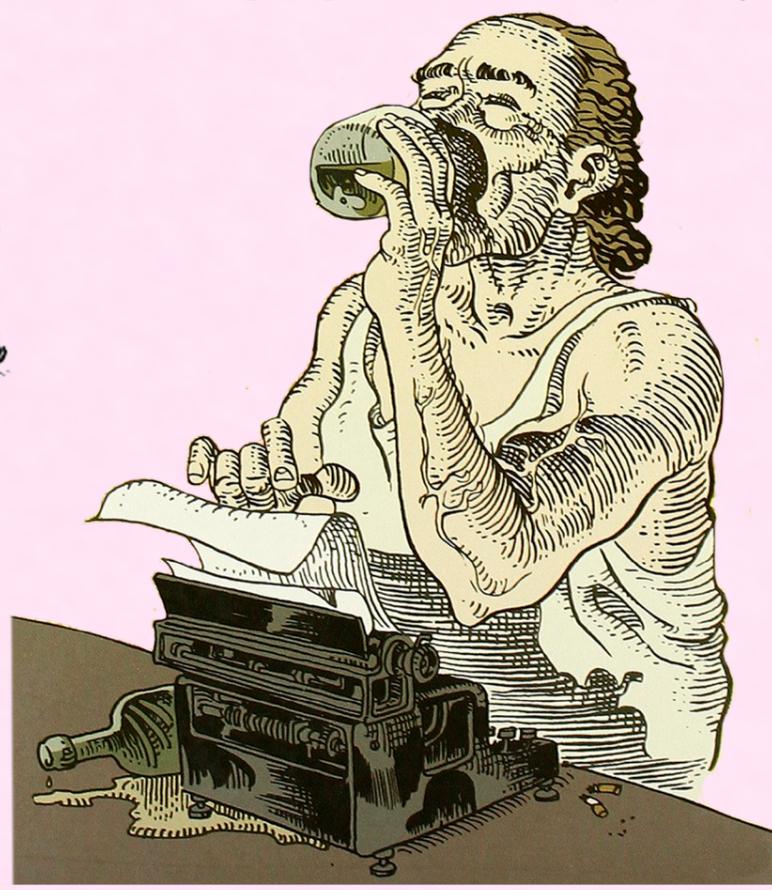
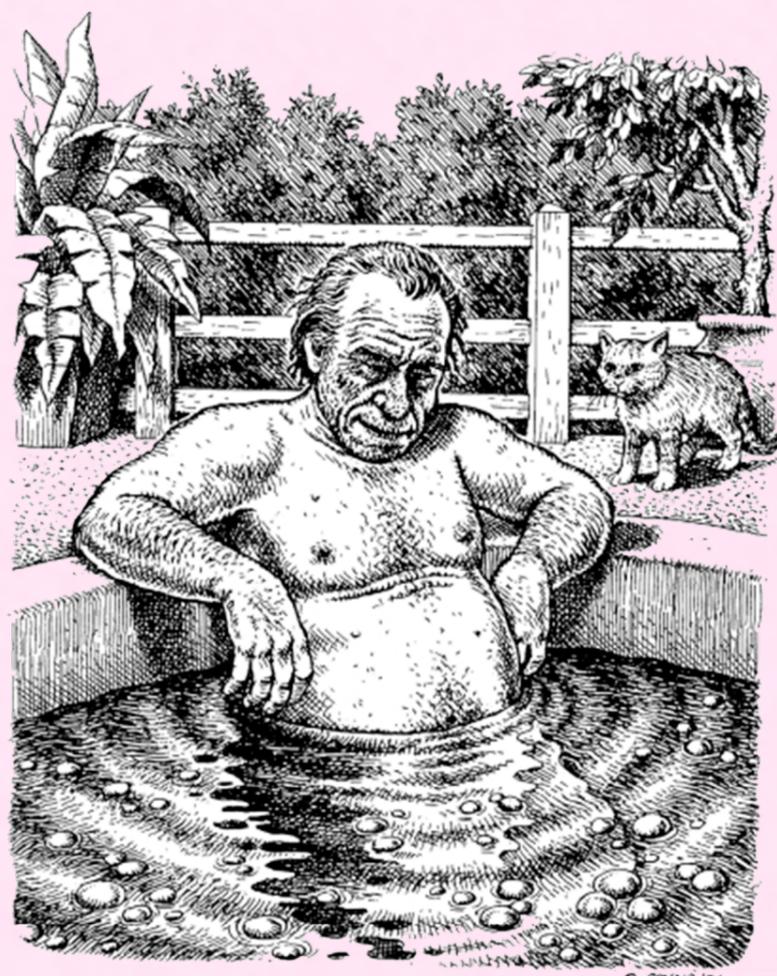
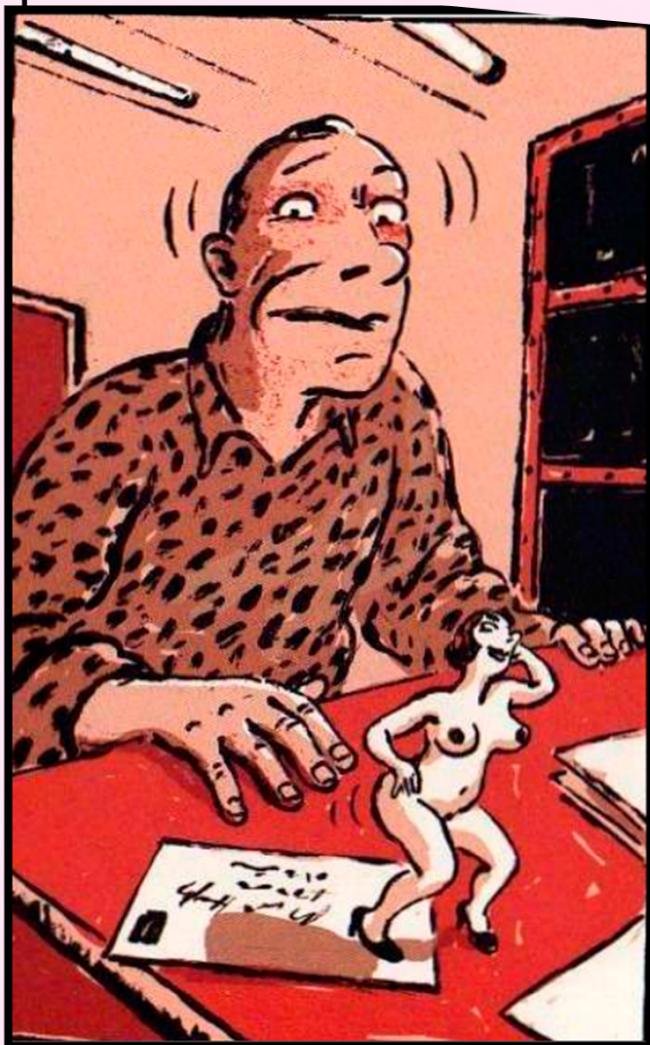
El fum del tabac i l'alcohol ho consumeixen tot.

Pell i fetge i pulmons i ossos i pensaments grisos.

No hi ha res més.

CÓMIC

En este, el último, número de PLACER, recuperamos la sección de cómics que tantas alegrías nos ha dado durante estos años. Ójala hubiésemos sido capaces de incluir esta sección en las fijas, pero eso no ha sido posible, cosa que no es extraña, porque en realidad lo extraño ha sido todo lo demás. El bueno de Bukowski, como estrella pop en la que se ha convertido, ha sido retratado, dibujado y caricaturizado hasta la saciedad por un sinfín de artistas conocidos y dibujantes anónimos. ¿Le resulta clasista esta diferenciación? ¿Usted también cree que la meritocracia es otra forma de esclavitud? Yo no he hecho el mundo, queride, y ten por seguro que si de nosotres dependieran las cosas, sus preocupaciones serían otras mucho mas graves. Los dibujos que usted puede encontrar en internet sobre Bukowski carecen de interés para esta revista que nos acoge y nos empuja al mismo tiempo, así que nos centraremos en las publicaciones en castellano que, o bien son adaptaciones de textos de Bukowski al noble arte de la historieta (Shultheiss), ilustraciones de algún relato (Müller) o la combinación de ambas (Crumb). También incluiré un único homenaje a la persona, que aún sin tener relación directa con sus textos, creo menester recoger en esta humilde compilación, aunque solo sea por la insistencia del autor (Sciver). Antes de continuar, fijese en que hay veces que crear algo excelente está más allá de las capacidades de quien escribe y maqueta este artículo. Y fijese también en como hago valer la experiencia del fracasado para diluir la disonancia entre texto e ilustración, y a la vez acabar este párrafo de forma precisa. El orden de las ilustraciones de aquí abajo es: Müller, Crumb, Shultheiss y Sciver.



Y ahora que hemos conseguido no solo establecer un orden sino también pasar de página, olvidemos todo lo aprendido hasta ahora y dejémonos llevar por la entropía en una de sus formas menos elegantes, el futuro. Lo primero que me viene a la cabeza es decir que Robert Crumb es un viejo conocido de esta revista, pues han sido varios los números en los que su obra ha sido robada e incorporada a *Placer* en nuestro (de ustedes y míos) exclusivo beneficio. Alguien complaciente con las amenazas diría que quizá así hemos empujado a algún lector a comprar alguna obra suya, y eso, al fin y al cabo, compensa la piratería de nuestros actos. Pero no es así por dos razones. Una, nuestros queridos lectores habrán ido a cualquier biblioteca (pública o privada) y habrán arrabado con algo de Crumb sin hacer desembolso económico alguno, por otra parte, nuestros amados lectores (aquellos que han superado el cariño y andan por espacios más comprometedores) lo habrán robado en el *Fnac*. Hay otros lectores (los que no se merecen atributo alguno) que se habrán limitado a un vistazo general de los dibujos y a otra cosa. La segunda razón es que Crumb vive en una casa en el sur de Francia, toma vino en su casa y come queso para acompañar el vino que ni usted ni yo nos podremos pagar nunca. Él no tiene la culpa, pero nosotros tampoco, así que arreando. Crumb y Bukowski son dos artistas únicos, y por eso se parecen, porque hay muchos únicos y todos los únicos se parecen entre si. La confluencia es inevitable. Hablan del asco y el patetismo con la misma alegre actitud que tanto nos reconforta. Dos folladores tardíos. Dos bichos raros populares. Dos amigos de los que no están dispuestos a pelear mucho por su amistad. Tan lejos y aún así obviamente cercanos, casi parejos. «Para mí —opinó Crumb sobre Bukowski—, dice las cosas como hay que decirlas. Creo que para ser artista o escritor en el mundo moderno hace falta una fuerte dosis de alienación. Si eres muy equilibrado, no tienes nada interesante que decir». «En la gente que él dibuja —dijo Bukowski sobre Crumb— hay energía y resplandor. Una de las personas más verdaderas que he conocido. Sería para mí un mágico honor que ilustrara algunos de mis ruinosos personajes». Estupendo, nos queremos mucho pero a dormir cada uno a su puta casa. Por aquí tenemos publicado *Tráeme tu amor* (El zorro rojo, 2014) donde Crumb ilustra tres relatos de Bukowski y *El capitán salió a comer y los marineros tomaron el barco* (Anagrama, 2006), texto póstumo que el dibujante rarito por excelencia también tuvo a bien ilustrar. Cosa fina querido lector, ¿qué más puedo decir? El dibujante alemán Matthias Shultheiss adaptó al cómic 9 relatos que están recogidos en el libro *Bukowski-Schultheiss* (Cúpula, 2010), que está muy bien, la verdad. Nórdica libros ha publicado el primer relato de un jovencísimo Bukowski *Secuelas de una larguísima nota de rechazo*, con las ilustraciones de Thomas M. Müller, que bueno, ahí y ahí. Y por último existe *Fante Bukowski* de Noah Van Sciver, (Cúpula, 2015) que aunque tengo descargado en pdf sus dos volúmenes me da tan mala pinta que ni me lo he leído. Prejuicios tengo, prejuicios doy.

EL DEPRAVADO SENSIBLE

¿Qué imagen nos proyecta Charles Bukowski? Escritor maldito, borracho, misógino, mujeriego, zafio y sucio. Como punto de partida no está mal. La etiqueta de “escritor maldito” no le es exclusiva, hay un grupito de estadounidenses que forman este club. Quizá tenga que ver más con la mercadotecnia que todo lo debe clasificar para que el consumidor, perdón, el lector tenga claro qué va a elegir. Si fuera un producto alimenticio o una bebida, desde luego Bukowski no tendría ninguna etiqueta de “bajo en calorías” o “sin azúcares añadidos”, es más, habría que inventar nuevas etiquetas para él, como “extra de colesterol” o “rozando el límite legal de aceite de palma”. No vamos a negar que el bueno de Charles tiene todo o mucho de todo lo anterior, pero, ¿cuánto hay de verdadero en todo eso? Vamos a ser claros: hoy Bukowski hubiera sido cancelado, o lo será en un futuro próximo. No voy a ser yo quien entre en profundidad a valorar si esto es adecuado o no, no serviría de nada, pues aún no soy ministro y mi influencia es corta y, ante todo, soy pragmático. Y un poco gustoso de Charles, qué diantres.

Personalmente no me he adentrado mucho en su poesía, no soy gran experto en la materia (tampoco en la prosa, pero pretendo hacerles creer que sí). Intentaré analizar un poco su narrativa “larga” y ahondar en el lado humano, que lo tiene. Bukowski tiene mucho drama y mucha denuncia. No es un héroe, pues no pretende conseguir un fin de ese rango, pero en sus escritos cuenta más que simples chistes y situaciones canallas (que también y mucho, ojo). En una reseña, definí *Cartero* (1971) como “posiblemente la mejor novela de Charles Bukowski”. Puede que en vez de “posiblemente” usara “quizás”, lo cual no cambia nada pero me vale como salvavidas por si me he equivocado. No sé si es la mejor, pero es la primera. No nos olvidemos que estamos ante un ejercicio de ficción en el que Charles puede alterar o inventar lo que le plazca, pero sabemos que esta novela es un retrato bastante certero de los años que pasó trabajando para el servicio postal de los Estados Unidos. Lo voy a decir claro: es un relato antitrabajo en toda regla. Ni el más pintado de los anarquistas hubiera podido hacer un retrato tan válido en favor del discurso contra el trabajo. Bukowski sufre, destila humanidad. Es un ser atormentado, sobrepasado por los hechos, que busca, como otros tantos, ganarse el pan en un cruel sistema que machaca y aniquila a las personas. Detrás del personaje despreciable hay mucha sensibilidad. Seré crucificado por esto: desborda humanidad por todos lados. La forma es tosca y zafia, hay mucha bravuconada, pero es un relato que un anticapitalista sesudo leerá diciendo “eso es así, es cierto”. Y sigue muy vigente. Bukowski no era un novato escribiendo cuando publicó esta primera novela, de hecho tardó tres semanas. Como casi todo lo que escribía, consistió en soltar y soltar y soltar y soltar. No sé si se quedó a gusto, pero escribió una novela muy singular y disfrutable.

En la misma línea que *Cartero* está *Factotum* (1975). Se puede entender como el diario de un inadaptado que salta de trabajo en trabajo y en sus ratos libres, lucha para olvidarse de ellos buscando refugio en el alcohol y en sus tormentosas relaciones sentimentales. Si la crítica al trabajo y al sistema, ojo, sin ser una pretensión, era importante en *Cartero*, en *Factotum* se eleva cuatro o cinco grados (en una escala que me he inventado). Hay trabajos absurdos, compañeros institucionalizados, parias similares a Chinaski, golpes de mala suerte, situaciones desbordantes, ¡un bonito retrato de los años de la depresión en los Estados Unidos. No me cansaré de decirlo: hay sufrimiento, hay humanidad, hay sustancia.

Está claro que las relaciones turbias y oscuras de Bukowski tienen un peso importante en sus novelas. Por ello no es extraño que decidiera hacer un monográfico sobre relaciones, vaya usted a saber cuántas reales o no, titulado *Mujeres* (1978). En la novela nos encontramos al Chinaski más disfuncional, rodeado de mujeres tan disfuncionales como él. El alcohol lo impregna todo, al igual que el sexo vulgar, el falocentrismo y una colección de ordinarietas que nos resultan familiares (en el personaje, porque si ustedes son así no me apetece conocerles). Del mismo modo, es el relato del quiero y no puedo, una búsqueda de encajar con alguien y fracasar estrepitosamente (ambas partes), un sentimiento constante de soledad e incompreensión en clara oposición al culto al yo. Un manual de lo que nadie quiere en su vida.

Hasta entonces el autor había buceado en su etapa adulta con varias constantes: un zafio sentido del humor, alcohol, sexo y mujeres, siendo todo ello el pan de un sándwich entre cuyas rebanadas sobresalían las frustraciones, los anhelos, el sufrimiento, los atisbos de humanidad y el eco de que detrás de todo hay un ser humano. Y llegamos a *La senda del perdedor* (1982), donde desaparece el sentido del humor y nos retrotraemos en la línea temporal hasta la infancia de Hank Chinaski. La sutil diferencia es que no hay mofa, no hay ironía, no hay ese sentido del humor que nos había acompañado. No es simplemente un relato crudo, porque está cargado de reflexiones, pero sin esa media sonrisa en los labios del lector, porque es un niño, un adolescente quien lo relata, y no es una broma ni un viejo recuerdo de un viejo verde. Un padre horrible, una madre abnegada que le sigue el juego al padre y un niño que no encaja rodean la vida del joven Chinaski, que se va construyendo una dura corteza mientras divaga entre los demás mortales, buscando unas veces estar solo y otras no tanto. Se asoma un gran rasgo antisocial. Recurre a la violencia gratuita como afirmación de la masculinidad (bastante poco hizo a tenor de los valores transmitidos por su padre). Asistimos a su primera incursión laboral y al descubrimiento de lo que significa el alcohol para él: una válvula de escape. Quizá la novela más íntima del autor.

En su afán de reciclar su vida para ser narrada escribe *Hollywood* (1989), donde cuenta sus peripecias en la fábrica del cine estadounidense. Bukowski recibió el encargo de escribir el guión de una película sobre un borracho, lo que resultó en *Barfly* o *El borracho* (Barbet Schroeder, 1987). El libro recuerda en cierta manera a lo narrado en la película *Barton Fink* (Joel Coen, 1991): ¿qué le sucede a un escritor de éxito que recibe el encargo de escribir un guión para Hollywood? La novela tiene menos toque intimista, esa etapa queda más postergada a las obras ya comentadas. Está acompañado todo el rato por su pareja, un notable cambio en la agitada y caótica vida sentimental del autor (¿hablo de Charles Bukowski o de Henry Chinaski?, no creo que haya mucha diferencia). No crean que ella no es como él: nadie que no sea como él podría estar con él. Narrar los excesos y las hipocresías de Hollywood es algo que se ha hecho muchas veces, pero no lo había hecho nuestro protagonista, y no perdió la oportunidad. Mucho alcohol y sordidez, para variar, y un buen número de reflexiones interesantes. La trama es entretenida, nada complicada, salpicada de personajes de toda índole, ninguno “normal”. La película no pasará a la historia. Protagonizada por Mickey Rourke, cuenta la simple y llana historia de un borracho que tiene un talento con el que se podría ganar la vida pero que decide no explotar. La película tiene valor por dos motivos: por tener un guión escrito por Bukowski y por la pretensión que tenía él mismo al hacerlo: llevar a la pantalla una historia creíble que diera el punto de vista que él creía que tenían los borrachos que decidían voluntariamente permanecer en ese lado de la sociedad. Si lo consiguió no ha quedado claro, pero desde luego ayuda a entender ciertos aspectos de su obra.

Pulp (1994) fue escrita por un Bukowski que sabía que iba a ser su última novela, pues se estaba muriendo. La primera novela no protagonizada por Henry Chinaski, sino por Nick Belane, un medio álter ego de Charles, pues también bebe y tiene unas filias un tanto extrañas que recuerdan a otros relatos. Según el autor, es un homenaje a la mala escritura. Cervantes hizo una sátira de las novelas de caballerías en su *El ingenioso hidalgo don Quijote de la Mancha*, así pues, Bukowski hizo un homenaje satírico a la mala escritura. Las intenciones no son las mismas, no busquen un paralelismo perfecto, no se habla de ningún *Amadís de Gaula* ni de *Tirant lo Blanc*, quédense con la superficie de la idea (en esta revista no somos academicistas, ni siquiera sabemos lo que eso significa). Y se divierte, vaya que sí: un detective malo (de poca destreza), cutre, se va topando con una serie de casos surrealistas, sin pie ni cabeza, que milagrosamente van encajando a medida que avanza la trama. Mucho humor, extraterrestres y elementos bukowskisquianos por todos lados en la novela más diferente y loca de Charles. Quizá después de leer *Pulp* usted tenga cuidado para no toparse con La Señora Muerte ni con el Gorrión Rojo. ¿No saben de qué les hablo? ¡Lean la novela!

Existe el miedo en muchos escritores a escribir sobre su vida, pues temen ser reconocidos en hechos que no les son cómodos. El caso de Bukowski es el contrario. Cuando el mentor de Charles apostó por él, le dijo: la poesía está muy bien, pero queremos vender libros y las novelas se venden mejor, así que te pagaré un sueldo. Fue una fuerte apuesta. El caso es que Bukowski, que se había hecho un nombre como poeta, se encontró con tiempo y una encomienda a la que no supo otra manera de dar solución: escribiré sobre lo vivido en la oficina de correos. Como la fórmula funcionó, la fue aplicando al resto de novelas. Curiosamente el orden en el que fueron publicadas no corresponde a la línea temporal, pues de manera lógica Charles pensó primero en escribir algo interesante sin plantearse que habría un después. No sé si sus vidas serán lo suficientemente interesantes como para llevarlas al terreno de la ficción. Solo deseo que no se hallen tan atormentados como Bukowski, pues vivir así no tiene que ser fácil. ¿La literatura salvó su vida? No sé si esos términos tienen valor más allá de reivindicar un arte siempre cuestionado y minusvalorado, lo que sí es seguro es que lo salvó de morir como muchos de sus protagonistas: debajo de un puente.

UNA SEMANA EN RIKERS

Aquel día me levanté bastante resacoso. Aún no recuerdo como había llegado a casa la noche anterior, seguramente tambaleándome y derribando cualquier cubo de basura obstinado en impedirme el paso. Estaba ahora por la mañana, hecho polvo, con mi botella de oporto, cascándomela y a punto de correrme, cuando alguien aporreó la puerta. Pensé que sería algún vecino que se venía a quejar del probable alboroto de la noche anterior, pero no, eran dos zoquetes grandes con pinta de palurdos. Solo abrir la puerta me enseñaron la placa de policías y me invitaron a acompañarlos.

«Venga con nosotros, y coja un abrigo, no sabemos el tiempo que estará fuera».

No tenía ni idea de lo que había hecho, pero la verdad es que tampoco recordaba demasiados detalles de las últimas noches. Desde que me habían echado del almacén, hacía más de un mes, cada noche se convertía en un agujero negro. Se sucedían los antros de mala muerte, el alcohol sin fin, las sórdidas habitaciones de los burdeles y las putas de aquí y de allá. Todas ellas mujeronas con mucho oficio, y grandes en los lugares adecuados: unas con culazo, otras con tetazas y otras con culazos y tetazas. Cuando salía con Jack, mozo del almacén al que también habían echado, la mayoría de días se torcían. El problema de Jack era que cuando se emborrachaba le gustaba la bronca. Se ofendía ante cualquier mirada, fuese inocente o no. Por suerte, no se peleaba conmigo. El mamón era una mole, y en más de una ocasión arreó a varios tipos a la vez. Esos días acabábamos medio ensangrentados en inmundos callejones.

Me esposaron al entrar en el coche. Joder, como me picaban los huevos.

«¡Las manos quietas, cabrón!», me gritaron.

Llegamos a la comisaría de policía. En la comisaría me metieron en una habitación y me interrogaron. Había un maldito foco que me cegaba totalmente. Recordé la tortura de una escena de *Reservoir Dogs* y temí lo peor. Contesté a las preguntas, como buenamente pude, a partir de mis escasos recuerdos. No sé si acabé incriminándome de alguna cosa. En estas estábamos cuando sonó el teléfono de la sala. No entendí lo que hablaban, pero la cosa no tenía buena pinta.

«¡Te vas para Rikers, cabrón!», me gritaron.

Cuando llegamos a prisión ya se me había pasado la resaca y estaba bastante acojonado. Me desnudaron y me desinfectaron a manguerazos. Luego me llevaron a una celda, en la que había un hombre gordo, rebo-sante de carne por todos lados. Resultó ser un banquero. Me dijo que estaba enchironado por “apropiación indebida de bienes”, o sea que era un chorizo con corbata. Lo habían pillado cuando estaba a punto de salir del país. Era un tipo simpático y su nivel de humor iba a la par con todos los kilos que le sobraban. Me dio una clase magistral sobre como matar las chinches que abundaban en las literas.

Con él hice mis primeros paseos por el patio. Tuve suerte en el patio. En aquel agujero había varios presos a los que les gustaba el ajedrez, y no escatimaban apostando. Agradecí entonces todas aquellas tardes con Dimitri, en la clínica de desintoxicación. ¡Quién me iba a decir que ganaría dinero en la cárcel jugando al ajedrez! Había un baboso, especialmente asqueroso, al que desplumé varias veces. Estaba allí por enseñar la polla a niñas en el parque. Yo le daba vidilla en las primeras partidas y luego, cuando subían las apuestas, ¡plas!, lo machacaba de lo lindo. Lo tenía muy atravesado y estuve tentado de atizarle en más de una ocasión. El problema era que si pegabas a alguien te mandaban a la celda de castigo. Y ahí, entre la humedad y el régimen de pan y agua, sí que te pudrías totalmente. Yo era rico en la cárcel. Con aquel dinero me permitía las mejores raciones de comida, reservadas para los carceleros. También me permitía tener un matón a sueldo que me protegía de cualquier animal que quisiera violarme. Nunca tuve que fregar retretes.

El día de la audiencia me presenté en la sala. Jack estaba entre los asistentes y me hizo un guiño. No lo supe

descifrar, pero verlo sobrio me dio cierta tranquilidad. Después de un breve interrogatorio en el que contesté vagamente a partir de mis confusos recuerdos, el juez estuvo unos minutos callado escribiendo en un papel. Luego alzó los ojos y me miró fijamente, durante un par de segundos que parecieron décadas, con cierto desagrado.

«Queda usted absuelto», dijo.

Esta vez los podridos engranajes del sistema habían rodado a mi favor. En el bar de la esquina Jack me explicó que aquel juez le debía un favor por un asunto relacionado con proxenetas. Sonaba turbio y no quise saber los detalles.



BUKOWSKI

EL AUTOR EN SUS PÁGINAS

Un bar cualquiera en una ciudad cualquiera. O no, un bar en Los Ángeles, esa ciudad de atmósfera gris y calles repletas de basura y mierda. Dentro del bar, un hombre, acodado en la barra con evidentes síntomas de embriaguez, da una calada larga a su cigarrillo y, tras soltar el humo por la nariz y la boca, se zampa un vaso de whisky, uno de los tantos que caerán a lo largo de la noche.

Este hombre podría ser Henry Chinasky, alcohólico, mujeriego, vago y superviviente de mil adversidades, uno de esos seres invisibles que pululan por esa selva de cemento que es Los Ángeles. Pero, si el hombre al que trato de describir es Chinasky, significa que me estoy refiriendo a Charles Bukowski, quien, como de costumbre, está tomándose un descanso antes de seguir con la “ardua tarea” de buscar un trabajo miserable que le permita dedicarse a la literatura y a los placeres mundanos de la vida.

Charles Bukowski era así y hasta peor: borracho empedernido, misógino, faltón, pedorro y todo lo malo que se puede decir de una persona. Sin embargo, toda esa serie de “defectos” hicieron de él un mito, permitiéndole pasar a la historia con el adjetivo de “maldito” y, mal que les pese a los revisionistas de nuevo cuño, como uno de los grandes de la literatura, no solo por las aristas de sus novelas, relatos y poesías, sino porque es uno de los pocos escritores cuya obra es un reflejo fidedigno de su personalidad.

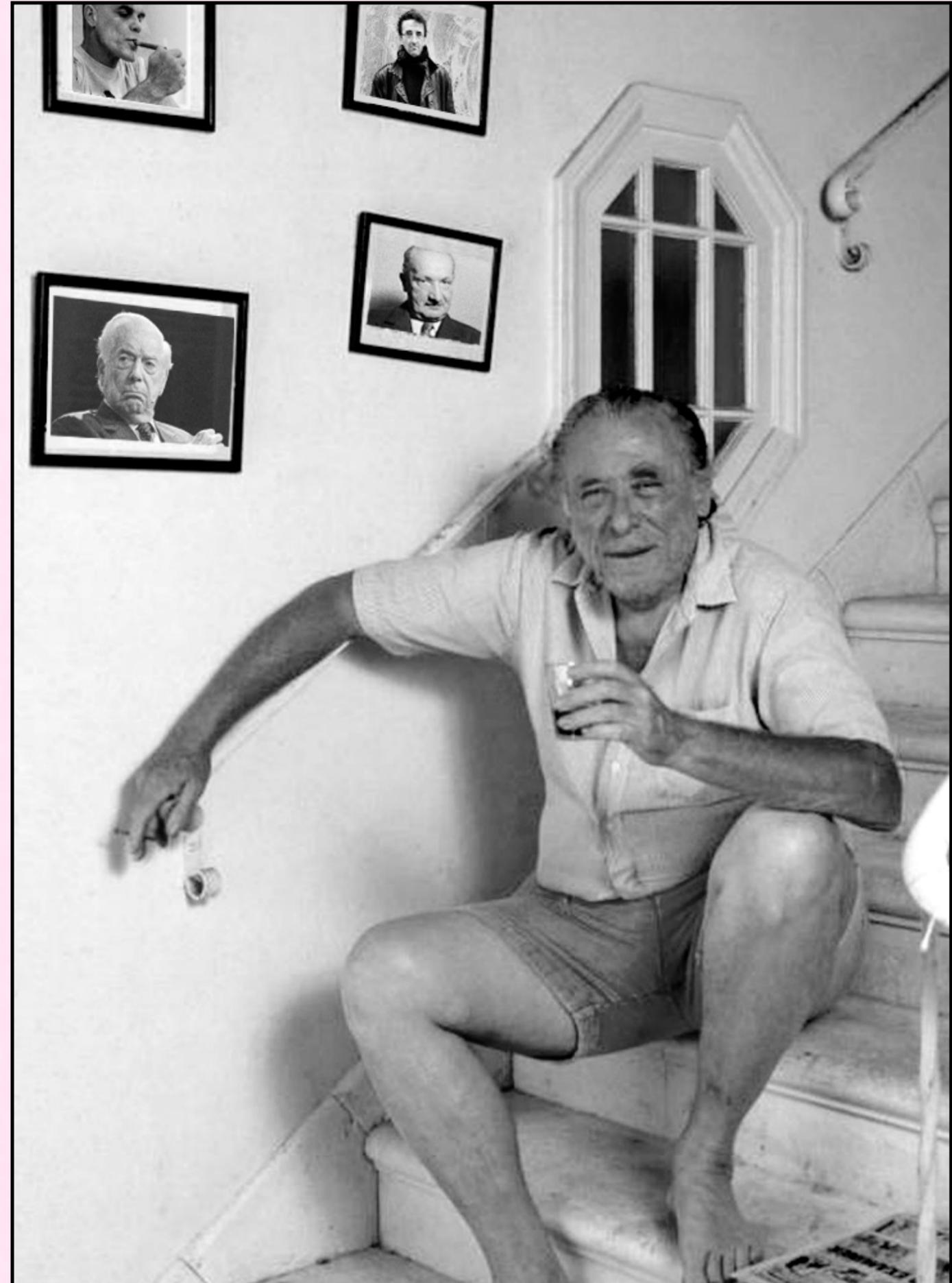
De hecho, es muy difícil encontrar a alguien tan transparente como Bukowski. Él representa uno de esos casos en los cuales la personalidad del escritor está muy vinculada a su obra, asunto que no es baladí, sobre todo en los tiempos que corren, en los que muchas de las buenas novelas están amenazadas con quedar postergadas por las poses y pensamientos políticos de sus autores.

Un ejemplo claro de esta última categoría de escritores es el de Mario Vargas Llosa. Obras maestras como *La ciudad y los perros*, *Conversación en la Catedral* o *La guerra del fin del mundo* deben ahora superar el inmenso obstáculo que generan las opiniones políticas de su autor; de manera especial, no hay quien le aguante entre los que dicen ser militantes de izquierda. Un caso parecido, pero que viene de más atrás, es el de Martin Heidegger. A muchos se les hace muy difícil aceptar que el padre del existencialismo, el intelectual que habló con tanta propiedad sobre la nada y el ser, fuera parte del nazismo.

Con Bukowski, en cambio, no hay riesgo alguno de engaño; su obra es el reflejo de su manera de pensar, una proyección de su vida, de la vida que él quiso vivir. Esa vida que le dio la gasolina para erigirse como el narrador de los bajos fondos y concebir novelas como *Cartero*, *Factótum* o *La senda del perdedor*, que le convirtieron en el padre del realismo sucio.

Eso es Bukowski... si no hubiese existido, quizás Pedro Juan Gutiérrez no habría escrito la maravillosa *Trilogía sucia de La Habana* desde la terraza de un edificio en Centro Habana; o el Roberto Bolaño que muchos admiramos no habría sido tal, porque muy probablemente no se hubiese aislado en una casa de Girona para escribir *Los detectives salvajes* mientras se alimentaba con atún de gato (al menos eso es lo que dice la leyenda) y fumaba como un poseso.

En fin, eso es Bukowski, para bien y para mal.



BEST HITS

Cuando fui superhéroe
Cuando subí el Everest
Cuando fui dibujo animado y al caerme del rascacielos nada pasaba
Cuando dibujé la Mona Lisa y compuse la novena sinfonía
Cuando salimos delante del Sistema y retrocedió
Cuando corté la cabeza del monarca
Cuando descubrí el fuego, la rueda y la prensa
Cuando te llamé la semana pasada
Cuando os besé por primera vez
Cuando gané el oro en rítmica y marqué en el último minuto un penalti injusto
Cuando fui el mejor de los mediocres
Cuando viajé en trenes de largo recorrido, en aviones sin piloto, en autobuses irregulares, o quizás me colé en un portal dimensional, o en una máquina del tiempo donde el tiempo no importaba y crucé el Pacífico en patines de línea
Cuando cagué aquel zurullo que no bajaba y tuvisteis que partirlo por la mitad
Cuando encontré la ola
Cuando me hice una cresta, cuando te hice una cresta
Cuando os hablé con el corazón abierto de par en par y mi alma murió
Cuando os asesiné
Cuando escuché como caía un árbol en un bosque donde no había nadie, ni yo, ni nada
Cuando tuve mi primer orgasmo en tu boca
Cuando morí de pena
Cuando reí de pena
Cuando viví de pena
Cuando releí mi novela no escrita, inédita y traducida a 40 idiomas
Cuando me esnifé Colombia
Cuando bebí cerveza sin alcohol
Cuando fumé tu alma
Cuando me senté en el regazo de Jesucristo y le dejé ciego
Cuando te hice feliz
Cuando me odiasteis
Cuando volví del infierno para dedicarte versos y estrofas simples y malditas
Cuando me hicieron caballero después de orinar en el Santo Grial
Cuando escuché por primera vez “te quiero”, “te odio”, “te ignoro”
Cuando soñé y no me acordé
Cuando vi mi primera película muda en 7D
Cuando creé una secta y nos suicidamos todos menos yo
Cuando pensé en teorías de mierda
Cuando me castigaste sin salir
Cuando me imaginé sin sonido
Cuando lloré sin lágrimas
Cuando escupí huesos
Cuando subí al cielo de los idiotas
Cuando no fui
Cuando morí



¿QUÉ LIBRO TE CAMBIÓ LA VIDA?

Una pregunta recurrente en las clásicas entrevistas plomizas a grandes figuras de todos los ámbitos ha sido muchas veces: ¿qué libro te cambió la vida?

Cuando la persona entrevistada no ha recibido previamente las preguntas, suele dudar un poco y soltar algún título al azar de algún libro que leyó en la infancia para salir del paso; cuando las preguntas se han pactado de antemano, la respuesta suele ser algo más pedante y esnob. En cualquier caso, los libros mencionados en esos contextos suelen terminar con una moraleja elevada o estar muy bien valorados y reconocidos por el acervo popular.

Pero no fue así para Bukowski. El Bukowski adolescente aquejado de un acné salvaje, con la cara, los hombros y media espalda completamente repletas de pústulas, pasaba los días en una biblioteca pública: el único lugar donde podía soportar ser un monstruo. Allí, como relata en *La senda del perdedor*, leyó miles de libros en busca de unas líneas que le resultaran mínimamente estimulantes. Pero los clásicos eran anacrónicos, asépticos y anodinos; sus coetáneos eran presuntuosos, petulantes y pomposos; los nuevos escritores eran ineptos, inexpertos e insípidos. Hasta que, finalmente, encontró a John Fante.

Volviendo a las entrevistas, si el entrevistador o la entrevistadora indaga en la pregunta del libro y quiere saber el porqué de esa influencia vitalicia, las respuestas suelen orbitar varios ejes muy definidos: o bien quien lee se siente identificado con alguno de los protagonistas —quien coincide con el arquetipo de héroe—, o bien les retrotrae a un momento de su infancia en el que se recuerdan felices, o bien hay una posible interpretación que se ajusta al cumplimiento de los valores judeocristianos asociados con el bien y la rectitud.

Bukowski, por otra parte, menciona que *Pregúntale al polvo*, una de las obras más ilustres de John Fante, fue lo que le hizo descubrir lo que, para él, era buena literatura. Y no por tener una técnica literaria excelente, no por gozar de un vocabulario versátil, por tener una estructura rompedora, por imaginar unos escenarios futuros de forma absolutamente preclara. No. Bukowski vio verdad en John Fante y Henry Chinaski vio un referente en Arturo Bandini.

Así fue como un libro que acumulaba polvo en una biblioteca pública hizo que en el interior de un joven Bukowski con la moral por los suelos naciera la semilla de una idea: él tenía razón, la literatura no solo trata de héroes contra villanos, no son páginas de paja con mensajes inútiles o moralejas infantiles. Con John Fante —con la historia de Arturo Bandini—, comprendió que un adolescente que intenta ganarse la vida escribiendo tras haber publicado un libro que solo le importa a él podía ser una gran obra literaria. Por tanto, el libro que cambió la vida de Bukowski fue el que le hizo comprender que la figura del protagonista marginado, egoísta, menospreciado, vapuleado, hambriento, miserable y harapiento que lucha por un sueño que solo tiene sentido para él podía ser atractiva.

De esa manera, Bukowski devolvió a la vida a un John Fante que en su época quedó demasiado descontextualizado y John Fante empezó a gestar a un Bukowski que popularizaría la aclamadísima figura del poeta maldito durante la segunda mitad del siglo XX. Y Henry Chinaski se convirtió en uno de los personajes más icónicos de la historia, el mayor representante de esa figura sórdida, controvertida y magnética que, en literatura, resulta tan atractiva.

En definitiva, no son los cuentos de hadas vacíos los que cambian la vida de las lectoras y lectores, sino los libros que representan una verdad que encaja con sus vidas en el momento adecuado. Y esa verdad puede ser dura de cojones.



EL (POST)CIRCO BEAT DE LAS OPINIONES

UNA RESEÑA Y DOS ENCUENTROS

**RESEÑA DE ESPEJO VACIO. POEMAS DE JUVENTUD DE ALLAN GINSBERG.
por Charles Bukowski. 1967.**

No es fácil ser Allen Ginsberg. No es fácil reseñarlo. Pues a pesar de su homosexualidad románticamente declarada, seguimos alzando la mirada hacia él subconscientemente y esperando grandes resultados. La diversión preferida de los bichos raros de las revistas (y los bichos raros de las grandes revistas) es arremeter contra Allen Ginsberg, y Mailer y Albee y Capote y y y, lo sé. Yo también lo hago. Imagina, por ejemplo, que estos poemas de juventud los hubiera escrito alguien llamado Harry Wedge. De inmediato tendría entre manos un nuevo héroe cultural. Pero puesto que los ha escrito Ginsberg y vienen prologados por W.C. Williams, los dientes de mi máquina de escribir ya ansían lanzar mordiscos.

¿Qué?

Williams se anda con rodeos en el breve prólogo y no acabo de pillarlo. Es una suerte de paseo al trote por su fórmula poética de lo que debería ser la buena poética y Ginsberg es su chico, «este joven judío, que ya no es tan joven». Hay alguna mención de Dante, de G. Chaucer, Williams dice que el poeta tiene que hablarle a la muchedumbre en su propia lengua y sin embargo tiene que disfrazar sus versos para que no ofendan. «Con ello, de ser posible, la dulzura oculta del poema podría sobrevivir en soledad y despertar algún día un mundo dormido». Naturalmente, desde 1952, desde que se escribió este prólogo, hemos llegado a entender que no es necesaria una «dulzura oculta». Si Williams se refería a la presentación (el estilo) o el humor o las distracciones ingeniosas para ahuyentar el aburrimiento a pajas, entonces le seguiré la corriente. Es posible que se refiriera a eso.

Los poemas en sí son sencillos, claros, muy buenos poemas: no se ven afectados todavía por las diatribas de profeta al estilo de Whitman del Ginsberg posterior.

*Tengo la impresión de estar en un callejón
sin salida y por tanto estoy acabado.*

Todos los hechos espirituales que observo

son ciertos pero nunca me deshago

de la sensación de estar encerrado

ni de la sordidez del yo,

la futilidad de todo lo que

he visto y hecho y dicho.

Tal vez si siguiera adelante todo

me satisfaría más pero ahora

no guardo esperanza y estoy cansado.

Hay aquí algunas frases prestadas y trilladas: «sensación de estar encerrado», «sordidez del yo», pero los últimos tres versos son lo bastante sinceros para salvar quizá el poema entero.

«Qué futuro tan terrible. Tengo veintitrés años», dice más adelante. Y estaba en lo cierto. No tenía manera de saber cómo se usaría a sí mismo ni cómo América lo usaría o le haría usarse a sí mismo, Pero aquí habla de algo distinto. De la locura. De la sensación de tener la cabeza escindida del cuerpo.

Lo comprendió mientras yacía insomne en un sofá.

En «Salmo 1» hay cierta insinuación del versículo bíblico, el acto y la súplica clamorosa al estilo de Whitman. Los versos siguen goteando entre la originalidad y la pose. Al cabo, en el último verso, se pierde la originalidad y la pose acaba con el poema: «Este chismorreo es un documento excéntrico que se perderá en una biblioteca y será recuperado cuando descienda la Paloma».

Mientras escribo, no puedo por menos de pensar en lo fácil que resulta ser un crítico, como si uno (yo mismo) blandiera la vela de la verdad y arrojara luz sobre los holgazanes. Vaya chorrada, ¿eh, colegas? Bueno, haré lo que pueda, o no pueda. Esta noche me duele la cabeza y se me ha terminado la cerveza y el tabaco y soy muy vago para preparar café. Allen, me parece que te va a caer una buena.

Sí, «Los puertos de Cézanne» es un poema malo.

*En primer plano vemos el tiempo y la vida
arrebatada por una corriente.*

Me temo que la dulzura no está muy bien escondida. Luego se pone tan dulce como para que te entre dolor de muelas. No me sirve de nada entender a Cézanne ni tampoco *Cielo y eternidad*. Ginsberg es mejor escritor de lo que demuestra aquí. Y Cézanne era mejor pintor. Deberían haberse conocido con una botella de vino de por medio en vez de así.

*Cuando me siento ante un papel
escribir lo que pienso se torna
en una suerte de locura de
parloteo femenino.*

Estamos ante lo que me gusta denominar versos perfectos, a falta de otra cosa que decir. Me refiero a versos perfectos a mis ojos por lo que respecta a contenido y presentación. Ginsberg te lo deja en el regazo y ahí está, real como un minino. O un león. Ya sabes lo que quiero decir.

«Fiódor» es un buen poema no en tanto que fuerza sino porque supongo que a todos nos hizo sentir así Dostoievski, así que es simpático oírlo, es bueno oírlo, pero puesto que es un tanto brusco nos gustaría que estuviera un poco mejor escrito, Pero hay que tener presente que Ginsberg era joven. Me pregunto qué aspecto tendría Allen cuando era joven. ¿Alguna vez te lo has preguntado? Lo único que tenemos ahora es un medio monje barbudo, iluminado en cierta manera por infracciones de alcoba e infestado de pesadillas de la India y Cuba y cafés, esa pasmosa proliferación de pelo que es Allen Ginsberg. Sería santo si se lo permitiéramos, pero se viene abajo a medio camino y todo el mundo queda confuso. Aun así, es mejor tenerlo cerca que no tenerlo cerca. Si le lanzo pequeñas bolas de barro es porque no puedo tomarme demasiadas molestias con el tipo de la charcutería judía. Allen es una especie de pepinillo bendito en un grueso tarro lleno de pelo y semillas amarillas. Te gustaría comprarlo pero acabarías comprando alguna otra cosa.

«Una institución sin sentido», una suerte de sueño kafkiano cosecha de 1948 es un trabajo bastante bueno. Sobre todo el final donde Ginsberg tiene que deambular por pasillos vacíos «en busca de un urinario». Si eres incapaz de encontrar el baño, tío, toda la poesía del mundo no vale una mierda.

En «Sociedad, Sueño 1947», el poema está iluminado por la fuerza y el humor, el genio, aquí sí que se aprecia, la sustancia, el estilo, la ampulosidad y el carácter torrencial que permitieron a Ginsberg salir del fango. Me refiero a que este poema es precursor de lo que estaba por llegar, *Aullido*, todo el alboroto de *Aullido* que armó Ginsberg, y el genio que permitió a Ginsberg seguir montándolo incluso después de perder parte de ello. Y en «Himno», tenemos el fuego bíblico de la súplica poética muy conseguida. Cuando Ginsberg está en plenitud de sus facultades más te vale dejar los juguetes y prestar oídos. Solo el soplón más cruel y envidioso arremetería contra alguien por su teatralidad posterior cuando escribía tan bien de tan joven.

¿Por qué tenemos que hacernos pedazos unos a otros? El auténtico enemigo está en otra parte.

«El poema arquetípico» que empieza:

*Joe Blow ha decidido
que ya no va a
ser un sarasa*

es un retrato tragicómico de la maquinaria sexual averiada desconectada. El sexo es endemoniadamente gracioso. Todos nos vemos atrapados ahí y apenas sabemos qué hacer. Y me refiero que es gracioso de la misma manera que podría serlo asarte lentamente hasta morir, si pudieras verte.

El libro termina con «El forastero amortajado», que no acaba de funcionar. Aunque hay algún verso bueno que solo podría haber escrito Ginsberg: «Su corazón roto es un saco de mierda». Ginsberg es uno de los pocos poetas que intentan destruirse con actos antipoéticos. Bendigamos a este inmenso depósito de reserva. Eliot lo ha dicho con más sencillez, Pound con más arte, Jeffers con más conocimiento de fuerzas, Auden con más precisión, Blake más fuerte. Rimbaud con más sutileza. William Carlos Williams tenía un golpe rápido de izquierda más efectivo, Dylan Thomas pies vociferantes más grandes, este con ese, aquel con el de más allá, pero creo que Ginsberg tiene su lugar en alguna parte, tarde o temprano, y que sin su paso ninguno estaríamos escribiendo tan bien como escribimos ahora, que no es lo bastante bien, pero nos permite ir tirando, contemplamos al viejo Allen, escudriñamos sus fotos, seguimos un tanto atemorizados de América, de él, de los de la acera y el sol y las resacas, nos acostamos solos, al cabo, todos nosotros.



ENCUENTRO CON NEAL CASSADY Escritos de un viejo indecente: 1968

Conocí a Neal C, el chico de Kerouac, poco antes de que bajase a tenderse junto a aquella vía de ferrocarril mexicana para morir. Los ojos se clavaban en ti como palillos de dientes y Neal con la cabeza junto al altavoz, se movía, saltaba, miraba insinuante, con su camiseta blanca de manga corta y cantaba como un cuco al compás de la música, precediéndola justo un pelo, como si fuese él quien dirigiera el espectáculo. Yo, sentado con mi cerveza, le miraba. Ya me había liquidado un paquete o dos de seis botellas. Bryan estaba dando instrucciones y material a dos chavales que iban a cubrir aquel espectáculo que siempre prohibían. en fin, no sé exactamente qué pasaba con aquel espectáculo del poeta de San Francisco, cuyo nombre ya no recuerdo. Pues bien, nadie se fijaba en Neal C y a Neal C no le preocupaba, o eso hacía ver. Cuando la canción acabó, se fueron los dos chavales y Bryan me presentó al fabuloso Neal C.

—¿Una cerveza? —le pregunté.

Neal echó mano a una botella, la tiró al aire, la agarró, quitó el tapón y vació el medio cuarto de dos largos tragos.

—Toma otra.

—Vale.

—Yo me consideraba bueno con la cerveza.

—Yo soy el muchacho duro de la cárcel. He leído cosas tuyas.

—Yo también leí cosas tuyas. Aquello de que salías por la ventana del baño y te escondías desnudo entre los matorrales. buen material.

—Oh sí.

Seguía dándole a la cerveza. Nunca se sentaba. No hacía más que moverse por allí. Estaba un poco aturdido por la acción, el relámpago eterno, pero no había odio alguno en él. Te agradaba aunque no quisieras, porque Kerouac le había preparado para la admiración de las masas y Neal había picado, seguía picando. Pero en fin, Neal era fabuloso y uno podía pensar además que Jack solo había escrito el libro, él no era la madre de Neal. Solo su destructor, deliberado o no.

Neal bailaba por el local en la Subida Eterna. La cara parecía vieja, dolorida, todo eso. Pero su cuerpo era el cuerpo de un muchacho de dieciocho.

—¿Quieres probar con él, Bukowski? —preguntó Bryan.

—Sí, ¿quieres venir, muchacho? —me preguntó él.

Tampoco ahora había odio. o seguir el juego.

—No, gracias. En agosto cumpliré cuarenta y ocho. Ya no estoy para esos trotes.

No habría podido manejarle.

—¿Cuándo viste a Kerouac por última vez? —le pregunté. Creo que dijo que 1962, 1963. En fin, hacía mucho tiempo. Después de darle un rato a la cerveza con Neal, tuve que ir a por más. El trabajo de la oficina estaba casi hecho y Neal paraba en casa de Bryan y Bryan le invitó a cenar. Yo dije, «vale», y, como estaba un poco animado, no me di cuenta de lo que iba a pasar. Cuando salimos empezaba a caer una lluvia muy fina. De esa que realmente jode la calle. Yo aún no sabía. pensé que iba a conducir Bryan, pero se colocó al volante Neal. En fin, pasé atrás. B. montó delante con Neal. Y empezó el viaje. por aquellas calles resbaladizas, y cuando parecía que habíamos doblado ya una esquina, Neal decidía girar a la derecha o a la izquierda. Pasábamos junto a los coches aparcados con la línea divisoria a solo un pelo. Solo como un pelo puede describirse. Un leve desvío hacia el otro lado habría sido el final para todos.

Cuando salíamos del apuro yo siempre decía algo ridículo, como «¡chúpate esa!» y Bryan se reía y Neal seguía conduciendo, ni ceñudo ni feliz ni sardónico, solo allí: haciendo los movimientos. Comprendí. Era necesario. Era su plaza de toros, su pista de carreras. Era santo. Lo mejor fue justo al salir de Sunset, rumbo al norte, hacia Carlton. La llovizna era ya más intensa, estropeando al mismo tiempo la visión y las calles. Al salir de Sunset, Neal inició su siguiente movimiento, ajedrez a toda pastilla, algo que había que calcular en una décima de segundo. Un giro a la izquierda en Carlton nos llevaría a la casa de Bryan. Estábamos a una manzana de distancia. Había un coche delante y dos aproximándose. Podría haber disminuido sin duda la velocidad y seguir después, pero habría perdido su movimiento. Neal no podía hacer eso. Pasó al de delante, y yo pensé, ya está, bueno, no importa, da igual en realidad piensas eso, eso pensé yo.

Los dos coches casi pegados, el otro tan cerca que su faros inundaban mi asiento trasero. Creo que en el último segundo, el otro conductor tocó el freno. esto nos concedió el pelillo. Neal debía haberlo calculado. Aquel movimiento. Pero el asunto no terminó ahí. Íbamos ya a mucha velocidad y el otro coche, que se acercaba lentamente del bulevar Hollywood estaba a punto de impedir el giro a la izquierda en Carlton. Siempre recordaré el color de aquel coche. Tan cerca llegamos a estar. Una especie de gris-azulado. Un coche viejo, cupé, encogido y duro como una especie de ladrillo de acero rodante. Neal se desvió por la izquierda. Me pareció que íbamos a embestir al otro coche por el centro. Era inevitable. Pero, curiosamente, el movimiento del otro coche hacia adelante y nuestro movimiento hacia la izquierda, coordinaron de modo perfecto. De nuevo el pelillo. Neal aparcó el coche y entramos en casa. Joan sacó la cena. Neal comió todo lo de su plato y la mayor parte de lo del mío. Bebimos un poco de vino.

Unos días después me telefoneó Bryan:

—Murió Neal, murió Neal.

—Hostias, no.

Luego Bryan me explicó algo más del asunto. Y nada más.

Tantos viajes, tantas páginas de Kerouac, tanta cárcel, para morir solo bajo una gélida luna mexicana, solo, ¿comprendes? ¿Ves los pequeños cactus miserables? México no es un sitio malo simplemente porque esté oprimido; México es un mal sitio simplemente, ¿ves cómo miran los animales del desierto? Las ranas, cornudas y simples, esas serpientes como hendiduras de mentes humanas que reptan, se paran, esperan, mudas bajo una muda luna mexicana, reptiles, rumores de cosas, contemplando a aquel tipo allí en la arena con su camiseta blanca de manga corta.

Neal, había encontrado su movimiento, no hacía daño a nadie, el tipo duro de la cárcel, allí tumbado junto a una vía férrea mexicana.

Esa única noche que estuve con él le dije:

—Kerouac ha escrito todos tus otros capítulos, yo he escrito ya tu último.

—Adelante —dijo él—, escríbelo.



WILLIAM BURROUGHS

Mujeres. 1979.

Había accedido a dar una lectura en el Norte. Era la tarde anterior al recital y yo estaba sentado en un apartamento en el Holiday Inn bebiendo cerveza con Joe Washington, el promotor, y el poeta local Dudley Barry, junto a su novio, Paul. Dudley había salido del armario y había anunciado que era homosexual. Era gordo, nervioso y ambicioso. Se paseaba de un lugar a otro. (...) Joe Washington estaba parado junto a la ventana.

—Escucha, mira, aquí viene William Burroughs. Está en el apartamento justo al lado del tuyo. Estará leyendo mañana por la noche.

Caminé hacia la ventana. Era Burroughs, de acuerdo. Di la vuelta y abrí una nueva cerveza. Estábamos en el segundo piso. Burroughs subió por las escaleras, pasó por delante de mi habitación, abrió su puerta y entró.

—¿Quieres ir a conocerlo? —preguntó Joe.

—No.

—Voy a ir verlo por un minuto.

—Muy bien.

Bebí en silencio. Joe Washington regresó.

—Le dije a Burroughs que estabas en el apartamento de al lado. Le dije: ‘Burroughs, Henry Chinaski está en el apartamento de al lado’. Él dijo: ‘Oh, ¿de verdad?’ Le pregunté si quería conocerte. Dijo: ‘No’.

—Deberían tener refrigeradores en estos lugares —dije—. Esta maldita cerveza se está calentando.

Salí a buscar una máquina de hielo. Mientras pasaba por la habitación de Burroughs lo vi sentado en una silla junto a la ventana. Él me miró con indiferencia. No recuerdo mucho sobre la lectura, pero me desperté solo en la cama al día siguiente. Joe Washington golpeó alrededor de las 11 de la mañana.

—¿Estás seguro de que no quieres conocer a Burroughs?

—Estoy seguro.

—Estará leyendo esta noche. ¿No te vas a quedar a su lectura?

—Tengo que volver a Los Ángeles, Joe.

—¿Alguna vez lo escuchaste leer?

—Joe, quiero darme una ducha y salir de aquí. ¿Vas a llevarme al aeropuerto?”



Un momento, ¿de verdad pensaban que esto (sea lo que sea esto) iba a acabar tan rápidamente? Ya, nosotros sabemos que Nosotros no somos así (tienen que disculparnos aquí algunos de los nosotros, ya que la frase anterior atestigua que incluso en la Notrosidad hay lucha de clases). En fin, que vamos a comentar un poco más exhaustivamente la clasificación. Así, vamos a revisar número a número el elenco de participantes que pueblan los cerditos de *Placer*. ¡Vamos!

En orden de aparición, nos congratula comprobar al abrir el primer número (no lo hemos hecho muchas veces, ya que nos avergüenza bastante ese rosa tan intenso) que el primer prólogo corrió a cargo de nuestro maestro de ceremonias preferido, esto es, el inconmensurable Presidente Canut. El Sr. Canut, pintor de profesión y primer presidente de la asociación, escribió como sesudo articulista en los primeros cinco números, siendo una de las mentes más resistentes a los efluvios trastornantes de la revista. Sin embargo, en el número de Mishima (por cierto, felizmente censurado en *Issuu*, dónde pueden encontrar todos los números de *Placer* excepto el sexto), asistió a una sesión de cine en la sede del Consejo Editorial y perdió la cordura para convertirse en un compositor de relatos erótico-religiosos. La serie *Costaleros*, que siguió unos números más sin llegar a terminar de forma clara, es uno de los mayores hitos de la revista (junto al primer pensamiento racional de un miembro de La Mordida y el cumpleaños anual de Esteban), a pesar de que su mujer y su hija no piensen lo mismo cuando lo observan sentado en su butaca, a oscuras, ya muy de noche, con la mirada perdida. En cualquier caso, Javi acabó participando en los primeros 12 (¡12!) números de la revista, ergo es un favorito indiscutible. Con el segundo participante no vamos a extendernos tanto porque sabemos de su furibundo amor a la discreción. Robi hizo las primeras caricaturas, pero solo llegó hasta Vázquez-Montalbán (saltándose a Kerouac), suficiente para demostrar su talento. ¿Por qué más? Conocernos es amarnos, pero conocernos mucho es poner innecesariamente en riesgo nuestro amor. Esta revista, la nuestra, se fundamenta tanto en lo que se enseña como en lo que se oculta, y Robi es su máximo exponente, porque más allá de su obra publicada, su huella descansa de forma tímida, silenciosa y perdurable en la bandeja de entrada de nuestro mail recordándonos que la negación también puede ser generosidad. En fin, solo esperamos que Messi gane por fin su mundial (y lo ganó (y pudimos llorar juntos)). De nuevo una sorpresa con el tercer participante. Nuestra web-master y vecina al sol, Àngels, hizo la primera biografía. Luego, en el cuarto número dibujó una viñetas preciosistas y se perdió en las redes, una lástima. De forma similar, Mari dibujó un carboncillo y Paula un castillo en el primer número, seguramente intuyeron lo que podía ocurrir si continuaban con Nosotros (como ejemplo su marido y padre, citado unas líneas más arriba) y decidieron dar un paso al lado. Eso les honra. ¿Quién es Otto Mingo? La verdad es que no lo podemos decir con certeza, pero reconocemos la prosa divertidamente desordenada de nuestro hombre para todo (como dirían los Astrud, hay un hombre en La Mordida que lo hace todo), esto es, el bárbaro y actual Presidente Barbaría. El bueno del “gordo” Barbaría (quien sueña con ser un poeta chileno de Lanús), tiene que ser por fuerza uno de nuestros favoritos. Ha hecho un poco de todo en la revista, como siempre, pero sin duda ocupará un lugar preferente en nuestra memoria gracias a su serie de anécdotas, que empezó con nuestra primera escritora placerificada, Virginia Woolf. Si alguien tiene alguna queja, solo tiene que atenerse a su consabida advertencia: “Los sucesos y personajes que se retratan en las anécdotas son reales; ante posibles quejas o rechazo de cualquiera de sus protagonistas, el autor sugiere que se lo hubieran pensado antes”. Un caso parecido es el del Presidente Vizán, ahora Secretario de la organización, un poco nuestro ¿Alfonso Guerra? En el principio, Pedro tuvo una idea peregrina fotografiando espacios vacíos (y que dio lugar al primer suplemento de la revista, esto es, el Desperdicio), pero acabó escribiendo artículos de enorme clarividencia. Sin embargo, como todos, perdió “un poco” el norte y dedicó la mayor parte de su talento y su tiempo a perpetrar listas y más listas (quizás la más acertada sea la de novelas cortas). Dicha actividad (hacer listas, contar cosas) han llevado a nuestro actual secretario a cierto grado de incapacitación (hecho que, al parecer, no preocupa en absoluto al sistema universitario catalán, el cual permite a este hombre ejercer la docencia a toda una futura generación de enfermeras sin ningún control farmacológico), por lo que últimamente no ha podido escribir con tanto afán como en los primeros números de la revista. En fin, lo queremos con locura, igualmente. Bien, como Javi, Esteban y Pedro, los siguientes participantes deberían haber sido, también, dos de nuestros máximos favoritos (en verdad lo son, a pesar de que no participaron tanto como hubiéramos querido). El motivo (para explicar una menor participación), seguramente, es que ya estaban locos de atar antes de subirse al barco. Esto implica que su

participación en *Placer* no comportaba riesgo alguno (para su salud mental, se entiende) pero, obviamente, también indica que no podíamos esperar constancia o algún patrón lógico de comportamiento. Bueno, no nos enrollamos más, ellos son Martí Prats y el Sr. Quiles. Un matemático y un montador de cine. Suyos son algunos de los artículos más originales de la revista, por lo que no cabe más que agradecer lo que buena-mente pudieron dar en sus (¿pocos?) momentos de lucidez. Por cierto, hablando de “locos”, el más loco y original participante de la revista es, sin duda, carne de nuestra carne. David Pérez, hermano de uno de los co-Editores de la revista. Es difícil calificar su poesía. Y es imposible entender por qué no ha sido detenido y encarcelado para siempre (bueno, en verdad, la razón es muy simple y radica en la Notrosidad; por suerte, solo Nosotros leemos *Placer*). Suya es, por ejemplo, la célebre *Oda a Tom Clancy*, pero hay ejemplos aún más censurables (Nosotros por supuesto le dimos libertad absoluta (en verdad no había manera de controlarlo y, además, lo digo aquí muy bajito, Marcos le tiene un poco de miedo, como debe de tenerse miedo a los hermanos mayores)). Busquen (si se atreven) y vean. Hablando de hermanos. Uno, si no el que más, de los favoritos indiscutibles de la revista (como atestigua su posición en lo más alto del podio) es el otro hermanismo. Yasunori-I/Dani Ites ha ilustrado cada uno de los números de *Placer*. Imágenes finísimas, delicadas, de gusto exquisito. Creemos que en verdad no las merecemos pero ahí están, al menos una en cada número. Amor eterno a la familia pues. Buf! Aún vamos por el primer número. Esto no va acabar nunca... Ánimo, estimado y fiel lector (si aún está/estamos aquí). En fin, hay que reconocer ahora al bueno de nuestro Jandrus, con Nosotros desde el principio y también en el podio de favoritos. Hemos hablado mucho de él en los últimos números, por lo que no cabe extenderse mucho. Este hombre sí era un señor normal. Tengo claro que todo se torció con Montalbán. Durante tres meses, nuestro Jandrus se levantó a las cinco de la mañana para fotografiar el despertar de Barcelona, se encaramó a los árboles, se le congelaron los dedos de la mano (al borde de la amputación), se le estropeó el coche... En fin, a partir de ahí, la degeneración fue irreversible. Vean los apéndices de los números de Némirovski y Nabokov. Pobre hombre... Bueno, casi hemos terminado de revisar el primer número. Nos falta solamente Omar, el primero de los flotógrafos que nos han prestado ayuda (un agradecimiento eterno) y la Subcomisión Hortogláfica. Carme ha estado siempre ahí (ergo es favorita) pero también Isabel, Cèlia y Mariana/Penélope merecen el reconocimiento, sin su ayuda ortográfica todo hubiera sido aún mucho más difícil.

Bueno, está claro que este ritmo es insostenible. Vamos a acelerar un poco. Pedimos disculpas a los afectados, pero son dieciocho números, y justo empezamos ahora con el segundo. En el segundo número revisamos a Tólstoi y repetimos la mayoría de ingenuos participantes del primer número. Tólstoi ha resistido mejor el paso del tiempo que Borges, pero aún así todavía éramos bastante puros y virginales. El prólogo esta vez fue de Pedro, Robi dibujó de nuevo. Jandrus y Javi intentaban escribir artículos de verdad. Incluso el bueno de Esteban imaginó el guión de una película. David... Bueno, David escribió así desde el principio. Amén. Por otra parte, incorporamos dos novedades. Por una parte, nos ayudó un segundo flotógrafo, Luisjo Herrero, y por la otra Emy Luna. Creo recordar que Emy es de Cádiz, por lo que cabe una explicación. Emy fue captada por nuestra pequeña asociación/secta en la cena de entrega de los premios del concurso de relatos *El Laurel*. La engañamos y se dejó engañar, una mujer entrañable, la verdad. Igualmente, lo más inaudito es que unos años más tarde, catorce números después, cuando nos encontramos de nuevo con ella, la convencimos otra vez y nos mandó un nuevo artículo, esta vez para el número de Némirovski. Venga, que ya estamos en marcha, no hay quien nos pare, ahora. El tercer número estuvo dedicado a la generación beat y es uno de nuestros números favoritos. La revisión de nuestras lecturas de juventud fue, quizás, un poco decepcionante (ya no nos gustaron tanto), pero disfrutamos muchísimo esta revisión. Vean, por ejemplo, las infinitas fotografías que llegamos a coleccionar. Además, conseguimos la participación de algunos de nuestros favoritos (junto a Javi, ambos han llegado al venerado y perfecto número 12). Destacamos pues, sin ningún lugar a dudas, a Ramon y a Trípulo (el bueno de Alberto Carreño). Ramon Aumedes es miembro de La Mordida, por lo que su participación era casi obligatoria. Comenzó escribiendo los artículos más documentados (este primero junto a Cèlia, a quien nos hubiera gustado tener muchas más veces) y acabó lanzándose al ruedo de los relatos breves, siempre, eso sí, sin desatarse del todo, respetando los preceptos económicos de su admirado Ernest Hemingway y su teoría del iceberg. Poco a poco, sin embargo, Ramon fue cayendo al bando de los locos (vean este último número, pobre hombre) y no sabemos que será de él ahora que se ha jubilado de forma anticipada y su vida ha perdido el orden bancario que ha guiado rigurosamente su existencia. Ahora, por fin, Ramon es Ramon casero.

En el bando de los múltiplemente trastornados ha estado desde el principio nuestro madrileño favorito. Desde Vallecas, y con un catalán de la plana de Vic, don Trispulo nos ha acompañado también en 12 números. Es uno de Nosotros, lo decíamos antes, él fue uno de los primeros en hablar de la revista en primera persona. Pobre hombre... Por otra parte, dos respetados “santfeliuencs” han participado unas cuantas veces en la revista. Un gesto que les honra. Quizás si hubieran escrito en todos los números hubiéramos sido una revista seria. Pero bueno, creo que tampoco es lo que queríamos, por lo que nos hemos conformado con solo unas pequeñas dosis de seriedad y erudición. Nos referimos, obviamente al bueno del incommensurable técnico de cultura de nuestra pequeña ciudad, Lou Flanagan McCloud, y a Jordi Jiménez. Un agradecimiento también a Vane Ribas, no solo acabamos en su bar muchas noches, sino que nos invitó a su casa y nos hizo unas fotos que quedarán para siempre en la memoria. Estas flotos, una de ellas para ser exactos, sirvió para ilustrar *Maullido*, un poema parodia que por otros diferentes motivos también quedará en nuestra memoria. Finalmente, en este número participó también José Luis Infante, un hombre de actividad e ideas incesables. Nos duele decir que el Tano nos dejó trágicamente hace unos pocos meses. Descanse en paz.

El cuarto número estuvo dedicado a Kafka. Con él cumplíamos el primer año, los 12 primeros meses de la revista. El elenco de participantes es espectacular, no he llegado a comprobarlo pero, seguramente, se trata del número de la revista con más participantes (al final sí lo comprobé, joder, solo hay que contar en la lista, que para eso la hemos hecho... y, en verdad, es el segundo número con más participantes). Quizás este fue nuestro cénit, pero no nos dimos cuenta y nos hemos arrastrado más de 12 números más. Son artículos míticos el crucigrama nunca resuelto de Jandrus (¿quién sino un loco manda un crucigrama para que se publique en una revista digital?). Los procesos matemáticos del Dr. Prats o la papiroflexia del Tano y un amigo suyo. Pero, sin duda, hay dos imágenes excelsas. Una es la foto de *Thelma y Lousie* con las caras de dos de nuestros presidentes, y la otra el dibujo preciosista que comentábamos antes de Àngels, *Los olvidados de la literatura*. No hubo muchas novedades en el quinto número, dedicado a Manuel Vázquez Montalbán. Bueno, quizás podemos destacar que Cèlia escribió la biografía, de exquisitez gastronómica, que Pedro se desató con tres artículos acerca de uno de sus escritores favoritos y que escribió Ángel Merino, exalcalde de Sant Feliu. Por otra parte, David compuso *Charo*, de nuevo más allá del límite entre el bien y el mal, y, como explicamos antes, Jandrus empezó a perder la razón fotografiando el amanecer de la ciudad condal. Hay veces que no podemos explicar como suceden algunas cosas. Otras sí...

El siguiente número, el sexto, la mitad de 12, estuvo dedicado a Mishima. Sin duda, hay que destacar por encima de cualquier otro artículo el principio de la saga de *Costaleros*. Jamás nadie en La Mordida Literaria imaginó que el bueno de Javi pudiera escribir algo así. Por otra parte, a Pedro se le fue la cabeza (¿por primera vez?) con un artículo científico-literario, Ramon se puso en la piel de un periodista meticuloso, Jandrus siguió a lo suyo con los crucigramas y Martí con las matemáticas. Pero, probablemente, el número destacó por su impacto visual. En primer lugar, la portada es muy especial (por cierto, Cristina Sans gestionó la traducción de los títulos y habrá quien pregunte por qué ella no ha escrito en *Placer* (pues eso, pregúntenle, seguro que en algún número podría haber hablado de su amor platónico, esto es Steve Buscemi, ¿no? En fin...)). Por otro lado, coleccionamos un buen número de fotografías, motivo de la censura en *Issuu* y orgullo del encargado de compilarlas tras una ardua investigación sobre el homoerotismo. Y, por último, conseguimos un nuevo ilustrador para la revista, sustituyendo a Robi en los retratos de cada autor. A partir de este momento, y durante ocho números, Aitor Vélez fue nuestro “retratista” oficial. Generosidad y paciencia infinitas por su parte, y unos dibujos a lápiz muy por encima del nivel mostrado por nuestra humilde publicación. Pobre muchacho. Todos se merecen algo mejor, pero Aitor más.

Vamos a acelerar. El séptimo y el octavo número se dedicaron a Virginia Woolf y a Baudelaire, respectivamente. Muchas novedades. Nuestra favorita en Virginia Woolf es Carme Verdoy, quien luego repitió en otros números y, además, nos permitió acceder al *Fet a Sant Feliu* para hacer algo de publicidad de la revista. No ahondaremos en el hecho, por otra parte (ya que sería políticamente muy incorrecto), de que Carme es la pareja de mi amigo Oriol, y que, por ello, solo tenemos admiración y gratitud para con ella (básicamente por “soportar” (en català, donar suport) al Uri tan estoica y dedicadamente). Pero, insistimos, esto no lo decimos por si acaso. También del *FetA*, colaboró en el séptimo número Mireia Mullor. Y tuvimos la colaboración puntual de Alfonso y de Alex Martí. De forma interesante, la Dra. López (Alex) es el sujeto/sujeta que recibió de mis manos *Las olas*, dos veces, como regalo de cumpleaños, por lo que

cerró un círculo de infaustamente divertido recuerdo. Por cierto, Omar nos obsequió con otra serie de fotografías, mientras que el Presidente Canut continuaba con su caída al averno y, como dijimos, el gordo Barbaría comenzó su serie de anécdotas. Por otra parte, respecto al octavo número, dedicado a Baudelaire, cabe comentar en primer lugar que captamos a tres incautos participantes de *El Laurel*. Fue una noche récord: María Ortuño, Paula Strobino y Juanjo Povedano. Por otra parte, participó Rosa Jim, una asidua al club de lectura de Barra Llibre Barcelona, y nos visitó el siempre querido Sr. Quiles. En cualquier caso, en el número de Baudelaire lo más grande son los autoretlatos de Luisjo. Un muro de él delante de nuestras narices. ¿Quieres genios anónimos? ¿Talentos desbordados? ¿Estrellas asquerosamente fugaces? Pocas veces se cumplen las expectativas, tan pocas veces como se superan. Luisjo también desapareció hace muy poco. Todo sea por honrar su memoria.

Llegamos a la mitad de nuestro periplo en el Tiempo *Placer*. En el noveno número revisamos a Pere Calders y en el décimo a Phillip K. Dick. Con Calders cabe destacar, sin duda, la primera de las colaboraciones de Agustín Comotto (quien repitió con Melville). De nuevo, al volver la vista atrás, no podemos dejar de sorprendernos de algunos de los hitos conseguidos. Que el bueno de Comotto nos cediera sus dibujos es poco menos que impresionante. En este número el elenco fue bastante extenso. Por ejemplo, de forma aleatoria, destacaremos que la biografía corrió a cargo de Jordi Jiménez, que Ramon visitó una de sus grandes aficiones, el teatro, que Trispulo nos regaló un cuento, que Martí hizo su última aparición en la revista y que Jandrus confesó una anécdota inconfesable. Participó en este número, también, Roberto Martínez con sus relatos de la basura. Hace años que daban vueltas en cajones polvorientos, y ese estado es el que más estimula nuestra necesidad de publicar. Siempre fue un placer recibir las colaboraciones de los no habituales, pues ellos han sido las estrellas invitadas a nuestra fiesta. En cuánto al décimo número, dedicado a Phillip K. Dick, hay que reconocer que fue una apuesta arriesgada. Ciencia ficción. El Presidente Vizán se negó a participar (vean los más perspicaces que solo ha faltado en 3 números, y que hasta parece coherente por su parte no haber escrito nada en el número de Lovecraft; con Bukowski todo es más discutible...). En cambio, regresaron el Sr. Quiles, Jordi Jiménez o Mr. McCloud, el mayor de los cinéfilos –con permiso de Arnau– de nuestra pequeña y entrañable ciudad. También conseguimos un artículo de un gran fan del Sr. K. Dick, el inefable Oriol Falgàs. En cualquier caso, este número destacó, sobre todo, por una de las portadas más bonitas de la historia de la revista, obra de Omar Jiménez. Por último, es posible observar que Jandrus daba ya claras muestras de su inevitable infección con el virus *Placer*. Pero (aún) no estaba todo perdido, y, como odontólogo de prestigio, consiguió unas curiosas fotografías psicodélicas de un paciente suyo, el Sr. Josep Lluís Bernal, quizá uno de los colaboradores más fuera de lugar de lo que ya podemos empezar a llamar nuestra historia.

En los siguientes números (11, 12 y 13) dedicamos nuestra atención a Dostoievski, Zweig y Melville. Vaya tridente, ¿no? ¿Se imaginan una delantera como esta en el Barça? Zweig por la derecha, extremo habilidoso, Dostoievski por la izquierda, con una zurda prodigiosa, y Melville en el medio, un delantero centro de los de antes, un fajador y un rematador implacable... En fin, en el onceavo número creemos que la espuma de *Placer* (sí, hay que reconocer que la imagen es poco agraciada, sino truculenta) había empezado a decrecer. Vean los participantes. Siempre Ramon, Jandrus, Trispulo, David, Javi, Pedro, Esteban... Pero nos quedó un número boniquísimo, creo, uno de los más bonitos para nosotros. Cabe destacar las fotografías del consorte de Carme Verdoy, un Oriol Serna que inmortalizó su viaje en tren por la Madre Rusia. Y la única participación de Lluís Guitard. Home, Lluís! Por fin, en el duodécimo número, alcanzamos la perfección del número ¡12!. Cabe destacar en este número muchos artículos, pero nos inclinamos por recordar una de las listas de Pedro, la biografía de Carme Verdoy o el artículo de Ramon, nuestro mejor jugador de ajedrez. Por otra parte, si buscan bien, encontrarán en este número a un sorprendente (por su tardía aparición) Dani del Río asomando la nariz en la revista. Finalmente, es importante recordar que con el nº 12 terminó la participación en *Placer* del Presidente Canut. Coherencia máxima, visto ahora reparamos que fue el único que respetó de forma exquisita el sistema duodecimal (Ramon y Trispulo, creemos, lo hicieron de forma casual). En cuanto al décimo tercer número de la revista, no hay más remedio que reconocer que la zozobra del barco empezaba a ser poco soportable. La periodicidad de *Placer* ya no era ni periódica. Y, sin embargo, aún hubo quien se subió a bordo, al menos para un viaje corto. Jordina Biosca, directora del festival Eva, nos honró con su presencia. También Alberto Ramírez, divertísimo padre primerizo que durante el verano nos ayudó con un *Solsticio*, y Xavier Simarro, una de las pocas personas que ha escrito nunca al correo electrónico de *Placer*. Por cierto, Xavier repitió en el siguiente número.

Los siguientes números (14 y 15) se dedicaron a Forugh Farroozad y a H.P. Lovecraft. Seguramente, el de Forugh fue el número más exótico, junto al de Mishima. Los pocos tripulantes que quedábamos en el barco lo hicimos lo mejor que pudimos. Bueno, David casi provocó un conflicto internacional, pero el resto lo intentamos al máximo. Además, tuvimos la ayuda de Helga Simon (uno de los mejores nombres que *Placer* ha cobijado), una poeta de verdad, y de Roger Romagosa, que comentó muy generosamente sus fotografías de un viaje a Irán. Respecto al bueno de H.P., una locura. Efectivamente, el viaje a las montañas de la locura no fue en vano. Ramon siempre prefirió a Poe y vimos que, más que probablemente, tenía razón. De hecho, como ya sucediera con los beatniks, la relectura de los textos de Lovecraft no fue del todo clemente. En cualquier caso, la participación de McCloud y un gran lector de Lovecraft, como Oriol Serna, fue un gran regalo, así como descubrir a Tasio van der Broucke (otro nombre increíble) y sus ilustraciones con muchísimos ojos, una causalidad/casualidad inenarrable que acabó siendo la portada del número. Por último, hay que señalar que, justo en el momento en el que ya no quedaba casi nadie a bordo, se unió un tripulante esencial, Vicente. Si hubiera llegado antes, los números avalarían su categoría de favorito. Lo comentamos también en este mismo número. Nos sentimos un poco culpables y a la par orgullosos de arrastar a personas como Vicente al barro más abisal.

Y llegamos al final. Los números 16 y 17 se dedicaron a Irène Némirovski y Vladimir Nabokov. Con Némirovski certificamos el principio del final del bueno de Jandrus, recuperamos a Emy y a Rosa Jim, y Carme Verdoy puso su nota de sensatez. Un hecho curioso, sin duda. Ahora que lo pienso, Carme es la única que ha resistido el virus *Placer*. Habría que hacer algún estudio, quizás en su sangre está el remedio a una enfermedad que creíamos incurable... No creo que llegue a leer nunca tan "abajo" en la revista pero si lo hiciera o hiciese tenemos que decir: "Carme, no pateixis, només serà una punxada curta. A més, no cal que et preocupis, en cap moment ens ha passat pel cap el segrest del Quim per estudiar-lo a una caixa d'Skinner". Por otra parte, con Nabokov llegó el principio del fin de la revista. Solamente restaban algunos de los elegidos: Trispulo, Jandrus, Pedro, Esteban, también Vicente, y, por primera vez, pero sin duda una tripulante imprescindible, la incomensurable lolita de *Placer*, la reputadísima e indicutible favorita Marta Valle. Hay que decir que, a pesar de la escasez, a pesar de que tuvimos que bajar todos del barco y empujarlo sobre el lodo, el de Nabokov es, a mi entender (pero que lo diga uno de los padres no es del todo objetivo, ¿verdad?), un número precioso.

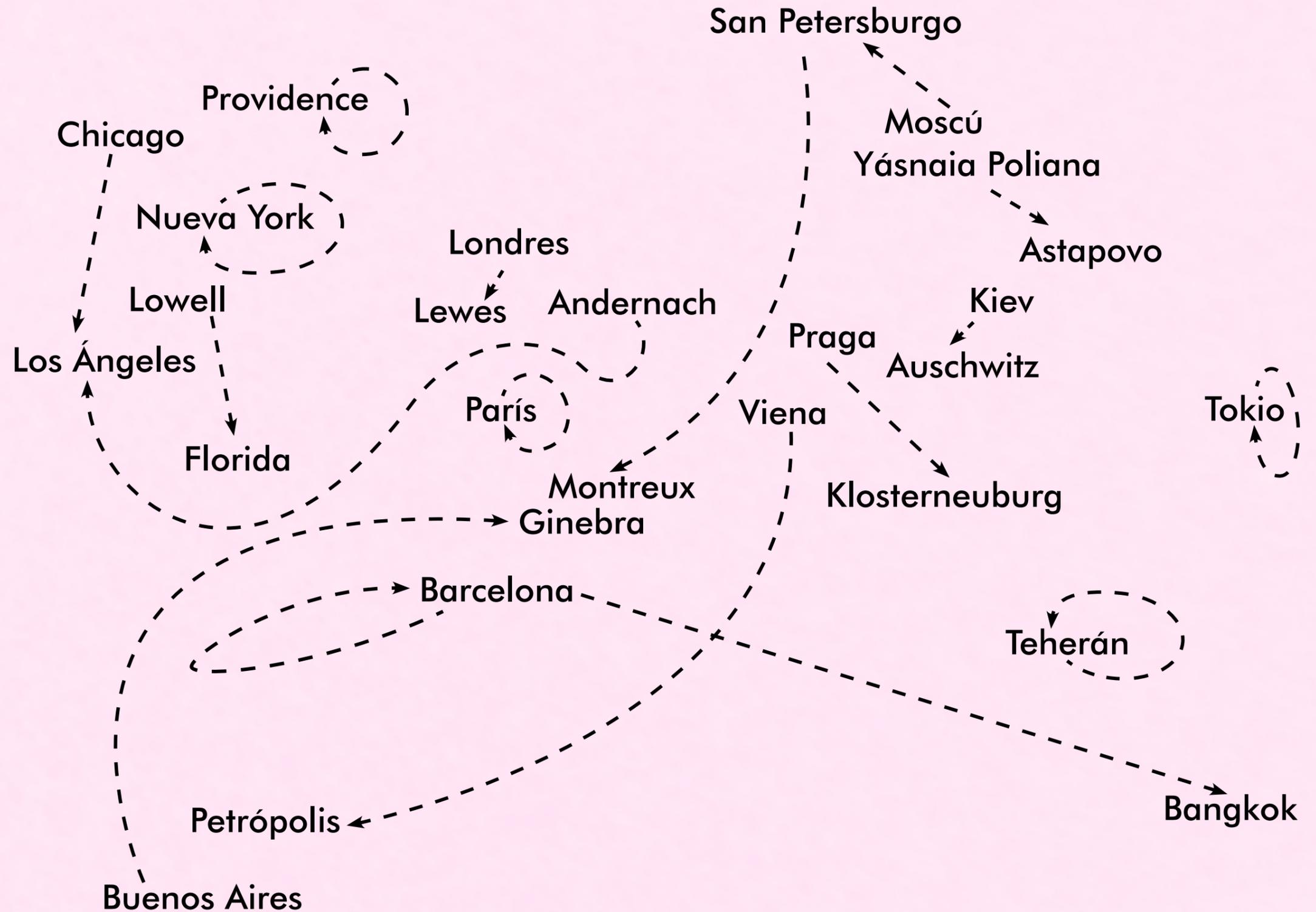
Y bien, ahora sí que sí, llegamos al final. De forma harto sorprendente, con el presente número, el décimo octavo número dedicado a Bukowski, hemos conseguido llegar al duodécimo solsticio (aunque no exactamente en el momento exacto, claro (es lo que tiene la decadencia (por lo que hemos desperdiciado un solsticio más de nuestras vidas))). Tuvimos otra cena de *El Laurel* y descubrimos a dos fans de Chinaski, Jaime Cevallos y Sergio Alonso. Asomó de nuevo la cabeza Dani del Río para una última broma. Pero ya casi no quedaba nadie... Sí, está Ramon y no faltó Trispulo, ambos imprescindibles (y no solo por alcanzar las mágicas 12 participaciones). David volvió con su incorregible incorrección inpolítica. Pero ya no está Jandrus, hace tiempo que no sabemos nada de Vicente, Pedro tampoco está muy bien (o bien hace gala de su coherencia (aunque, a la práctica, no hay ninguna diferencia entre ambas posibilidades)), y Esteban trabaja demasiado... ¿Es este el legado de *Placer*? No, no sufran. Nos queda Marta Valle (vean las notas del Consejo Editorial en este número para entenderlo mejor). Ella es, sin duda, la elegida para continuar el camino, más allá de *Placer*. Con ella como grumete, los capitanes del barco desballestado y lleno de monos salvajes estamos dispuestos a todo. No hay nada de lo que preocuparse. Recogeremos por el camino a todo aquel que no tema por su cordura, y también a todo aquel que todavía sea capaz de escribir o dibujar unas pocas líneas. No hay favoritos, en verdad. O todos son favoritos, qué más da. Todos somos Nosotros. Lo relevante, al fin, estriba en el hecho de formar parte de la lista (el Presidente Vizán es un visionario, claro está), en formar parte de *Placer*. La lista, simplemente, certifica la Notrosidad. Como ejemplo, vean que los dos últimos integrantes de la lista, a pesar de contar con solo una participación, han de ser, por fuerza, favoritos. Así, se han subido al barco, en el último suspiro, uno de los últimos ganadores del concurso de relatos *El Laurel* y el sr. Cevallos, escritor muy afín a La Mordida. Este último, por cierto, subió a bordo después de compartir la cena y el vino (muy generosamente) con nosotros, y comprendiendo al fin el sentido último del lema de la asociación: ¡Poesía o muerte! O era el otro lema... ¿Qué sabremos nosotros? Elijan ustedes el que les guste más, ¡maldita sea!

Pues ya está, no queda otra que decir adiós de una vez por todas, ¡maldita sea! Nuestros viajes virtuales de gozo y placer terminan aquí. Seguiremos, eso sí, en el mundo analógico. Si nos ven, tienen dos opciones: 1) unirse a Nosotros o 2) huir lo más rápido posible. Nosotros, de ustedes, elegiríamos la segunda opción, aunque les advertimos que no será nada fácil...



VIAJES DE GOZO Y PLACER

Y, esto esto esto es todo amigos. El cerdo ya ha sido sacrificado por las hábiles manos de un carnicero kosher, que, a pesar de todo, no ha podido evitar que unas gotas de sangre perlen su níveo delantal. Esta noche, su mujer, dos veces mayor que él y con un bigote mucho más frondoso... A ver, un momento. Bukowski, ya... Vale un poco todo. Pero este es el epílogo de una revista de éxito, no es necesario jugarse ahora, justo ahora, una denuncia por machismo recalcitrante, cuando es evidente que a nosotros las mujeres nos dan miedo, y que nunca nos permitiríamos ninguna falta que pudiera ofenderlas. Bien, lo que decíamos, esto esto esto es todo amigos. La cerda tartamuda ya ha sido decapitada y sus manitas de porcelana reposan en la parrilla... Ya, cambiar el sexo no ha sido buena idea. Y faltar a una minoría discapacitada tampoco... ¡Joder, Bukowski! ¡Qué has hecho con nuestras mentes! Nosotros éramos normales... Pueden reír aquí, si quieren, este es el final del gag. Pues bueno, que tenemos que ir cerrando, ya. ¿Nos echarán de menos? No, si ya lo sabemos. Por eso no vamos a dejar de torturarles, aunque sea menos frecuentemente (¡cada 12 meses!) con *Placer* en papel. En cualquier caso, este mapa de vectores punteados ha sido completado de forma definitiva. Ya no habrá más monografías, ya no habrá más viajes de gozo y placer en este vehículo de carácter anfibio (ahora globo ahora barco ahora carreta) que nos ha llevado de un lugar al otro del mundo. Viajaremos de forma más sostenible, cada uno un poco a lo suyo, es el mundo de hoy, qué le vamos a hacer. Reconozcan, sin embargo, el romanticismo de estos buhoneros de otro siglo, que han recogido a todo harapiento vagabundo del Dharma que quisiera recorrer una parte del camino con nosotros. Han sido muchos los embaucados, algunos sin remedio, y a todos ellos agradecemos su paciencia y colaboración. Pero, sobre todo, agradecemos a nuestro público (unas 3 o 4 personas, creemos, y unos dos millones de hormigas que recorren las páginas olvidadas de la revista en la bolsa del pan) que nos ha acompañado en estos viajes. La consigna era no intentarlo. Y estamos de acuerdo, pero tuvimos que hacerlo para darnos cuenta. Nos despedimos, pues: hasta siempre.



CÉRDITOS

"Me alegro de no ser Norman Mailer, ni Capote ni Vidal ni Ginsberg leyendo con The Clash,
y me alegro de no ser The Clash".

PLACER

emana de la asociación

La Mordida Literaria

y en este número han participado:

Yasunori-I (foto *Noctámbulos*)

David Pérez (*Sangre dorada*)

Marta Valle (*Doce Golpes* y *Los casos de Nick Belane*)

Alberto Carreño (*El depravado sensible*)

Ramon (*Una semana en Rikers*)

Jaime Cevallos (*El autor en sus páginas*)

Dani del Rio (*Best hits*)

Sergio Alonso (*¿Qué libro te cambió la vida?*)

Carme Ribas (Ex-Conseja ortográfica)

Marcos Pérez y Víctor Fernández-Dueñas (Lo demás)

Consejo Editorial:

Víctor Fernández-Dueñas y Marcos Pérez

placer@lamordidaliteraria.com

